Jacques de Mahieu

EL IMPERIO VIKINGO DE TIAHUANACU

(América antes de Colón)



Jacques de Mahieu

EL IMPERIO VIKINGO DE TIHUANACU

(América antes de Colón)



Editorial
Casa de Tharsis

Autor: Jaques de Mahieu

Esta obra se termino de imprimir
en Cochabamba-Bolivia en Abril de 2013.

EDICIÓN LIMITADA

PRIMERA EDICIÓN

Director de la colección: José Manuel Infinita

SB
Fotografías procedentes del Instituto de Ciencia del Hombre.
Diseño de la colección: Manuel Domingo
Ediciones de Nuevo Arte Thor
Gala Placidia 1,08006 Barcelona.
Imprenta: Hipercolor S.A., Badalona.
Impreso en España - Printed in Spain.
ISBN: 84-7327-102-5
Depósito legal: B-12.419-1985.

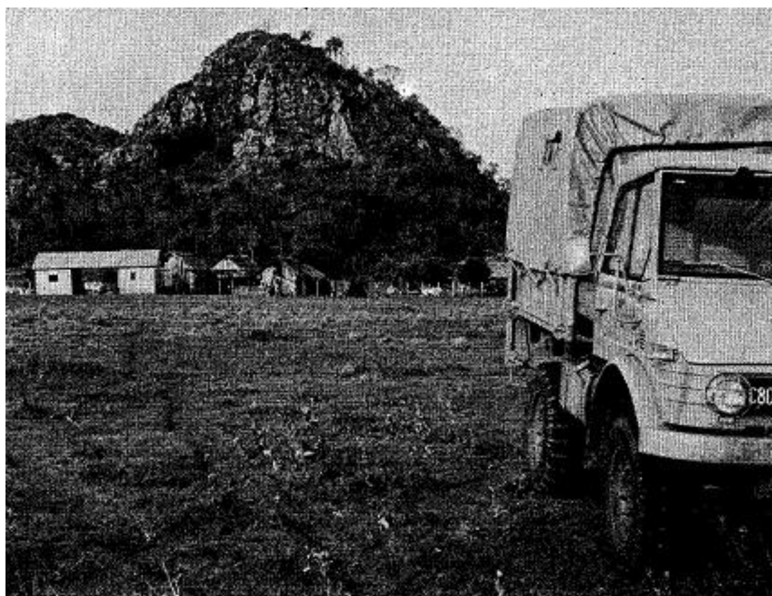
ÚLTIMA EDICIÓN
2013 EDITORIAL DE LA CASA DE THARSIS: COCHABAMBA

Si este libro ha llegado a sus manos, es muy importante que difunda la información que contiene.
Denunciemos la mentira del sistema en que vivimos...

Impreso en Cochabamba-Bolivia
Editorial Casa de Tharsis
http://editorialdelacasadetharsis.blogspot.com/
casadetharsis@gmail.com
Pagina web: belicenavillca.net



Jaques de Mahieu, examinando los cimientos del templo vikingo de Tacuatí, Paraguay.



Cerro Perö, “La morada del Rey Blanco Ipir”, en Amanbay, Paraguay.



“Olif, varón valiente, a Ull del lugar”, inscripción rúnica de cerro Guazú, Paraguay.

PROLOGO A LA EDICIÓN BOLIVIANA

Es sabido ya, pues la gente poco a poco va cayendo en cuenta de ello, que la "historia" oficial ha sido distorsionada, mutilada, cambiada, y que por lo mismo, ya no constituye un referente válido para emprender la tan anhelada restauración político-social que todas las sociedades anhelan, imperiosa hoy más que nunca, dada la galopante decadencia por la que atraviesa la humanidad.

Es inexplicable que un libro como el que tenemos el honor de prologar, lleno de información vital, que puede cambiar la forma de ver el mundo y a nosotros mismos, haya sido descontinuado y casi desaparecido del ámbito cultural. Sobre todo, aquí en los Andes, este libro podría generar una revolución social de magnitud sin precedentes, puesto que los paradigmas sobre los cuales se asienta la vida nacional están plagados de racismo, odio y prejuicio, contra los "no originarios" de raza blanca; simplemente un gran porcentaje de la población andina, no figura en absoluto en los censos poblacionales, habiendo sido tachados como resabios de una "conquista" llena de perfidia y maldad, por lo que se le ha quitado el derecho a figurar siquiera como minoría étnica.

Sin embargo, la información de este libro evidencia que pueblos de razas blancas habitaron América siglos antes del supuesto "descubrimiento", y que estas poblaciones aportaron un bagaje lleno de riqueza cultural, tan vasto y místico, que aún se conserva en el ande, en los mitos, leyendas y folclore de todos los pueblos americanos. La diablada boliviana, y otras danzas andinas, constituyen una prueba irrefutable de ello, Y he ahí la virtud de "El Imperio Vikingo de Tiahunacu" obra de este gran antropólogo, arqueólogo, filólogo e investigador argentino de origen francés, Don Jaques de Mahieu, que recopilo información en un sin número de viajes por México, Guatemala, Perú, Bolivia, Paraguay y la Argentina, siguiendo el rastro de los vikingos en América, y su extraordinario legado, su historia, vicisitudes y horrendo final a manos de una rebelión diaguita encabezada por el Casique "Kari", en el siglo XIII, que devastó el Tercer Imperio Tiahuanacu.

Sólo la información sucinta que hemos brindado en párrafos precedentes, tira por el piso toda la "historia" que se nos inculca a

fuerza de repetición en colegios y universidades. Detrás del mal llamado “descubrimiento”, hay mucho más que un afán de encontrar otra ruta a las Indias Orientales y someter a unos pueblos retrasados. Con la llegada de los conquistadores, arribó una casta sacerdotal que trato de borrar las huellas del pasado atlante de la humanidad y su conexión andina.

Así mismo, detrás de este racismo intolerante del “no blanco” amerindio hacía el hombre “blanco”, hay un odio ancestral afincado por siglos de intolerancia y antagonismo entre castas reales, puesto que fueron los mal llamados “incas” cuando el imperio se encontraba en franca decadencia, los que trataron de hacer desaparecer todo vestigio de la influencia vikinga en la cultura y tradición de los pueblos andinos.

En esta era de la igualdad, de las leyes anti-discriminación, es nuestro deber ser ecuánimes y honestos, puesto que ahora, toda esta tendenciosa parafernalia supuestamente anti-xenofoba y anti-racista constitucionalizada y legalizada pomposamente, sólo se aplica cuando el “blanco” por el hecho de expresar alguna actitud, inclusive justa, ofende a un “no blanco”; en este sentido, hace poco en Bolivia, el gobierno de turno ofendió a cientos de miles de personas discrimándolas del último censo, y nadie dijo o hizo algo para rectificar esa actitud, esta sí, xenófoba, racista e intolerante, de una mayoría que por cuestiones coyunturales posee el control del aparato del Estado, en contra de una minoría que también tiene derechos y virtudes que deben ser tomados en cuenta y respetados.

Que este libro sirva para poner en evidencia a todos aquellos hipócritas que se esconden detrás de la ignorancia de la verdad histórica destruida por siglos de oscurantismo y persecución religiosa, política, social y económica.

Así mismo, que este libro sirva para comenzar a volcar los ojos a nuestro pasado ancestral y así cambiar nuestro presente y con él, conseguir mejores días para esta América de las razas, sufriente, pluricultural, plurinacional y multiétnica.

Cochabamba 15 de Abril de 2013. Los Editores.

NOTA PRELIMINAR

En el curso de una investigación que ha durado más de treinta años y está lejos de haber terminado, hemos establecido sólidamente, con pruebas tangibles a las cuales nadie ha podido jamás oponer el menor argumento, la presencia de vikingos schleswigenses en Mesoainérica y Sudamérica mucho antes de Colón. En nuestras seis obras anteriores, una de las cuales aún no ha sido publicada en castellano (Les Templiers en Amérique, Editions Robert Laffont, París, 1981), expusimos los hechos a medida de su descubrimiento. Ha llegado el momento de dar de ellos una visión global y de faire le point.

Nuestros lectores, antiguos y nuevos, no encontrarán en las páginas que vienen a continuación un mero resumen de los resultados anteriormente alcanzados, sino una exposición sistemática de las conclusiones a las cuales hemos llegado. Hoy día, nos resulta posible, en efecto, presentar una historia del imperio vikingo de Tiahuanacu semejante, en cuanto a su elaboración, a la de cualquier otro país civilizado del Medioevo. Según las normas, hemos evitado, salvo en algunos pocos casos, las referencias bibliográficas a las fuentes, las que se encuentran en nuestros estudios precedentes: habrían entorpecido inútilmente nuestro desarrollo.

Toda investigación implica tanteos, luego rectificaciones. No hemos vacilado, aquí, en corregirnos cada vez que hemos notado algún error en nuestras exposiciones anteriores. Así es como damos del nombre de Viracocha, el héroe divinizado del Perú, una etimología más satisfactoria que la que figura en El Gran Viaje del Dios-Sol como modificamos nuestra estimación del número de los blancos del imperio de Tiahuanaco, objeto, en Drakkares en el Amazonas, de un mero —e imperdonable- error de cálculo; como precisamos, sobre la base de análisis más profundos, las fechas de la llegada de los vikingos al Perú, de su primer viaje de regreso a Europa, de la destrucción del Antiguo Imperio y de la fundación del Nuevo. No son éstos, por lo demás, sino pormenores que no afectan en nada nuestras conclusiones anteriormente expuestas y, por el contrario, las refuerzan.

En nuestras transcripciones de términos pertenecientes a las lenguas americanas, hemos seguido las normas hoy día en vigencia, para el náhuatl, en México; para el aymara, en Bolivia, y para el guaraní, con

dos excepciones, en el Paraguay; mientras que, para el quichua, la inestabilidad de las que se le aplican en el Perú, donde es oficial, y la falta de acuerdo entre los países -el Perú, el Ecuador, Bolivia y la Argentina- en los cuales todavía se habla, nos ha llevado a utilizar el modo de transcripción establecido por los cronistas de la época de la Conquista española. Sin embargo, hemos mantenido, cuando se aparta de ellas, la ortografía común de los topónimos todavía en uso y, en especial, el acento prosódico que, de ser el caso, se les agrega. En cuanto a los nombres de razas, pueblos y tribus americanas, hemos respetado la marca del plural en s del castellano sólo cuando tienen proyección histórica o cuando nos han llegado con una forma europeizada que nos hace imposible reconstruir su grafía correcta.

Los análisis filológicos se deben al profesor Hermann Munk, jefe del Departamento de Filología Germánica del Instituto de Ciencias del Hombre, que dirigimos en Buenos Aires; las pocas, pero importantísimas, traducciones del guaraní arcaico, al profesor don Vicente Pistilli, director del Instituto Paraguayo de Ciencias del Hombre.

J.de M.

EL IMPERIO VIKINGO DE TIAHUANACU

I
EL GRAN VIAJE

Estamos en el año 967 de nuestra era, cierto día de verano. Siete barcos de líneas afinadas, cuyos flancos cubiertos de escudos centellean bajo el sol del trópico, se acercan a Panutlán, un pequeño puerto de pescadores que lleva, desde la conquista española, el nombre de Pánuco, situado en el golfo de México, en el actual Estado de Veracruz. Algunos de ellos, que avanzan a remo, velas cargadas, plantan su roda en la arena. Unos hombres de gran estatura, blancos, rubios y barbudos, saltan a la playa, gladio o hacha de combate en mano. Para los vikingos del jarl Ullman, es éste el final de una travesía sin historia. Es éste también el punto de partida de una increíble epopeya que se va a desarrollar a lo largo de unos quinientos años.

No nos sorprendamos al encontrar, en la segunda mitad del siglo X, la flotilla de un rey del mar en las costas de lo que, al precio de un anacronismo, no tenemos más remedio que llamar América. En Escandinavia, la época de las grandes aventuras no ha terminado. Pero ya pasó el tiempo en que, durante el verano, mientras los suecos, por el Dniéper y el Volga, penetraban en Rusia, noruegos, daneses y frisones se lanzaban sobre las islas Británicas y remontaban el Elba hasta Hamburgo, el Rhin hasta Colonia y Bonn, el Loira hasta Orléans, el Garona hasta Toulouse, el Tajo hasta Lisboa, el Guadalquivir hasta Sevilla y, con setecientos barcos y cuarenta mil hombres, el Sena hasta París. Los vikingos aún no han renunciado a la violencia, pero han aceptado las normas de vida de Occidente. Escocia, Irlanda, Northumbria, Est-Anglia y Normandia les pertenecen, y allí los piratas de ayer se han convertido en señores feudales, deseosos, si no de paz, por lo menos de orden y justicia. Esta colonización es a la vez el efecto y la causa de una centralización monárquica, por lo demás muy relativa, que, en la metrópoli como en los territorios conquistados, impone una jerarquía piramidal, muy difícil de soportar para los jarls que, hasta entonces, en sus odales y en sus barcos, gozaban de una autonomía absoluta. De ahí que los rebeldes, los que no logran adaptarse al nuevo orden y los segundones de grandes familias, excluidos de la herencia feudal, busquen desesperadamente nuevas áreas de establecimiento, que sólo pueden encontrar en el Oeste. Así vemos, hacia 860, al noruego Ingolf asentarse en Islandia, una isla bien conocida que frecuentaban, desde hacía siglos, los anacoretas

irlandeses que tenían en ella varios conventos, y, en 986, Eirik el Rojo instalarse en Groenlandia con numerosas familias. Así veremos, poco después del año 1000, a Leif Eiriksson y sus hermanos, desembarcar en el Vinland, la actual Nueva Inglaterra, y fundar allí colonias que, por más que se haya dicho, durarán cuatrocientos años.

En el siglo X se conoce perfectamente, en la Europa occidental, la existencia de América. Los textos de la Antigüedad, que la mencionan, debidos a Aristóteles, Estrabón, Séneca, Macrobio, Plutarco, Diodoro Sículo y otros más, siguen leyéndose, por lo menos los latinos, en los círculos cultos de la alta Edad Media. En el siglo VII, Isidoro de Sevilla la proclamaba. Desde el IX, la Navigatio Sancti Brandani circula en los conventos como en los castillos, la que cuenta el viaje, real (como parece) o imaginario, del abad de Clainfert a Centroamérica, en el año 536. Tal vez los vikingos, aún paganos, ignoraran todo esto. Pero saben muy bien, y sus sagas lo relatan, que Ari Marsson fue llevado por un temporal, en 963, hasta Huitramannaland —la “Tierra de los Hombres Blancos”-, o Gran Irlanda, pobladas por celtas que lo retuvieron allá y lo bautizaron y que marinos noruegos lo vieron, y luego fueron a América también ellos. Otros episodios de la misma índole habían debido de producirse anteriormente, como se producirán más tarde. En 986, Bjarni Heijulfsson, arras-trado por un temporal mientras se dirige de Islandia a Groenlandia, costeará lo que se llamará poco después Vinland y lo contara a Eirik el Rojo. En 1004, Thorir y sus hombres serán recogidos, después de su naufragio, por Leif Eiriksson, que acaba de emprender el regreso desde la nueva colonia. En 1029, Gudleif Gudlangsson, empujado hacia el oeste, tocará tierra en América y, con gran sorpresa suya, encontrará allá a Bjorn Asbrandsson, el Campeón de Breidavik, exiliado en 999, quien lo sacará de manos de irlandeses que pretenden jugarle una mala pasada. Desde que se navegaba regularmente entre Noruega e Islandia —y, en 967, son ya cien años-, era inevitable que drakkares, barcos muy marineros pero a los cuales su corta quilla y su vela cuadrada prohibían remontar el viento, hubieran sido impelidos contra las costas del “nuevo” continente. Y, verosímilmente, mucho más temprano aún, puesto que desde hacía tres mil años y más los escandinavos surcaban el Atlántico en embarcaciones que, a juzgar por los frisos del templo egipcio de Medinet-Habu que nos las muestran en 1200 a. J.C., no eran muy distintas a las del siglo X.

EL IMPERIO VIKINGO DE TIAHUANACU

Sólo en fecha muy reciente y gracias a los extraordinarios trabajos de Jürgen Spanuth, la ciencia echó alguna luz sobre los antepasados de los vikingos. Por cierto, los antiguos nos hablaban de los hiperbóreos que suministraban el ámbar a Egipto y Micenas y a quienes el masaliota Piteas había visitado en 330 a. J.C. Y no se ignoraba que aqueos y dorios habían llegado de los países del Gran Norte, con los cuales los primeros mantenían contactos que no eran exclusivamente comerciales. Ahora sabemos que, al final del neolítico y en la edad del bronce, un inmenso imperio, cuya capital era Basiléia, también llamada Abalus, se encontraba en una gran isla, sumergida en el último cuarto del siglo XIII a. J.C., que estaba situada en el mar del Norte y de la cual sólo queda, hoy día, la roca de Helgoland. Un imperio cuyas naciones federadas cubrían, no sólo el área de la cultura nórdica -sur de Suecia y Noruega, Dinamarca, Frisia y Sajonia del Norte-, sino también el sur de España (Gadiros, o Tartessos), el Africa del Norte y Europa hasta el mar Tirrenio. Un imperio cuyos pueblos diversos estaban gobernados por una aristocracia de raza nórdica, cuyo origen se remonta a los hombres de Cro-Magnon, y de cultura indoeuropea, puesto que a ella se debe la escritura prerúnica, madre de todos los alfabetos de Europa, el Medio Oriente y el África del Norte, cuyos primeros rastros aparecen en el magdaleniense.

Eran los constructores de megalitos, cuyos monumentos se reencuentran a orillas del Atlántico y el Mediterráneo y, mucho más lejos aún, en Insulindia, en Corea y hasta en Polinesia, fusionados, a principios de la edad del bronce, con los hombres del hacha, invasores del mismo origen, pero más belicosos. Una raza de marinos, como bastaría para probarlo la incursión de los Pueblos del Mar del Norte que, expulsados de las tierras anegadas, lanzaron, a finales del siglo XIII a. J.C., una poderosa flota contra Atenas y Egipto. Guerreros, pues, pero también agricultores y comerciantes que vendían, a peso de oro, el ámbar que sus carros y sus barcos transportaban, por rutas perfectamente trazadas, hasta el Mediterráneo. Sólo conocemos su historia, o casi, de fuente egipcia: el relato que nos transmitió Platón, con un grave error de fecha debido a una traducción incorrecta, hecho a Solón por los sacerdotes de Sais, algunos papiros y las inscripciones de Medinet Habu. Vale decir, en definitiva, las declaraciones de prisioneros de guerra hiperbóreos y libios, registradas por sus vencedores. El alto nivel cultural, el poderío y la prosperidad del imperio están atestiguados, sin embargo, en Escandinavia, por

elementos tangibles: por un lado, los tesoros que nos han dejado los túmulos funerarios, con sus muebles, sus armas, sus estatuillas, sus trompetas, sus alhajas; por otro, las esculturas sobre roca que nos muestran, no ya la imagen de la Magna Mater de la época de los megalitos, sino los dioses de la fertilidad y la guerra, falo erecto y hacha en puño, rodeados de símbolos solares en forma de disco o de rueda, a veces aislados, otras veces soportados por un barco o un carro.

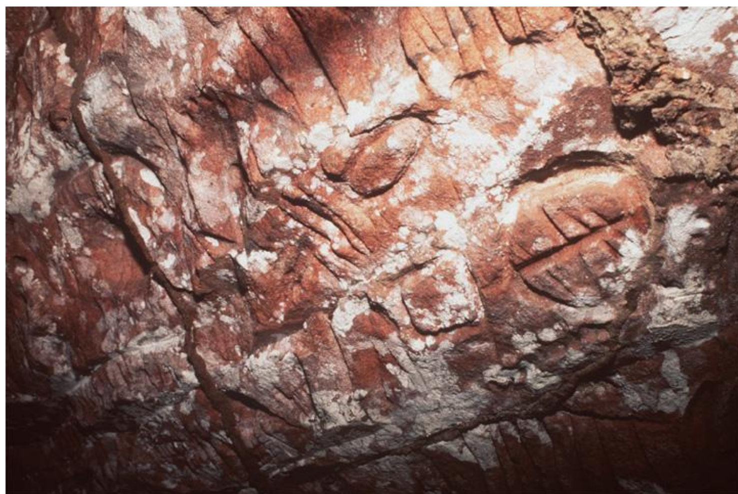
Los cataclismos del final del siglo Xlll constituyeron el principio de un largo período de decadencia debido, en gran parte, al enfriamiento de la región, pero también, en el curso de las últimas centurias antes de nuestra era, a la expansión anárquica de los celtas en la Europa occidental, que cortó las rutas del ámbar. Los cimbros y los teutones, primero, y luego los longobardos, los burgundos y los godos, se lanzaron hacia el Sur, donde chocaron con los romanos. Pronto, sin embargo, gracias a estos últimos, el comercio se reactivó y la prosperidad volvió a Escandinavia, favorecida por una suavización del clima. La descomposición del Imperio acabó, una vez más, con la exportación del ámbar. Conflictos internos entre tribus o entre señores, y hasta actos de bandolerismo lisos y llanos, vinieron a agravar la crisis. Los anglos, los jutos y los sajones se lanzaron sobre la Gran Bretaña, mientras otras tribus, en olas sucesivas, iban a juntarse con los germanos continentales en su marcha hacia el Sur. Paradójicamente, la anarquía que imperaba en Occidente pronto favoreció a los pueblos escandinavos que no sufrían amenazas de ninguna índole. Desde el siglo V, y durante trescientos años, se vivió una edad de oro: El comercio y la piratería hicieron concentrarse en los puertos de las dos penínsulas buena parte de los tesoros de Europa. Ciudades de cierta importancia surgieron a orillas del Báltico. Los odales empezaron a federarse bajo la presión de los jarls más ambiciosos y más dotados de sentido político. En el siglo VII, la expansión demográfica provocada por la prosperidad reencontrada y el descontento suscitado, en muchos señores, por el nuevo orden social, crearon una tensión cuyas consecuencias ya conocemos: se iniciaba la era de los vikingos.

La historia, por lo general, la escriben los vencedores. La de los piratas escandinavos que asolaron la Europa occidental en los siglos IX y X, la redactaron las víctimas y no por ello, naturalmente, resultó más

imparcial. Casi no se sabía escribir, en aquella época, sino en los conventos. Ahora bien: los vikingos saqueaban preferentemente monasterios e iglesias. No por odio religioso: Los paganos se mostraban muy tolerantes y, cuando el cristianismo empezó a introducirse en Escandinavia, no se molestó en absoluto a sus adeptos. Hasta se les eximia de asistir a las ceremonias, obligatorias para los demás, que podían violentar su fe. Simplemente, los saqueadores eran atraídos por los tesoros que encerraban edificios que, para ellos, no eran más sagrados que los castillos. No es nada sorprendente, pues, que hayan dejado malos recuerdos a los historiadores eclesiásticos y que éstos nos los hayan presentado como agentes de Satanás. Sólo muy recientemente se ha empezado a medir el pro y el contra.

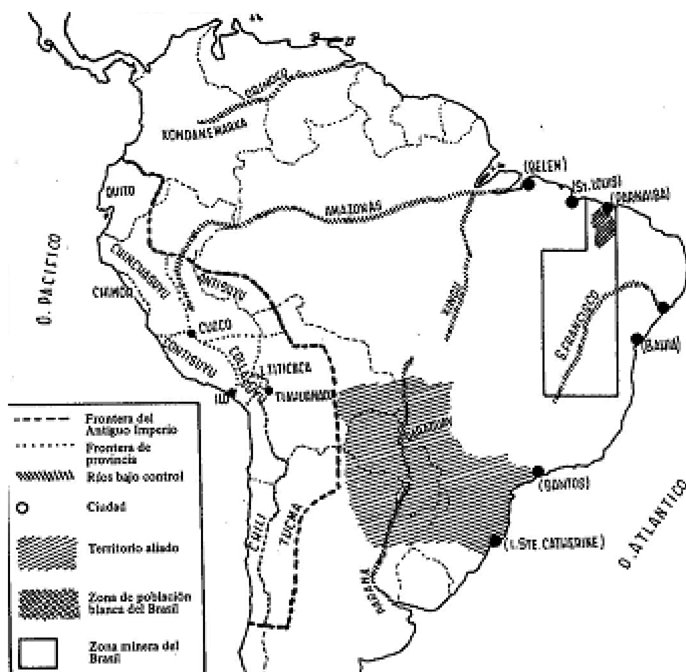
Los vikingos no eran ni ángeles ni demonios: simplemente hombres de su tiempo, de una época violenta poco adicta a la sensiblería. Lo que llamamos piratería no era para ellos sino una actividad tan loable como la corsa para los ingleses o los franceses del siglo XVII. Se labraba la tierra en otoño y en primavera, se partía en expedición en verano, se pasaba el invierno en fiestas y diversiones: era ésta la norma, al ritmo de las estaciones. Esos rudos guerreros, cuya moral toda estaba hecha de heroísmo, lealtad y camaradería, respetaban a las poblaciones indefensas, pero trataban a las que les resistían como se trataban entre sí en el curso de los conflictos esporádicos que oponían violentamente a bandas y odales. No se mostraban más tiernos para con los francos que Carlomagno para con los sajones que convertía al cristianismo mediante argumentos... contundentes. Y si les parecía normal apropiarse del oro y las mujeres de los vencidos, lo podemos entender recordando que no hace tanto tiempo que el derecho de botín, reconocido a los ejércitos regulares, fue suprimido por convenios internacionales, no siempre respetados, por cierto.

Esto aclarado, los vikingos no eran salvajes. Su mitología mucho se parecía a la de los griegos, derivada de ella, por lo demás. Los poemas de sus escaldas no tenían nada que envidiar a los romances de los troveros francos. Los libros de historia que les debemos -las sagas-, desconocidos en la Europa occidental hasta el siglo pasado, son más precisos y mejor escritos que los que nos dejaron, en latín, los monjes de la época.



Inscripción rúnica en Sete Cidades, Brasil. al modo de los sámstavsruner daneses: “los inteligentes barbudos cerca de su residencia de la Llanura".

Abajo, localización del Imperio de Tiahuanacu.



Sus armas y sus piezas de orfebrería atestiguan un arte refinado, del todo original. Su arquitectura naval produjo uno de los barcos mejor diseñados de todos los tiempos. Y si, por no utilizar la piedra, no construyeron, por lo menos en Escandinavia, grandes edificios que hubieran perdurado hasta nosotros, las esculturas sobre madera que se han conservado evidencian, en sus autores, una capacidad de creación que los sitúa, por lo menos, a la altura de los imagineros de Occidente.

Ullman, que hemos visto desembarcar en México con su gente, era un jarl semejante a tantos otros que, en el siglo X, había reunido bajo su autoridad consentida, con vistas a alguna aventura, una flotilla de drakkares y de knerrir cuyos capitanes habían constituido las tripulaciones con sus hombres y con voluntarios amigos. Era natural de Schleswig, esa región, hoy día a caballo de una frontera germanodanesa un tanto inestable, en la cual vivían juntos, sin problemas, daneses y sajones. Y hasta frisones: pues el territorio en cuestión desbordaba ampliamente, en aquel entonces, de las fronteras que se le asignan en nuestros mapas. En efecto, los descendientes de los expedicionarios hablaban, en América, un dialecto intermedio entre el norrés -el antiguo danonoruego- y el antiguo bajo alemán, sin que pudiéramos saber si los miembros del grupo primitivo ya lo empleaban tal cual antes de la partida o si la vida común de daneses y sajones en el “nuevo mundo” había sido la causa de su formación. Sin embargo, nuestros vikingos no procedían directamente de la Europa continental. Habían sido reclutados —por lo menos algunos de ellos— en Inglaterra, en ese Danelaw que el rey Alfredo el Grande había cedido, en 886, a los daneses y donde permanecen aún, en la piedra y en la lengua, tantos rastros de la implantación escandinava. Tenemos prueba de ello, pues el futhark que los emigrados emplearon en sus inscripciones sudamericanas contenía algunos caracteres tomados del futhoro anglosajón, vale decir del “alfabeto” rúnico tal como se había modificado en Gran Bretaña para hacerlo apto a la transcripción del idioma local.

Ullman sabía a dónde iba. ¿Se había apoyado, para montar su expedición, en alguna tradición hiperbórea, luego perdida, o en relatos irlandeses más precisos que los que nos han llegado? ¿O, por el contrario, había recogido informaciones del capitán de un drakkar arrastrado por algún temporal, como Leif Eiriksson, de Sjarni? De

cualquier modo, tenemos que descartar la hipótesis de una llegada involuntaria a América: cogidos en alta mar por el mal tiempo, sus drakkares se habrían separado sin posibilidad alguna de reagruparse. Tampoco se trataba de un mero viaje de exploración: nunca se empleaban, con este propósito, varios barcos, el riesgo se hubiera multiplicado inútilmente. Ni de un intento de colonización, pues los navios no transportaban vacunos como lo harán, en 1007, los de Thorfinn Karlsefni con vistas a un establecimiento duradero en el Vinland. Pero sí había Ullman embarcado caballos, según la costumbre cuando se trataba de una expedición de conquista. No desconocía, por lo tanto, que se dirigía hacia un país habitado donde, tal vez, habría que combatir.

De hecho, en el siglo X, el enorme triángulo de tierras que llamamos hoy día Mesoamérica estaba densamente poblado por un mosaico de tribus de origen mongoloide, emparentadas por la raza pero muy desiguales desde el punto de vista cultural. En el Sur, los mayas constituían un bloque compacto y homogéneo que el idioma aislaba de sus vecinos. Allá, como más al norte, en la costa del Pacífico, aportaciones asiáticas habían hecho surgir, mil años antes, una civilización que había alcanzado un nivel apreciable, como lo prueban los monumentos que nos dejó, las piezas de cerámica que yacían debajo de las ruinas y los códices gracias a los cuales conocemos las creencias y las costumbres de pueblos hoy día degenerados. En la meseta que, por un error de interpretación ya antiguo, lleva el nombre de Anáhuac ("cerca del mar"), una tribu recientemente inmigrada había creado un reino, al sur del lago de Texcoco, en cuyas orillas se alza hoy la ciudad de México. Pertenecía al mismo grupo lingüístico náhuatl que los chichimecas —incluidos los aztecas—, esos cazadores nómadas que aún no habían llegado del Norte. Los miembros de esa tribu, que conocemos con el nombre de toltecas ("gente de Tula, o Tollán"), pronto iban a dar que hablar. En las costas tropicales del Atlántico, al sur de la actual Veracruz, estaba afincado un pueblo cuya cultura neolítica, bastante avanzada pero un tanto misteriosa, databa por lo menos de dos mil años. No sabemos gran cosa al respecto, pues en la época de la Conquista ya los aztecas lo habían absorbido, al extremo de quitarle su idioma. Al norte de esos olmecas, que las excavaciones de La Venta y de Tres Zapotes hicieron célebres, los huaxtecas, que ocupaban los alrededores de Panutlán (Pánuco) y cuya

cultura sólo se desarrollaría a partir del siglo XI, y los totonacas no eran, prácticamente, sino vasallos de sus vecinos.

El nombre que los cronistas españoles atribuyeron a los olmecas[1] es el que les daban los nahuas de la meseta. Por ello se buscaron las raíces de olmeca en ca, "gente" y ulli u olli, pues la u y la o se confunden en las lenguas americanas, que significa "caucho" en náhuatl. Semejante análisis es inaceptable. Por un lado, en efecto, el área del hevea está situada mucho más al sur, en pleno país maya. Por otro, hay en olmeca, para que la palabra pueda tener el sentido de "gente del caucho", una sílaba de más. Por fin, sabemos que los mayas atribuían como lugar de origen de los toltecas cierto "Pais del Olman" y que, más tarde, los altos funcionarios de Mayapán, su segunda capital, debían obligatoriamente hablar la "lengua de Olman". La silaba me de olmeca no es, por tanto, sino la contracción, algo deformada, de man, que no tiene sentido en ninguno de los idiomas de México. Ahora bien: los vikingos desembarcaron en Pánuco y los primeros indios con que se toparon eran huaxtecas sometidos a los olmecas. Y sucede que Ullman -"el hombre de Ull", dios de los cazadores de la mitología germánica- es un nombre escandinavo muy conocido. Olmeca quiere decir, pues, "gente de Ullman", mientras el "País de Olman" de los mayas no era sino la tierra de origen, no de los toltecas, sino de los vikingos schleswigenses que, lo vamos a ver, los habían encuadrado. Así conocemos el nombre del jarl que, en el año 967, desembarcó en Panutlán.

La expresión "gente de Ullman" para designar a los habitantes de la costa hace pensar que el acuerdo entre nórdicos e indígenas se hizo

[1] Que no hay que confundir con el pueblo altamente civilizado al cual los arqueólogos dan el mismo nombre.

muy rápidamente y que estos aceptaron de buen grado la autoridad de los recién llegados. No hacía tanto tiempo que, en la región, predicaban el Evangelio monjes culdees llegados del Huitramannaland, hombres pacíficos entre todos. Ninguna razón, por tanto, podía llevar a los indios a considerar a los blancos como enemigos. En caso contrario, los vikingos, verosímilmente, no habrían logrado establecerse en México. No pasaban, en efecto, de unos setecientos hombres y mujeres. No es ésta sino una aproximación, pero sólidamente fundada. Sabemos que un drakkar o un knórr de la época podía transportar hasta ciento cuarenta personas, incluidos los miembros de la tripulación. Tal número, sin embargo, no debía de alcanzarse en una travesía oceánica. La Eiriks Saga Rauda nos da, al respecto, una indicación precisa: Cuando Thorfinn Karlsefni, en los primeros años del siglo IX, partió para colonizar el Vinland, disponía de tres barcos que llevaban sesenta tripulantes, algunos de ellos, según la costumbre, con sus mujeres, y cien colonos de ambos sexos. Pero transportaban, además, “animales de crianza”, inclusive vacas y por lo menos un toro, debidamente mencionado en el relato de la expedición, que debían evidentemente (en barcos sin cubierta, de tratarse de drakkares, o con cubierta sólo a proa y a popa, si la flotilla estaba compuesta de knerrir y, en ambos casos, de poco calado) ocupar un espacio considerable. No encontramos rastro de vacunos en el México precolombino. Ullman, pues, sólo había embarcado en sus navios caballos de batalla, acostumbrados a esa clase de transporte, y perros que no ocupaban lugar. Podemos, por tanto, estimar en unas cien personas de promedio, el total de cada embarcación. Cualesquiera que hayan sido la proporción y la capacidad combativa de las mujeres que formaban parte de ella, y a pesar de la superioridad de su armamento, semejante tropa no habría bastado para imponerse a poblaciones belicosas como las que rodeaban a Panutlán.

De cualquier modo, aún cuando el primer contacto entre vikingos e indios hubiera dado lugar —caso improbable— a algunas escaramuzas, las excelentes relaciones no tardaron en establecerse. Tenemos de ello algunas buenas pruebas antropológicas y arqueológicas. En la época de la conquista española, los descendientes de los olmecas ofrecían, en efecto, dos tipos humanos bien diferenciados: el uno, de pequeña estatura, corpulento y de nariz chata; el otro, más grande, de nariz puntiaguda y labios finos, que llevaba a menudo una pequeña barba. A éste último lo vemos

representado en dos estelas encontradas respectivamente, cerca de Orizalba, en los flancos de la Sierra Madre oriental, y cerca de Alvarado, en la desembocadura del río Papa-loapán, vale decir al sur del Cerro de las Mesas. Otra estela, en Tres Zapotes, nos muestra, al lado de una india de tipo clásico, a un alabardero barbudo, de elevada estatura, cuyos rasgos son netamente europeos. No es por casualidad, pues, ni sólo en razón de su odio por los aztecas que, quinientos años más tarde, los huaxtecas y los totonacas —los olmecas ya desaparecieron como pueblo— acogieran con simpatía a los españoles y les ayudaran a conquistar la meseta central: no harán sino seguir el ejemplo de sus antepasados, que no habían tenido que lamentarse de su colaboración con los blancos'; los primeros, sobre todo, cuya expansión cultural había empezado con su influencia, por lo menos si nos basamos en las fechas. Pronto se darán cuenta de que los conquistadores, desgraciadamente, no son los dioses solares en los cuales sus tradiciones han transformado a los hombres de Ullman, pero será tarde.

Si los indios de la costa no se hubieran convertido de inmediato o, por lo menos, muy rápidamente, en aliados seguros para los schleswigenses, éstos no habrían podido dejar sus barcos en Panutlán con, en el mejor de los casos, una reducida guardia, ni menos aún lanzarse al interior de tierras densamente pobladas.

Lo que no tardaron mucho en hacer. El motivo de su decisión es fácil de entender: No habían dejado Gran Bretaña para ir a vegetar bajo un clima tropical insoportable para nórdicos. En Panutlán oyeron hablar de la meseta central, rodeada de montañas nevadas, en la cual se alzaban ciudades prósperas. No hacía falta más para decidirles a intentar la aventura.

Por la ruta que iba a seguir más tarde Hernán Cortés, Ullman y el grueso de sus tropas, apoyado por auxiliares indígenas, entraron en la montaña. Ningún relato de esta expedición ha llegado hasta nosotros. Podemos suponer, con todo, que no se efectuó sin escaramuzas con tales o cuales tribus independientes que pasaban su tiempo guerreando entre ellas y que debían de considerar a los huaxtecas y los olmecas, sus vecinos del Este, como enemigos. Tampoco sabemos cómo se estableció el contacto con los toltecas que, llegados a fines del siglo IX, no eran todavía sino salvajes que vivían en medio de las

ruinas dejadas detrás de ellos por los descendientes degenerados de los constructores de Teotihuacán. Nada más normal. La historia de un pueblo comienza el día en que un acontecimiento viene a quebrar la monotonía de una existencia que, hasta entonces, se desarrollaba, a través de las generaciones, sin cambios notables. Un jefe nace en su seno y lo lanza a alguna aventura, un conquistador se impone a él y modifica sus costumbres: surgen los hechos que quedan grabados en las memorias y se pueden contar. Pero esta historia que nace entonces es la que crea el hombre o el grupo a que se debe, para mejor o para peor, una transformación sufrida, luego aceptada, que el pueblo hace suya con el tiempo. Así la historia de Galia empieza con César. Así la historia de México empieza con la llegada de Ullman. O, más bien, con su partida de Europa. Pues los toltecas no tardarán mucho en decir y, a su manera, en escribir que sus antepasados, y hasta los de todos los pueblos principales de México, habían venido de Tlapallán, el "País del Mar del Este", situado al norte, al otro lado del Océano. Un país cuya capital se llamaba Tula (también se encuentran las formas de Tollán, Tullán y Tulla), topónimo que deriva de Tonalli, sol, apocopado conforme con el genio del idioma náhuatl, y de lan, tierra, país. De ahí el sentido de "Tierra del Sol" que es casi exactamente el de Thule, forma griega del norrés Soley, "isla del Sol". Es ése un nombre que "viene del sol, dice Isidoro de Sevilla a principios del siglo VIII, porque está estacionario en el solsticio de verano", es decir porque no se pone. Un nombre que, desde la más alta Antigüedad, se daba de la Europa meridional a Islandia y, de modo más general, en los países escandinavos. Lo cual bastaría, si muchas otras pruebas no se le agregaran, para identificar a Ullman y sus compañeros.

Los toltecas, pues, adoptan a los vikingos, al punto de atribuirse su origen geográfico. Es éste un fenómeno comprensible, pues ellos mismos sólo viven en el Anáhuac desde hace cuatro generaciones y, en ausencia de toda historia, no saben de dónde vienen. ¿Pero se impone Ullman a ellos por la guerra, gracias a la ayuda de sus aliados, como Cortés lo haría más tarde a los aztecas con fuerzas equivalentes? ¿O, por el contrario, esos salvajes, que dan muestra de una capacidad de asimilación excepcional, le ruegan que les encabece como, en la misma época, los rusos a Rurik? Nada nos permite decidir entre estas dos hipótesis. Pues, repitámoslo, la historia de los toltecas

comienza el día en que, de uno u otro modo, Ullman se convierte en su quinto rey.

A primera vista, las tradiciones indígenas y los documentos iconográficos que se refieren al personaje parecen confusos y hasta contradictorios. Siempre se trata, por cierto, de un hombre de raza blanca, alto y barbudo. Pero la unanimidad no va más allá de este aspecto físico. Ni los textos ni los códices están de acuerdo en cuanto a su vestimenta. Según los unos, llevaba puesto un largo vestido blanco y una manta sembrada con cruces coloradas, iba calzado con sandalias, se cubría la cabeza con una especie de mitra y traía en la mano un báculo, cuando no un escudo redondo adornado con una cruz de Malta. Otros nos lo muestran vestido con una casaca de buriel negro con un cuello redondo escotado y anchas mangas cortas y cubierto con un casco dorado de orejeras, a veces adornado de serpientes. Las divergencias no son menores en cuanto a sus características psico-sociales. Por un lado, en efecto, aparece como un sacerdote de costumbres austeras. No tiene mujer ni hijos y se entrega, en la montaña, a ejercicios de ascesis. Es un reformador que trae a los hombres de una nueva concepción de vida, y por lo mismo de la moral, y trata de sustituir el culto sanguinario del heroísmo por una religión de la penitencia fundada en las nociones de pecado, remordimiento, perdón y, como corolario, redención. Por otro lado, se nos lo describe como un temible guerrero, poco escrupuloso en cuanto a la elección de los medios, un conquistador y un jefe de Estado.

Tenemos la explicación de esta dualidad. Ullman, en efecto, no era, ya lo hemos dicho, el primer europeo que, en el siglo X, hubiera desempeñado un papel en México. Antes de él, monjes culdees del Huitramannaland habían ido como misioneros. Esos hijos de un pueblo de marinos no habían resistido la tentación de explorar y evangelizar las tierras que se extendían al sur de sus asentamientos americanos. Los aztecas conservaban aún, en el siglo XVI, el recuerdo que de ellos habían heredado los toltecas, y sus sacerdotes —para hacerse reconocer como tales por los españoles— se atribuían el nombre de papa, padre, el mismo que se daban los religiosos irlandeses. Con el tiempo, las tradiciones relativas al superior de los papas —un abad mitrado, a juzgar por sus ornamentos- y al jefe de los vikingos se habían mezclado: por lo menos en el Anáhuac, pues en el país maya aún se distinguía muy bien, quinientos años más tarde, la Gran

Llegada, la de los monjes y su superior, Itzamná, y la Ultima Llegada, la de Ullman y sus hombres. En la meseta, las dos personalidades del abad y del rey se habían fusionado en un único personaje, posteriormente divinizado con el nombre de Quetzalcóatl, lo haya o no llevado el soberano schleswigense. Un nombre sumamente extraño, reconozcámoslo, para un sacerdote cristiano, un rey o un dios. El quetzal es un pájaro mexicano provisto de un magnífico plumaje verde. Cóatl significa "serpiente". Quetzalcóatl quiere decir, por tanto, pájaro-serpiente y, menos literalmente, serpiente emplumada. Era éste el nombre de una divinidad anterior a la llegada de los papas. ¿Se lo dieron los toltecas al abad de los culdees? No es imposible, pero ningún dato viene a respaldar tal hipótesis. Resulta más verosímil que Ullman, antes o después de su partida, haya recibido este apodo, aplicado más tarde a todos los europeos anteriores a él y, como parece, a los descendientes de los vikingos que se quedaron en el Anáhuac, y luego al dios blanco que los simboliza a todos en la mitología mexicana. Pensemos, en efecto, en la apariencia que podía tener, para los indígenas, un barco escandinavo, con su proa afinada y coronada por una cabeza de animal fabuloso, sus flancos de escudos centelleantes y su gran vela cuadrada, movediza como alas. No es sin razón que los mismos vikingos llamaban snekkar, serpientes, a sus barcos de menor tamaño que los drakkars. Nos importa muy poco, por lo demás, que Ullman haya sido llamado Quetzalcóatl durante su reinado o mucho después. En efecto, el análisis de los documentos históricos que poseemos permite distinguir claramente su figura de la del abad, su predecesor, y hasta de la del dios que, lógicamente, recuerda al asceta más que al guerrero.

Cuando Ullman toma el poder, los toltecas no son más que una tribu, aún nómada setenta años antes, apenas afincada en un territorio mal deslindado: unos cazadores que no han superado la cultura neolítica y viven en bandas sobre las ruinas de un pasado que no conocieron. Por ello la primera tarea del nuevo rey —es éste, manifiestamente, un término muy pretencioso, que emplean los españoles en sus crónicas, para definir el papel de quien, al principio, no es nada más que un cacique, como sus predecesores indígenas consiste en construirse una capital digna de sus ambiciones. Elige, para hacerlo, un lugar situado a unos 150 km. de la actual ciudad de México —que no existe aún—, probablemente el de una gran aldea más o menos habitable, y emprende la construcción de los edificios indispensables: un templo,

un palacio, casas para sus hombres y para los dignatarios indios. La mano de obra no le falta, ni los artesanos siquiera, pues no han debido de pierderse todas las tradiciones en el seno de las poblaciones sometidas por los conquistadores llegados del Norte. Entre los mismos vikingos hay, como siempre en los barcos de vela, carpinteros y herreros. Los grandes jefes de Estado tienen alma de urbanistas. Ullman no es una excepción: Traza o aprueba los planos de la ciudad, concebida según las tradiciones locales. Los toltecas son inteligentes y hábiles con sus manos. Pronto se alza una aglomeración cuya importancia va a crecer rápidamente. Hay que darle un nombre. El “rey”, todas las crónicas están de acuerdo, elige el de Tula porque su patria así se llama.

Una capital sólo tiene un sentido si es la sede de un Estado, luego si existe, alrededor de ella, un territorio debidamente organizado. Ullman se dedica a imponer a los toltecas un orden social que permita a los vikingos, no sólo ejercer su autoridad, sino también acrecentar su poderío. De este orden, conocemos sus estructuras esenciales, pues lo heredarán los aztecas y lo podrán observar y describir los cronistas españoles, muy sorprendidos de encontrar en él un reflejo de una Europa medieval aún viviente en su tiempo. Nada más lógico, sin embargo, que semejante parecido. Los schleswigenses vienen de Inglaterra, donde los vikingos gobiernan un país conquistado cuya población les está sometida. Hay, por cierto, menos diferencia entre daneses y anglosajones, gente de la misma raza y la misma cultura, que entre europeos e indios. En México, por tanto, el problema es de más difícil solución, pero sus datos fundamentales son idénticos. Consiste en establecer entre gobernates y gobernados relaciones jerárquicas sólidas, basadas en un intercambio de servicios. Es éste el principio del sistema feudal: una aristocracia militar y política protege y dirige a una población subordinada que constituye el instrumento de su poderío y de su bienestar. Pero, en Gran Bretaña, las estructuras sociales preexistían: los vikingos sólo habían debido reemplazar la aristocracia local o dominarla. En México, Ullman y sus hombres no disponen sino de primitivos cuyos cuadros proceden demasiado directamente de un nomadismo apenas abandonado para que sea posible utilizarlos sin una completa reeducación. Esto en el campo político. Desde el punto de vista cultural, la diferencia no es menor: los anglosajones poseían una élite intelectual y, sobre todo, artesana; los toltecas no son sino predadores capaces apenas de fabricar sus

armas. Incluso desconocen la agricultura, mientras que los campesinos de Gran Bretaña la practicaban desde hacía milenios. Y, sin agricultura, no hay aldeas: sólo conglomerados inestables de cabañas tan fácilmente abandonadas como edificadas.

Si, pues, el orden que se quiere establecer en el Anáhuac es el mismo que impera en el Danelaw, y no hay otra solución, implantarlo exige un proceso del todo distinto. No se trata de superponer una jerarquía piramidal a comunidades locales ya organizadas, ni menos aún de reemplazar la que existía anteriormente, sino de crear desde arriba las imprescindibles estructuras básicas. Lo cual es mucho más difícil, sobre todo, como en este caso, cuando la raza erige una barrera natural entre gobernantes y gobernados.

Ni los códices ni las crónicas nos describen el proceso seguido por Ullman para lograr su propósito. Pero nos es fácil reconstruirlo, puesto que conocemos su punto de partida y su final. Gracias a sus vikingos -provistos de armas superiores a las de los indígenas—, a sus auxiliares huaxtecas y olmecas, ya encuadrados e instruidos, y a los guerreros toltecas a quienes da las estructuras que les hacían falta, fija y cubre sólidamente las fronteras del reino y pacifica su territorio, lo que sólo puede conseguir imponiendo su autoridad a las bandas rivales que, hasta ahora, chocaban periódicamente en conflictos esporádicos y reduciendo los bolsones alógenos que constituían focos de agitación. Un jefe de Estado moderno crearía, para lograrlo, un ejército o una gendarmería centralizados cuyas unidades fueran capaces de desplazarse rápidamente para intervenir en cualquier lugar donde la situación lo exigiese. En el siglo X, el espíritu de la época y las dificultades de comunicación, aún más serias en México que en Europa, se oponen a tal concepción del mantenimiento del orden. Ullman, pues, divide el país en sectores territoriales de dimensiones variadas, cuyo trazado responde a las exigencias diversas de la geopolítica, la demografía y la economía. Al mando de cada una de ellas, coloca a uno de sus vikingos, con plenos poderes políticos y militares, que sólo de él depende. El distrito se convierte así en un feudo.

La diferencia con Europa es que el señor, salvo tal vez en algunos puntos de especial importancia estratégica, es el único de su raza en medio de una población indígena de la que todo lo separa. En el mejor

de los casos, lo acompañan su mujer y los niños que no tardan en nacer. Soltero, no tiene el recurso, habitual en la Gran Bretaña, de casarse con la hija de algún jefe local, solución está terminantemente prohibida aquí. De cualquier modo, le resulta imposible integrarse en la comunidad que dirige, cuando no la crea. Lejos de levantar, con el tiempo, los obstáculos que se oponen a ello, el sistema feudal los refuerza. No tiende a “europeizar” a los indígenas. Muy al contrario, respeta sus creencias y costumbres y hasta, cuando no afectan a la autoridad del señor, a las jerarquías preexistentes. Por tanto, Ullman es realmente quien da sus leyes a los toltecas, como lo relata la tradición. Pero estas leyes constituyen un doble aparato jurídico. Por un lado, consolidan un orden político nacido de la sumisión de un pueblo a una minoría extranjera y fundado en relaciones de vasallaje tanto más sólidas cuanto que proceden de una estricta disciplina militar y se apoyan en la solidaridad de raza. Por otro lado, refuerzan, al organizado, un orden social indígena que responde a exigencias raciales e históricas del todo extrañas al modo de vida de los vikingos.

En conjunto constituye, pues, un sistema aristocrático, más colonial. Al contrario de lo que sucede en Europa, aún después de una conquista, el señor se superpone a la comunidad que dirige y protege. Está vinculado con ella por un intercambio funcional de servicios, pero no forma parte de ella. Cuando los schleswigenses se marchen, las aldeas toltecas conservarán las estructuras que les deben, porque les son naturales. Pero el orden político federal irá debilitándose y las guerras locales resurgirán, hasta que los chichimecas, primero, y los aztecas, luego, vengan a imponer a su vez una autoridad, nunca plenamente aceptada por lo demás, que respetará los principios del feudalismo y, por tanto, las libertades locales. Todo lleva a pensar que los vikingos se dieron cuenta, pero demasiado tarde, del error cometido al trasplantar, lisa y llanamente, un sistema europeo de gobierno que sólo podía prosperar o, por lo menos, durar sobre la base de una unidad de raza, inexistente en América. Más adelante veremos cómo supieron aprender la lección de su experiencia mexicana.

En lo inmediato, no podemos dejar de referirnos, aunque esto no sea nuestro tema, a la influencia que tuvieron los vikingos en los indios que les estaban sometidos. Las tradiciones indígenas nos dicen que fue Quetzalcóatl a quien los toltecas debieron sus creencias religiosas, el calendario, la escritura y las artes de la agricultura y la metalurgia. De

hecho, pudimos, en una obra anterior, resumir en una página una mitología válida a la vez para los escandinavos aún paganos y para los pueblos del Anáhuac, salvo en cuanto a las aportaciones cristianas que éstos recibieron del Quetzalcóatl ascético, es decir, del abad culdee posteriormente confundido con Ullman. Sabemos, por otro lado, que los toltecas empleaban dos calendarios, lunar y solar, y que éste último ya había caído en desuso durante la conquista española, ya que había sido impuesto sin que jamás se lo aceptara plenamente. De la escritura no sabemos nada, pues evidentemente no puede tratarse de los ideogramas utilizados por los aztecas, pero éstos se esforzaron en borrar los rastros de sus predecesores y los frailes españoles se dedicaron, más tarde, a destruir los "símbolos de la idolatría" y, en especial, las inscripciones que no entendían. La enseñanza de la agricultura iba de por sí, pues sólo gracias a ella resultaba posible transformar a nómadas en sedentarios. En cuanto a la metalurgia, las excavaciones arqueológicas confirman que el trabajo del cobre, el oro y la plata surgió, en el Anáhuac, en el siglo X.



Arriba, la cabeza de vikingo de la Gávea, Río de Janeiro (foto Eduardo Chaves). Abajo, inscripción rúnica del Abrigo del Caballo, en Cerro Guazú, Paraguay: "Ginilel Rizado".



Abajo: Thor y el Gigante pescando la Serpiente del Mundo, en la cruz vikinga de Gosforth (Cumberland). Al lado: la misma escena en una concha precolombina grabada, de la costa norte del Perú.





Pasan veinte años. El reino de Tula es ahora sólido y los gérmenes de descomposición que contiene aún no han tenido tiempo de desarrollarse. Probablemente su territorio se haya ampliado. Su influencia, por otro lado, se hace sentir mucho más allá de sus fronteras. Hasta los mayas, cuya civilización (las ruinas que nos han dejado de ciudades magníficamente construidas lo atestiguan) es, o por lo menos fue, muy superior a la de los pueblos del Anáhuac, lo temen y lo envidian. En el año 986, Ullman monta una expedición destinada a la conquista de las tierras tropicales del Sur. ¿Fue llamado

por los itzáes, que serían entonces mayas, o éstos son los toltecas a su mando? Los especialistas no se ponen de acuerdo al respecto. Sea lo que sea, invade el Yucatán, por el mar, con fuerzas indígenas importantes que encuadran hombres suyos. No debe de encontrar una resistencia apreciable, pues de inmediato, en 987, funda, sobre las ruinas de un villorrio anterior, la ciudad de Chichén-Itzá, que se convertirá en su capital.

La historia se repite, pero con ritmo acelerado. Ullman, en efecto, que las tradiciones mayas mencionan con los nombres de Kukulkán —mera traducción de Quetzalcóatl—, en el Yucatán, y Votan, en el Chiapaz, se encuentra frente a poblaciones menos belicosas y, sobre todo, más civilizadas que las del Anáhuac. Mejor organizadas, también. Sus autoridades son más estables; sus aldeas están confederadas localmente, sobre una sólida base tribal o dialectal. Parece que a los vikingos, sin habérselos llamado, se los acepta rápidamente. Su influencia cultural se nota en dos años, en el país maya, casi tanto como en dos decenios en la meseta, aunque le falta tiempo para transmitir a los indios las técnicas y las artes de la metalurgia. Pronto, sin embargo, surge y cunde la rebelión. En Chichén-Itzá, los indígenas se levantan. El combate es violento en la ciudad, que los vikingos y sus auxiliares toltecas deben evacuar. Prosigue en el mar, en un punto no determinado de la costa, donde estacionan los barcos de los invasores. Los blancos reembarcan, no sin dejar a algunos de los suyos en manos del enemigo, que los sacrifica a sus dioses. Los frescos del Templo de los Guerreros de Chichén-Itzá nos muestran aún, con lujo de detalles significativos hombres blancos y rubios, de orejas largas como sus vencedores, drakkares, etc., escenas de las dos batallas y de las ceremonias sangrientas que siguen. Hasta parecen indicarnos el motivo de la sublevación, pues todos los prisioneros están representados con el pene erecto. Quedan, en el interior de las tierras, algunos schleswigenses y toltecas que no logran retirarse a tiempo. Encontramos más al sur, en el Chiapas, en Guatemala, en el Salvador y en Nicaragua, a los descendientes de éstos últimos, que se conocen con el nombre de pipiles, “príncipes”, es decir gobernantes y que todavía hablan náhuatl. En cuanto a los primeros, hace siglos fusionados con la población indígena, a ellos se deben las decenas de palabras danesas y alemanas que Brasseur de Bourbourg, en el siglo pasado, halló en el quiché, un dialecto maya de Guatemala.

Ullman y los sobrevivientes de Chichén-ltzá retornan al Anáhuac. Allá, una mala sorpresa les está esperando, cuyo relato nos da Moctezuma en persona, descendiente por las mujeres del último rey tolteca, en su discurso de bienvenida a Hernán Cortés, según se lo había contado su padre “que lo oyó también del suyo”, según la tradición transmitida a los miembros de las familias reales sucesivas. Algunos de los vikingos que se habían quedado en la meseta, evidentemente solteros, se habían unido con indias y tenían ya hijos, lo que les había proporcionado “mucho mando en la tierra”. Los schleswigenses tenían, en materia de mujeres, la moral de su raza y de su tiempo, y además las jóvenes indígenas no eran nada repugnantes. Numerosos pequeños mestizos, pues, habían debido nacer a lo largo de los primeros veinte años de la presencia de los blancos en México. Pero no por ello el estatuto racial de la minoría aristocrática se había visto afectado. La situación con la cual se encuentra Ullman a su vuelta del Yucatán es del todo distinta: los niños nacidos de matrimonios mixtos mezclarán sangre india a la de los vikingos. La desigualdad existente entre gobernantes y súbditos irá atenuándose con el tiempo y desaparecerá en unas generaciones. Esto, el jarl no lo puede admitir. Pero le resulta imposible imponer su autoridad a los de entre sus hombres que han traicionado su raza: tendrían a los indígenas a su favor. Por ello, prefiere abandonarles el terreno: América es grande, y él lo sabe. Los hombres casados con mujeres blancas, con sus familias ampliadas —ya debe de haber niños cuyos padres nacieron en México—, y parte de los solteros lo siguen. Los demás desaparecerán en la población local o, por lo menos, en su capa dirigente. Es a ellos que algunos toltecas deberán todavía, quinientos años más tarde, que los cronistas los describan como “altos, blancos y barbudos” y uno que otro “más blanco que cualquier español”[2]

---

[2] . El cronista indígena Ixtlilxochitl relata que un día se trajo al último rey de los Toltecas, Topilzin, un niño “muy blanco y rubio y hermoso”, encontrado en la montaña. El

Ullman, con los suyos, desciende hacia la costa del Atlántico donde sus drakkares tienen su base, en la desembocadura del río Goasacoalco, y se hace a la mar, no sin dejar detrás de sí la famosa profecía cuyo recuerdo tanto facilitará la conquista española: un día hombres blancos y barbudos, sus hijos, llegarán del Este para vengarlo y dominarán el país. El, en lo inmediato, se limita a cruzar el golfo de México y el mar de las Antillas. Con su gente y sus caballos, alcanza las costas de Venezuela. ¿Quema sus barcos, los manda hacia el sur, o los utiliza para re-montar el Orinoco? La primera hipótesis es muy poco verosímil. La segunda supone conocimientos geográficos sorprendentes, si no inexplicables. La tercera responde demasiado a las costumbres de los vikingos para que no cedamos a la tentación de aceptarla. De cualquier modo, por vía terrestre o, más probablemente, en sus drakkares, la expedición cruza las sabanas venezolanas y penetra, por Pasca, en la actual Colombia. Encontramos su recuerdo en las tradiciones indígenas que nos hablan del héroe civilizador de los Muyscas, un hombre de raza blanca, provisto de una abundante cabellera y de una larga barba blanca, posteriormente divinizado con el nombre de Bóchica.

¿Trátase todavía de Ullman? Si éste no ha muerto durante el viaje, no le queda mucho tiempo de vida. Ignoramos si es él o su sucesor quien manda a los schleswigenses cuando éstos alcanzan el Pacífico. Lo que sí sabemos es que construyen canoas de piel de lobo -un animal que no estamos acostumbrados a encontrar en esas latitudes, pero que, de hecho, abunda aquí, barcos semejantes a los grandes umiakes de los esquimales, embarcan en ellas sus caballos, descienden hacia el sur y alcanzan el actual Ecuador. Su jefe, Atau (del norrés atall, feroz), más tarde divinizado, lleva en las tradiciones locales el título de Con, que no pertenece al quichua, la lengua del país. En norrés, la palabra konr en

---

soberano, aunque él mismo fuera blanco y tuviera “una larga barba entre cana y roja” consideró el hecho como de mal agüero y dió la orden de devolverlo al lugar donde se lo había hallado. Pero, en seguida, la cabeza del niño cayó en putrefacción, a consecuencia de lo cual se desencadenó “una gran peste” que hizo perecer al noventa por ciento de la población. El profesor Dr. Pierre-André Gloor, presidente de la Sociedad Suiza de Antropología, nos sugirió, en una comunicación personal, que bien podría este relato referirse a una epidemia involuntariamente provocada por los europeos, portadores de microbios contra los cuales los indígenas no tenían defensa natural. Esta interpreta-ción nos parece acertada.

el nominativo, pero la desinencia desaparece en los demás casos y no figura en ningún dialecto hablado en Sudamérica tiene, primitivamente, el sentido de “hijo de familia noble” y va adquiriendo poco a poco el de rey, que encontramos hoy día en sus derivados konung, en noruego, y konge, en danés. La meseta de Bogotá, que cruzaron los vikingos en su avance hacia el Pacífico, no debe a la casualidad su nombre, que perdura, de Cundinamarca. Acabamos de ver el significado de con (la o y la u se confunden en el quichua, idioma a través del cual la palabra llegó a los cronistas). Marca quiere decir “provincia, marca”, en quichua como en norrés. Queda dina. Vemos en esta palabra una deformación de dañe, posterior a la Conquista, lógica, puesto que Danemark, en español, se ha convertido en Dinamarca. Es normal que los transcriptores, que no tenían nada de filólogos, hayan transformado Kondanemarka, “Marca Real Danesa”, en Cundinamarca.

Llegados al Ecuador, los expedicionarios establecen una base en la isla de Guayau y luego, como ya lo hicieron cuando su desembarco en el golfo de México y como lo harán en el Perú, y verosímilmente por las mismas razones climáticas, abandonan rápidamente la zona tórrida y suben al Altiplano andino, donde fundan el reino de Quito, que más tarde los Incas incorporarán a su imperio. Por motivos que se nos escapan, no tardan en proseguir su viaje momentáneamente interrumpido. Sólo dejan en el Ecuador a unos pocos hombres, cuyo primer jefe lleva uno de los nombres de Odín, Kara, del norrés kárr, “el Rizado”. Los dieciocho reyes que le sucederán se harán llamar scyri. Esta palabra no tiene sentido alguno en quichua, pero, en norrés skirr significa “puro” y skirri, “más puro”. Ahora bien: scyri no puede ser sino una transcripción torpe de skirri, en un idioma cuyo alfabeto desconoce la k. El grupo se no se explicaría, sino, en un texto español, puesto que su pronunciación sería idéntica a la de una s, Aquí, sólo puede responder a la intención de expresar el sonido sk y de reemplazar la forma squ, más correcta, pero más chocante. Notemos que semejante trasposición de la k en c no es única de las transcripciones castellanas de vocablos extranjeros: así, por ejemplo, Mykerinos se convierte en Micerino. Y, por otra parte, la precisión fonética es lo último que se puede esperar de los cronistas. No nos han llegado los nombres de los catorce primeros scyri. El último de ellos murió sin dejar descendencia masculina. Su hija, Toa (del norrés toeja, ayudar, apoyar), se casó con un jefe local, quien por eso, y con el acuerdo necesario conforme con la costumbre escandinava, aún en el caso de una sucesión hereditaria

normal de la asamblea de los señores, ascendió al trono. Este pertenecía a una familia de origen vikingo: se llamaba, en efecto, Duchicela (del norrés duga, valer, servir, del que deriva dygdh, virtud, fuerza, y ketill, capacete —casco en forma de marmita—, que se convierte en kell en los antropónimos) y dio su nombre a la dinastía de los cuatro últimos soberanos de Quito.

Estamos mejor informados respecto a la etapa siguiente de nuestros viajeros: la costa norte del Perú. Allá, desde hace mil cuatrocientos años, por lo menos, está instalado un pueblo extraño, hoy día extinguido. Se desconoce todo acerca del origen de esos mochicas, que se quiso a veces, sin más prueba que cierta coincidencia en la vestimenta, hacer llegar, hacia 400 a. J.C., de Mesoamérica. Ellos mismos pretenden que sus antepasados vinieron de más allá del mar, lo que sólo puede ser cierto, como en el caso de los pueblos de México, por una o varias minorías civilizadoras. Su tipo físico, mongoloide, es tan distinto como sea posible del de sus vecinos de la montaña. Innumerables vasos antropomórficos nos muestran, en ellos, caras finas, abiertas, a veces duras, a menudo barbudas, que evidencian una profunda inteligencia. En el siglo X, hace mucho tiempo que trabajan los metales y su orfebrería ya tiene un nivel técnico y artístico apreciable como, por lo demás, su cerámica. Su capital, Chan-Chan, está magníficamente construida en uno de esos valles de vegetación exuberante que interrumpen, con largos intervalos, el desierto de una costa donde nunca llueve.

Esa alta cultura sufrió, en otros tiempos, una fuerte influencia asiática. No nos sorprendamos: Chan-Chan no es otra que la “ciudad bien conocida de Cattigara” que menciona Ptolomeo y que sitúa en la costa este de un Sinus Magnus que separa el Quersoneso de Oro —Indochina y Malasia— de una enorme península —inexistente— que prolonga hacia el sur el Asia oriental. Un Sinus Magnus arbitrariamente reducido que, según su predecesor Marino de Tiro, se extendía hasta las islas Marquesas. Lo cual aún era insuficiente, puesto que no podía tratarse sino del océano Pacífico. La toponimia que nos ha dejado Ptolomeo de la Tierra de Cattigara nos muestra que los hindúes y los chinos la frecuentaban. Más todavía, nuestro geógrafo nos relata, según Marino, el viaje que, en el siglo I de nuestra era, llevó allá al capitán griego Alejandro. Lo que asiáticos y europeos iban a buscar en el Perú era el oro de que rebosaba el país. Lo que traían, además de

tales o cuales mercancías, eran las costumbres, refinadas hasta el exceso, como prueban numerosos vasos de motivos eróticos, y conocimientos técnicos y artísticos muy adelantados para los indios con respecto a su tiempo.

Es en la desembocadura del río Faquisllamga, donde se encuentra hoy día Lambayeque, un poco al norte de Chan-Chan, donde los vikingos —varones y mujeres— desembarcan en lo que se va a convertir en el imperio de Chimor (del norrés skim, skimi, luz: skima, amanecer). Las tradiciones indígenas conservaban aún, en la época de la conquista española, el recuerdo de su gran flota, llegada del norte en el año 1000, al mando de un poderoso jefe, Naymlap, a quien dan a veces el título de kon, y de sus ocho lugartenientes. Los invasores, que la cerámica chimú re-presenta como blancos y barbudos, se adueñan del país y le imponen una nueva dinastía cuyos veinte reyes llevarán el título de Chimú Capác y reinarán hasta la anexión del imperio, a fines del siglo XV, por el emperador inca Tupac Yupanqui. No se nos dice quiénes eran Naymlap y sus compañeros, pero el nombre del jefe y el de su mujer, Ceterni, tienen, en cuanto a este punto, un valor inestimable. No pertenecen, en efecto, a ninguno de los idiomas americanos. Tienen, por el contrario, una fortísima consonancia germánica. Más todavía: naym es muy exactamente la forma en la cual un español podía transcribir la palabra heim, más o menos bien pronunciada por un indio. Ahora bien: heim, en norrés como en antiguo alemán, significa “hogar”, “patria”, mientras lap, en antiguo nórdico, se traduce por “pedazo”. Heimlap -Pedazo de Patria- muy bien podría haber sido el apodo dado al jefe de una colonia escandinava establecida en tierra americana, o al de esta misma colonia, confundido más tarde con el de su fundador. El único punto sorprendente es que el vocablo se haya modificado tan poco a lo largo de siglos de tradición oral y que los españoles nos lo hayan transmitido sin deformarlo más. Ceterni viene del norrés theyta, hacer gritar, tocar la trompeta, avanzar, y erni, hábil, duro, enérgico. El nombre puede traducirse por “la que anima a avanzar”.

La influencia de los vikingos sobre los mochicas, pronto llamados chimúes, es manifiesta. A la mitología anterior de la población de Chan-Chan y de la región viene a agregarse un dios de la Tempestad, Guatan, transcripción española de Huatan que, en quichua —y el quichúa era, en el Perú, desde los incas, la “lengua general”—, se

pronuncia casi Vatan: un nombre muy cercano, como algunos autores ya lo notaron, al Votan de Mesoamérica y al Wotan —u Odín— germánico. El vocabulario mochica, establecido en el siglo XVII por el mestizo Fernando de la Carrera, contiene algunas palabras de evidente origen nórdico. Los barcos que figuran en numerosas piezas de cerámica posteriores al siglo X tienen —a pesar de que su construcción sea muy diferente a la de los drakkares— sus dos extremidades erguidas y el mascarón de proa es una cabeza de animal. Una concha grabada encontrada en la región lleva la copia, increíblemente exacta, de un motivo de la cruz vikinga de Gosforth, en el Cumberland, es decir en el Danelaw de Inglaterra. La rueda solar que adorna los aros de algunos de los personajes de los vasos de retratos sólo puede tener un origen nórdico, tanto más cuanto que los chimúes no adoraban el Sol, sino la Luna. Todo esto sin hablar siquiera de las barbas de algunos sujetos. Un detalle deja pensar, sin embargo, que los escandinavos que se establecieron en Chimor no fueron numerosos y que su asimilación fue rápida: Las escenas de batalla pintadas sobre cerámica nos muestran, en efecto, a blancos prisioneros de los indios. Ahora bien, los schleswigenses no fueron vencidos, ni a su llegada, puesto que conquistaron el país, ni más tarde, ya que la dinastía fundada por ellos conservó el poder durante casi cinco siglos. La única explicación es que fueron absorbidos hasta tal punto que su victoria se borró de la historia del imperio. De hecho, el grueso de los vikingos reembarcó muy pronto, retomó su viaje hacia el sur y tocó tierra en lio, justo al sur del paralelo de Tiahuanacu, el único buen puerto natural de la zona, en la desembocadura del rio del mismo nombre. Este topónimo viene del norrés ili, piedra de ancla, y significa verosímilmente “fondeadero”.

II
EL ANTIGUO IMPERIO

La Cordillera de los Andes está formada por dos cadenas de montañas paralelas cuyas cumbres, desde el Ecuador a Chile, dominan el océano Pacífico. Al oeste, sus contrafuertes abruptos bordean la estrecha franja costera cuya desesperante aridez sólo está quebrada por la vegetación exuberante de algunos valles donde vienen a perderse magros ríos de los que muy pocos consiguen alcanzar el mar. Al este, por el contrario, nacen el Amazonas y sus principales afluentes, y numerosos ríos más que surcan, hasta el Atlántico, la inmensa selva ecuatorial y tropical. Entre las dos cadenas, a 4.000 m. sobre el nivel del mar, se extiende el Altiplano: un ancho corredor estepario que deslindan picos nevados de 5.000 a 7.000 m. de altura. Los días son tórridos; las noches glaciales. En ese paisaje lunar, grandioso y siniestro a la vez, cualquier señal de vida parece incongruente. A la altura del puerto de lio, sin embargo, el panorama de la Puna ofrece una apreciable variante. Es allí donde el corredor alcanza su anchura máxima: 900 km., mientras que ya no tiene más que 300 en el Cuzco, 400 km. a vuelo de pájaro más al norte. En su centro, una amplia bacía deja centellear el gigantesco espejo de agua del lago Titicaca: un verdadero mar interior de 210 km. de largo por 65 en su punto más ancho. A 22 km. de la costa actual, al oeste de su extremidad meridional, se alzan las ruinas de Tiahuanacu.

Todos los autores que, en el siglo pasado, se interesaron por este impresionante sitio arqueológico, hicieron resaltar la contradicción que implica una gran ciudad de alta civilización situada en un territorio de una absoluta esterilidad. En 1904, Sir Clement Markham adelantó, no sin prudencia, una audaz hipótesis: después de la época de las grandes construcciones, un movimiento tectónico habría provocado la repentina elevación del Altiplano unos mil metros por encima de su nivel anterior y transformado en un desierto un suelo extraordinariamente fértil y cubierto de selvas. Esto suponía que los monumentos de Tiahuanacu databan de la era preglaciar, pues en los Andes, durante el pleistoceno, no se produjo ningún movimiento geológico capaz de provocar semejante modificación del relieve. Luego vino Arthur Posnansky, ese arqueólogo aficionado de La Paz a quien debemos, al margen de datos de real interés, toda una serie de interpretaciones aberrantes con las que los fumistas del americanismo-

ficción se delectan todavía hoy. Según él, la ciudad, en su época de prosperidad, se encontraba a orillas del Pacífico. Un cataclismo la lanzó, un buen día, a 4.000 m. de altura y, con ella, el inmenso ojo de agua de mar que se transformó en lago y cuya salinidad desapareció poco a poco por la aportación de los glaciares. Desde aquel entonces, el nivel del Titicaca ha ido bajando lentamente y su ribera se ha ido alejando de la ciudad, abandonada por sus habitantes en razón del cambio de clima. La construcción de Tiahuanacu se remonta a 13.000 años: Posnansky lo sabe merced a cálculos astronómicos basados en la orientación de uno de sus edificios, el Kalasasaya; cálculos estos manifiestamente falsos y de los que los especialistas no pudieron sino reírse.

Todo es falso, por lo demás, en esta historia. La altitud del Altiplano no ha variado desde el terciario. El Titicaca nunca ha sido otra cosa que el receptáculo de los torrentes que bajan de la montaña, en especial durante la fundición de las nieves. El nivel del lago varía en función del régimen de las lluvias —sea dicho a título de ejemplo, subió tres metros durante el verano de 1978-79 y una ligera modificación del clima bastaría para devolverle los treinta y pocos metros que le faltan hoy día para alcanzar Tiahuanacu, y hasta para convertirla en isla. Por fin, el suelo nada tiene de árido, aunque su fertilidad sea muy inferior a lo que era hace mil años.

Este último tópico tiene una extrema importancia, y tenemos que detenernos un tanto en él. Pues, si la altura de la Puna y la naturaleza del lago sólo plantean falsos problemas, no sucede lo mismo en cuanto a la infertilidad del suelo, que parece evidente a cualquier viajero, además de lógica a 4.000 m. Sin embargo, la esterilidad que se atribuye a la bacía del Titicaca no existe. Los arqueólogos, que no hicieron sino pasar por la región, verosímilmente maltratados por el soroche que alcanza con un rigor descomunal a todos los forasteros, son excusables de haberse dejado impresionar por el aspecto desértico de la meseta. Pero Posnansky debía de saber a qué atenerse. Ahora bien: es un hecho que la bacía del Titicaca recibe entre 400 y 750 mm. de lluvia por año, lo cual le permite producir sin riego, —los cultivos en terraza de la región son casi todos regados— trigo, cebada y mijo, sin hablar de la patata y, contrariamente a todo lo que se ha podido decir, hasta maíz. Más aún: la mayor parte del abastecimiento en verdura de La Paz, la capital de Bolivia, proviene

de" la zona de Tiahuanacu. No hace tanto frió allí, por tanto, lo cual es comprensible, puesto que la enorme masa de agua del lago sirve de regulador de temperatura. Es en razón de este microclima que la región del Titicaca, fuera de las aglomeraciones urbanas, es la más poblada del Sur boliviano. No es éste un hecho nuevo. Alcide d'Orbigny podía escribir en 1839: “No existe, en las dos repúblicas actuales del Perú y de Bolivia, zona más poblada que las orillas del lago Titicaca. En todas partes hay aldeas y también vestigios de la antigua población”.

Con todo, la región resulta muy seca y muy árida si la comparamos con lo que era entre los siglos X y XIII. Varios estudios recientes, uno de ellos fundado en el análisis de los anillos concéntricos de las sequoias milenarias de California, nos han mostrado que el clima, que a principios de nuestra era no se diferenciaba del nuestro, se fue suavizando posteriormente hasta el año 850. La temperatura permaneció sin cambios hasta 1200 y, luego, empezó a enfriarse. Lento en un primer momento, el proceso se hizo cada vez más rápido a partir de mediados del siglo XIII, para alcanzar el punto más bajo de su curva en el XVI. Tras doscientos años sin modificaciones, se fue produciendo un recalentamiento que duró hasta 1950. Para el Altiplano andino, las consecuencias de semejante evolución del clima fueron de tremenda importancia. Por un lado, en efecto, en la época que nos interesa, la temperatura media era allí, como en todas partes, de varios grados más elevada que hoy: en aquel entonces se cultivaba el trigo en Islandia y Eirik el Rojo podía llamar Groenland -Tierra Verde- lo que, en nuestros días, no es más que un inmenso glaciar. Por otro, había aumentado considerablemente la evaporación de los mares, las lluvias y, en las cumbres vecinas, las caídas de nieve eran mucho más abundantes, lo cual favorecía los cultivos y contribuía a suavizar aún más el clima, En fin, el lago Titicaca, en el cual se volcaba desde hacía siglos un volumen de agua acrecentado, había alcanzado su nivel máximo y formaba un enorme complejo que comprendía el lago Poopó y las salinas de Oyuni. Era en su ribera, como todavía en la época de la conquista española, y tal vez en una de sus islas, donde se levantaba una gran aldea, Chucara, la que tomará más tarde el nombre de Tiahuanacu.

Nada nos permite datar con cierto rigor científico monumentos exclusivamente construidos en piedra. El método del carbono 14, a

pesar de las reservas que exige, puede darnos, en este campo, algunas indicaciones respecto a las materias orgánicas; y el más reciente y el más seguro de la termoluminiscencia, informaciones precisas en cuanto a las piezas de cerámica. Pero nunca puede establecerse con certeza la contemporaneidad de los edificios y de los restos -osamentas, tejidos, artefactos de madera, fragmentos de vasijas, etc., que contienen en el momento de las excavaciones. De ahí que los arqueólogos tengan que limitarse a estimaciones subjetivas, basadas en el estilo de las construcciones y de sus esculturas, y a interpretaciones que dependen, no sólo de los hechos observados, sino también de su encadenamiento supuesto. Si, además, su proceso mental está falseado por consideraciones localistas, como sucede demasiado a menudo en lo que atañe a Tiahuanacu, se llega a tal grado de confusión que el único medio de ver claro es retomar todo el asunto sobre la base de los datos tangibles de que se disponga. Lo que vamos a tratar de hacer.

Aquí los datos tangibles son, esencialmente, sepulturas y piezas de cerámica. Nos indican, con un margen de seguridad aceptable, que la cultura que los arqueólogos llaman “Tiahuanacu antiguo” nació en el siglo I de nuestra era. Le debemos una cerámica pintada - rojiza, ocre y negra—, ornamentada con formas geométricas escalonadas y con extrañas figuras zoomórficas. El “Tiahuanacu clásico”, que le sucede a partir del siglo V, se caracteriza por una cerámica de una extrema finura y cuya decoración polícroma nos muestra a seres humanos y animales estilizados que parecen reflejar la influencia de Nazca. Grandes palacios de adobe datarían de ese período, en cuyo curso aparece la metalurgia del cobre. A mediados del siglo VIII empieza una época de decadencia que se prolonga hasta el año 1000. La cerámica se limita a imitar las formas y los dibujos del clásico, pero empobrecidos desde todo punto de vista. El pulimento se va perdiendo poco a poco; el número de los colores se va reduciendo, y pronto sólo aparecen el rojo y el negro y luego, a menudo, exclusivamente el negro.

Durante los nueve siglos que dura ese proceso cuyas tres épocas- antigua, clásica y decadente- no son, por supuesto, sino el fruto del análisis, la cultura tiahuanacota no irradia mucho más allá de unos kilómetros de su centro, aunque su influencia es perceptible en la región, hoy día boliviana, de Cochabamba, en el norte de Chile, y en el

sur del actual Perú hasta el Cuzco y, en la costa, hasta Arequipa. Luego, repentinamente, todo cambia: entramos en el período que los arqueólogos conocen con el nombre de “Tiahuanacu expansivo”.

Antes de ir más lejos, y con el objeto de completar el análisis del marco en el cual van a desarrollarse los acontecimientos posteriores, detengámonos un instante para considerar la situación antropológica y política del inmenso territorio, hoy día dividido entre Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina y Chile, al que conservaremos, para mayor comodidad, la denominación de Perú, que era la suya en tiempos de los cronistas.

En el año 1000 de nuestra era, el Atlántico está poblado por hombres que pertenecen a una raza única. Petizos, rechonchos y bien adaptados, gracias a su enorme caja torácica, a la vida en el aire rarificado de las grandes alturas, esos amerindios de piel cobriza, braquicéfalos o mesocéfalos, leptorrinos e imberbes, son de una inteligencia mediana. Se caracterizan por una sociabilidad extrema que les lleva a la obediencia pasiva y les hace evitar toda forma de delincuencia. Dulces, taciturnos y fríos, la muerte parece serles indiferente. Son excelentes soldados, valientes y disciplinados, pero más aptos para la defensiva que para la ofensiva. Muy trabajadores, la crianza del ganado y la agricultura constituyen lo esencial de sus actividades, sin que desprecien la pesca en lagos y ríos y hasta en el océano a cuyas orillas llegan en varios puntos del Norte y del Sur. Esos hombres de raza andina no son, sin embargo, los únicos habitantes del Perú. En la costa central del Pacífico encontramos, en efecto, pueblos muy distintos por su cultura y por los caracteres físicos de sus miembros, a menudo dolicocéfalos. De ellos, los chimúes constituyen el conjunto más importante.

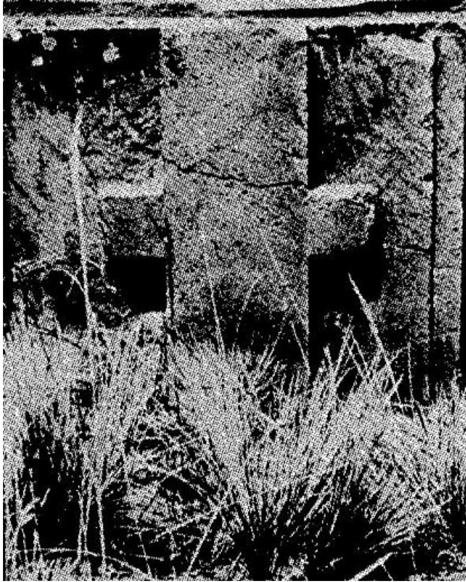
Unidos por la raza, los indios de la montaña están divididos por el idioma en cuatro naciones, en el sentido propio de la palabra. Los quichuas ocupan el territorio que se extiende desde el río Ancasmayo, un poco encima del ecuador, hasta el grado 13 de latitud sur. Al oeste, sus límites son el océano y el imperio chimú; al este, la selva, al pie de la cadena oriental de la cordillera. Al sur, desde la región de Paucartampu y del Cuzco, incluidas -esto seguirá siendo cierto a principios del siglo XIX, según las estadísticas demográficas de

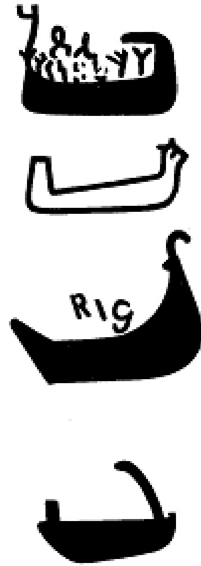
d'Orbigny— las actuales provincias argentinas de Jujuy y de Salta, vale decir al paralelo 20, habitan los aymaras, o Kollas.



Arriba, a la izquierda, fortaleza vikinga de Cerro Corá, Paraguay. Un aspecto de la muralla exterior de grandes bloques labrados.

A la derecha, dibujos de drakkares e inscripciones rúnicas, en la "posta" de Yvytyruzú, Para-guay. Al lado, cruz latina en un edificio de Tiahuanacu.





Abajo: Mapa de Hulsius (1599): el Paraguay y el Guayrá, con su toponimia parcialmente nórdica.



Este último nombre debió de serles dado por los vikingos, pues parece derivar del norrés kollr (cima redondeada, cabeza, cráneo) y significar “cabezas redondas”. Las poblaciones de habla quichua que se hallan hoy día en los valles mineros de Cochabamba, Charcas —actualmente Sucre— y Oruro provienen, como la de Santiago del Estero, en la Argentina, de desplazamientos forzosos ulteriores, debidos a los incas. De cualquier modo, el deslinde lingüístico que acabamos de indicar sólo es exacto en sus grandes líneas: deja a un lado numerosos bolsones alógenos, posteriormente reducidos, que no ofrecen para nosotros el menor interés. Pero no se presta a confusión alguna. Pues si las lenguas quichua y aymara tienen una misma gramática y, por lo menos hoy día, un 20 por ciento de su vocabulario es común, la mayor parte de sus raíces son netamente distintas. Quedan dos naciones enclavadas en el territorio aymara: los urus, que pueblan los alrededores del Titicaca —al sur y al oeste—, los del puerto de lio, en la costa del Pacífico, y los flancos de la montaña entre esos dos límites; y los puquina, en la orilla oriental del lago. Los arahuacs, que todavía viven —no por mucho tiempo— en una zona de extensión indeterminada que, desde Vilcanuto, al norte del Titicaca -entre Ayavire y el Cuzco-, se extiende hacia el este hasta los flancos de la cadena oriental de la cordillera y, más allá, en la llanura de los Moxos, pertenecen a otra raza, bien diferenciada.

En el campo político, esos distintos pueblos, con excepción de los del reino de Quito (pues éste apenas acaba de fundarse), están organizados en tribus o, lo que favorece la extrema compartimentación geográfica de ese país de montaña, en aldeas, cada uno en su valle. Carecemos de datos precisos a este respecto, pero sabemos, no obstante, que el quichua y el aymara están divididos en innumerables dialectos, lo cual parece excluir la existencia de Estados unificados. A lo más puede aparecer, de vez en cuando, en tal o cual lugar, alguna federación inestable, suscitada por la preponderancia militar de una tribu, el descendiente de un jefe local o, como fue anteriormente el caso de Chavín, la expansión cultural de una comunidad. De ahí, conflictos esporádicos innumerables entre tribus y entre aldeas. En la costa, la atomización política es la consecuencia natural de un hábitat hechos de valles-oasis separados por el desierto. Sólo es excepción el imperio chimú, cuya extensión territorial, sin embargo, aún está lejos de haber alcanzado los límites que, después del cambio de dinastía que señalamos, serán más tarde los suyos.

Tal es el país donde desembarcan, un poco después del año 1000, ios vikingos, que tocan tierra en lio. ¿Conocen ya la existencia del Titicaca, o se enteran de ella por los urus que controlan sus accesos? Pregunta sin respuesta, por el momento. Pero es un hecho que, huyendo probablemente, como siempre, del insoportable calor de la costa, no tardan mucho en seguir a sus guías indios hasta el Altiplano. El inmenso lago, mucho más grande que hoy, con su clima seco y templado y su marco de montañas nevadas, les recuerda, a pesar de la ausencia de árboles, a la patria lejana. Los urus son pacíficos, como seguirán siéndolo, pero no se sabe nunca, en tierra extraña. Una vez más, nuestros marinos prefieren instalarse en una isla. Eligen la mayor. ¿Trátase de la que lleva hoy día, y ya llevaba en la época de la Conquista, el nombre de isla del Sol? Lo creímos durante largo tiempo, porque es la que mencionan los cronistas que, en un tiempo en que las aguas del Titicaca ya han bajado considerablemente, no ven ninguna otra, en la parte meridional del lago, a la altura de lio, que responda a los datos que les suministran las tradiciones indígenas y porque se encuentran en ella importantes vestigios de la era incaica, los que dejan suponer una ocupación anterior. Lo dudamos hoy, después de nuestro estudio altimétrico —in librís- del espejo de agua en cuestión. Nos parece mucho más probable que los vikingos se establecieran desde el primer momento en Chucara -es éste el nombre primitivo de Tiahuanacu—, entonces pueblo insular.

¿El konr Heimlap quedó en Chan-Chan como rey Chimor, o aún es él quien manda la expedición? No tenemos, al respecto, información alguna. Y esto porque las tradiciones indígenas, cuando se las recoge en la época de la Conquista, ya habían transformado en mito una historia que data de quinientos años. El jefe que nos presentan, blanco y barbudo como se debe, se ha convertido en el Dios supremo de los quichuas y los aymaras: un Dios invisible y todopoderoso, creador del Sol, la Luna, los planetas y las estrellas, que se encarnó para traer a los hombres Re-velación y Redención; un Dios inmaterial del que el Sol es la expresión cósmica. Por un lado, pues, el konr Viracocha desembarca, con su gente, en lio y se establece en una isla del Titicaca, donde organiza y civiliza la región; por otro, el Creador Viracocha viene a ordenar el mundo y salvar al género humano. Es ésta la repetición del caso de Quetzalcóatl, que analizamos rápida-mente más arriba. Algunos cronistas, pero no de los más fidedignos, dan, sin embargo, al jefe vikingo un nombre propio, además del que

comparte con el Dios. Lo llaman Pirhua Manco, o Manco Inca. Tal vez sólo se trate de una confusión con el primer emperador inca, Manco Cápac. Pero no es imposible que éste último haya retomado, al fundar una nueva dinastía, el nombre de su glorioso antecesor. Pirhua -la palabra, en quichua, significa "granero", lo cual no tiene aquí sentido alguno- viene del norrés byrdh, nacimiento, origen, y vé (hu, en las lenguas del Altiplano se pronuncia como v), lugar sagrado que, en gótico, con la forma weihs, significa "sacerdote". De ahí el significado: "de origen sagrado". Manco es una combinación de man, hombre, y konr, apocopado como consecuencia del fuerte acento tónico que marca la primera silaba del vocablo y de la tendencia de los indígenas a atenuar la pronunciación de la terminal: hombre-rey o el hombre que se convirtió en rey. Inca (Inga, según la transcripción española) viene de ing, partícula de todos los idiomas germánicos, y hasta del castellano en merovingio, carolingio, y lotaringio, que significa "descendiente": una palabra que ya se empleaba, pues, antes de la época del imperio de los incas propiamente dicho, como nos lo confirma una inscripción rúnica de Sete Cidades, en el Brasil.

El nombre de Viracocha, a veces ortografiado Huiracocha, ha suscitado las interpretaciones más fantasiosas. Algunos lo traducen por "espuma (huirá) del mar (cocha)" o, en trasposición más poética, por "espíritu del abismo". Desgraciadamente para ellos, en quichua como en aymara, el genitivo precede al sustantivo que complementa. Tendríamos, pues, en el mejor de los casos, "mar de espuma". Pero sucede que, según el cronista Garcilaso, hijo de una princesa inca, cuya lengua materna era el quichua, huirá no significa "espuma", sino "sebo". "Mar dé sebo": ¡un nombre sumamente extraño para un héroe civilizador como para un dios!. La grafía que encontramos en las crónicas, es cierto, no corresponde muy exactamente a la pronunciación real del vocablo. La dicción apagada que caracteriza hasta hoy a los indios del Altiplano les hace convertir todas las vocales no acentuadas en un sonido muy cercano a la e muda francesa, mientras la ch se aproxima a la sh inglesa. A menudo lo pudimos comprobar personalmente: en su boca, Viracocha deviene 'Vircosh'. Por otra parte, la e y la i son, en las lenguas del Perú, una misma vocal, con una pronunciación intermedia. Ahora bien: en norrés, verr significa "hombre" (macho), con cierto sentido de jerarquía, como el vir latino, que tiene el mismo origen indoeuropeo, y godh, dios. El sonido particular que tiene la letra dh en antiguo nórdico (th suave inglés)

existe en quichua, pero no en español, idioma éste a través del cual la palabra en cuestión ha llegado hasta nosotros. Resulta normal, pues, que se haya transformado en ch. De ser así, Viracocha es una mera transcripción, ligeramente deformada, de Verr Godh, Hombre-Dios, en norrés.

Nadie ignora menos que nosotros los peligros de un análisis de este género: un "buen" filólogo nunca tiene mayores dificultades en hacer derivar cualquier palabra de cualquier otra, merced a una serie de sustituciones, desdoblamientos, inversiones y fusiones de algunas de sus letras. Pero en el caso que nos interesa, nuestras reservas ceden ante la evidencia. Nuestro héroe divinizado lleva, en efecto, en las crónicas, a veces el nombre de Viracocha a secas, pero más frecuentemente el de Con Ticsi Viracocha o de Illa Ticsi Viracocha. Ya vimos el significado de kon, en norrés. Ticsi, a veces ortografiado Ticci, no tiene sentido alguno en quichua. Pero sucede que también encontramos la forma Titi, repetición, como en el topónimo alemán actual Titisee -lago de Titi-, de la raíz ti del antiguo alemán Tiwaz, nombre del Padre del Cielo de la mitología germánica. Illa, en contrapartida, es quichua y significa "luz".

Esta interpretación es apoyada por una serie de coincidencias que no pueden ser casuales. Así es como el lago en una de cuyas islas se establecen los vikingos se llama Titicaca. En este topónimo reencontramos la raíz ti redoblada, seguida de una palabra que no ha sido nunca correctamente traducida. Como sustantivo, caca quiere decir, en quichua (cacca) y en aymara (kha-kha), "cumbre de montaña", lo que resulta difícil de vincular con un espejo de agua, con islas o sin ellas, y más aún si se ve en titi, como algunos lo hicieron, una deformación del quichua tiqui, plomo, pues no existe ni rastro de este metal en la región. El topónimo, por el contrario, adquiere coherencia si consideramos caca como una trasposición castellana del adjetivo aymara khakha que significa "claro", "cano", "rubio". Pues, con la palabra khota sobreentendida (Titikhakhakhota), leemos sin la menor dificultad "lago de los Ti rubios". En cuanto al nombre de la ciudad de Tiahuanacu, ha dado lugar a diversas interpretaciones fantasiosas ninguna de la cual resiste el menor análisis. Lo cual es lógico, puesto que todas partían del quichua. El topónimo, en realidad, viene de Ti, en una forma derivada de tía, conducir, y de vangr, residencia, en norrés. Tiahuanacu significa, por tanto, "Residencia del Dios" y, más

exactamente aún, del Dios conductor del Sol. En cuanto a los vikingos mismos, es en quichua que las tradiciones indígenas les dan un nombre: el de atumuruna, sobre cuyo sentido los especialistas no consiguen ponerse de acuerdo. Brasseur de Bourbourg ve en esta palabra una deformación de hatun, grande y de runa, hombre, gente, interpretación ésta que se puede descartar de entrada, por cuanto hatun parece derivar del norrés yótun, gigante. Vicente Fidel López traduce literalmente “pueblo de los adoradores —o: de los sacerdotes- de Atí”, vale decir de la Luna decreciente, lo cual parece poco aceptable, ya que los hombres de Tiahuanacu adoraban al Sol. Dada la imprecisión ya mencionada con la cual los españoles transcribían los vocablos indígenas, nos preguntamos si atumuruna no debería leerse, en realidad, atumaruna, lo que significa “hombres de cabeza de luna”, expresión ésta equivalente a la de “caras pálidas” de los indios de Norteamérica. Tenemos ejemplos de confusión de la a y la u en la misma palabra. Así los cronistas llaman Vilaoma, en lugar de Villac Umu, al Gran Sacerdote inca del Sol. Confirma nuestra hipótesis el hecho de que la región oriental del lago Titicaca llevaba el nombre de Umasuyu, “provincia de las cabezas”.

Si casi todos los cronistas mencionan la llegada a Tiahuanacu de Viracocha, héroe civilizador venido del Norte, o la aparición, en una isla del Titicaca, de Viracocha, Dios creador —doble versión, histórica y teológica, del mismo acontecimiento—, sólo uno de ellos nos da algunas indicaciones —precisas a pesar de una cronología fantasista respecto de lo que sucede inmediatamente después. Phelipe Guarnan Poma de Ayala, aunque algunos le atribuyen padre español, era verosímilmente un inca de pura sangre. Pruebas de ello son, no sólo la genealogía que da de su familia, sino también y sobre todo su situación social y la lengua en que escribe. Casi todos los conquistadores habían desposado, regularmente o no, a mujeres de la aristocracia peruana y sus hijos nunca fueron objeto de discriminación alguna, veremos por qué en el capítulo VI. Ahora bien: nuestro cronista vivía modestamente, y es poco decir, a principios del siglo XVI, de su cargo de sacristán de la Parroquia cuyo titular era el P. Martín de Morúa, con el cual, por lo demás, se llevaba muy mal. Lejos de haber recibido la educación de un Garcilaso, escribía un castellano atroz, a veces incomprensible. Dejó, al morirse, un enorme manuscrito, ilustrado con unos cuatrocientos dibujos a la pluma, de los cuales su cura párroco manifiestamente se había inspirado para redactar su propia crónica. Misteriosamente

desaparecida, la obra sólo fue reencontrada a principios de nuestro siglo, en la Biblioteca Nacional de Copenhague, y su primera edición data de 1936.

Bautizado y sacristán, Guarnan Poma (Huaman Puma: Halcón Puma), al que su humilde condición ponía menos que a cualquiera a cubierto de la Inquisición, ya sólidamente instalada en el Perú, debía tanto más evitar toda sospecha respecto de su ortodoxia cuanto que no tenía ninguna benevolencia que esperar de parte de su “patrón”. Por ello proclamaba su cristianismo en cualquier oportunidad, y hasta sin necesidad alguna. ¿Pero cómo hablar, en estas condiciones, de los primeros habitantes del Perú, confundidos, como en México, con su minoría civilizadora, sin hacerlos remontar al Diluvio?. La solución consistía en atribuir, como la Biblia lo hace, una extraordinaria longevidad a los “patriarcas”. Guarnan Poma divide así la historia del Perú en cuatro “edades” que, en total, duran 5.300 años, desde la llegada de Viracocha al emperador Tupac Yupanqui, hacia 1475. Si hubiera llamado “año” al mes, como lo hace, por otro lado, con el día cuando data la creación del mundo de 2.000.612 años, su cronología sería casi correcta, puesto que daría, para el período en cuestión, 442 años en lugar, como veremos más adelante, de 475. Pero esto sería, verosímilmente, hilar demasiado fino. Tanto más cuanto que nuestro cronista no tiene, manifiestamente, sentido alguno del orden de las cantidades. ¿No nos habla de la emigración, en tiempos del primer emperador inca, de cincuenta millones de indios chancas, “sin contar mujeres, niños ni ancianos”?

El “primer de generación de Indias” (sic), “primer indio de este reino”, se llama Variviracocha Runa. La palabra runa, en quichua, es ambigua: significa, en efecto, a veces “hombre”, otras veces “gente”. Aquí - lo veremos más adelante- el singular se impone. Vari no tiene sentido alguno en la lengua en cuestión. En norrés, por el contrario, el vocablo quiere decir “guardián” y, por extensión “guerrero”: constituye la raíz del nombre de los varegos, esos vikingos suecos que dieron a Rusia su organización política. Hemos visto más arriba cuál es el sentido de Viracocha, nombre dado a posteriori al konr desembarcado en Ilo, un “gentilhombre blanco de cuerpo y ligeramente barbudo”. La expresión completa significa, pues, “el hombre de Viracocha el Guerrero”. El dibujo con el cual nuestro cronista ilustra el relato nos nuestra a un hombre, manifiestamente de raza blanca —sus rasgos, su pelo

ondulado, su barbita y su bigote no dejan la menor duda al respecto, trabajando la tierra con ayuda de un azadón de tipo incaico, acompañado por una mujer, Varivira- cocha uarmi, “la mujer de Viracocha el Guerrero”. Se trata, pues, de nuestros vikingos al día siguiente del desembarco, desprovistos de todo -están vestidos con hojas- y obligados a proveer a su subsistencia.

La “segunda edad de las indias” es la de Variruna. El significado del vocablo es tan claro como sea posible: “el Guerrero”. Viracocha murió pero su sucesor -lo vamos a ver- es un jarl, un jefe de guerra como él. Los vikingos ya están instalados. Habitan en casitas de piedras labradas, como el cronista nos lo muestra en el dibujo correspondiente, y están vestidos con pieles, por lo que agradecen a Dios: no a Viracocha, que aún no ha llegado a esta jerarquía, sino a Pachacámac, Dios no personificado.

El nombre de quien representa la “tercera edad”, Purunruna, es más difícil de interpretar. En quichua, el término significa, en efecto, literalmente “el hombre del desierto”. Ahora bien, en su época (el dibujo de Guarnan Poma lo atestigua) la vida es otra vez normal: las casas son amplias: hombres y mujeres están vestidos con túnicas de tejido y calzados con sandalias. Si el antropónimo es norrés, como parcialmente en los casos anteriores, Purun viene de bodha, anunciar, predecir, y de run, runa: “el que interpreta las runas”. Pero la ilustración no se refiere a nada de este orden. Confesemos, por tanto, nuestra incertidumbre.

La “segunda edad de Indias” es la de Variruna. Lleva el nombre de Aucapacha, “Tiempo de los Guerreros”, palabra ésta formada de auca, guerrero y pacha, tiempo. En el dibujo correspondiente, vemos a soldados, vestidos como en la época de los incas, unos de los cuales están atacando un pucara —una fortaleza- simbólico, que otros están defendiendo.

En la primera edad, nos dice Guarnan Poma, mandaba Variviracocha. Los jefes que le sucedieron llevaban el título de Yarovilca: Variruna Yarovilca, Pururuna Yarovilca y Aucaruna Yarovilca. “En dezir yarovilca”, precisa el cronista en su castellano incorrecto, “es decir que es muy alto señor de todas las naciones”. Y aro, que no significa nada en quichua, es una ligera deformación —la palabra se pronuncia casi

yar— del norrés jarl, título del señor vikingo, vocablo éste del que cualquier indio del Altiplano haría yar. Vilca, a veces ortografiada huilca, que quiere decir “fortaleza” y, por extensión, “señor de fortaleza” -la palabra tomará más tarde, bajo los emperadores incas, el sentido de “plaza o persona sagrada”- viene del norrés virk, obra, fortaleza. Yarovilca parece significar, pues, “señor de fortaleza de jarl”.

¿Pero son estas cuatro edades del Perú meras épocas míticas que simbolizan las distintas fases evolutivas de la humanidad, como piensan algunos autores? De ser así, habría que reconocer que la tradición, al situar la agricultura antes de la caza que suponen las pieles de Variruna, hubiera evidenciado una pésima memoria colectiva. Guarnan Poma, por su parte, es terminante: se trata de reinados individuales. “De Variviracocha, escribe, descendió Variruna-Yaro vilca, descendió Purunruna-Yarovilca, descendió Aucaruna-Yarovilca”. Si, por otro lado, consideramos la lógica de los hechos, el encadenamiento de las “edades” descritas por el cronista responde a lo que se puede esperar de europeos que desembarcan en una tierra extraña: el cultivo del suelo, en primer lugar, pues no pueden alimentarse exclusivamente de pescado, y los uru jamás han sido agricultores: la caza, después, que requiere una adaptación a especies muy diferentes de las que conocían; la construcción de casas, por fin, primitivas en un primer momento y luego, más confortables, y la artesanía textil que sólo la caza, en la condición en la cual se encuentran, hace posible.

Tres generaciones han transcurrido antes de que los vikingos estén cómodamente instalados en la región. Pero sería conocerlos muy mal pensar que, durante esos sesenta años, se limitan, encerrados en sí mismos, a mejorar su modo de vida produciendo, por sus propios medios, lo que necesitan. Son agricultores, cazadores y hasta constructores, por cierto, pero en primer lugar y sobre todo guerreros. Y llegan del Danelaw donde sus compatriotas, convertidos en señores feudales, dejan el trabajo manual para los indígenas, por nórdicos que sean también éstos. No han venido al Perú para vegetar allí, sino para conquistar un imperio. Por ello, ya en tiempos de Viracocha el Guerrero, empiezan a imponer su autoridad a las tribus circunvecinas. La tradición nos muestra al konr, cuya obra se confunde con la del Creador, pero sin que surja la menor duda en cuanto a su realidad histórica, trazar cuidadosamente su plan de campaña “esculpiendo y

dibujando en grandes lajas todas las naciones que pensaba crear". Después de lo cual se pone en marcha, en el Altiplano, hacia el Norte. Somete sin combate a numerosas tribus y aldeas. Aplasta sin contemplación a quienes tratan de oponerse a su avance. Llega así a unos 500 km. a vuelo de pájaro de Tiahuanacu y, en posición privilegiada, funda la ciudad de Cuzco, destinada a servir de base para las expediciones ulteriores, y construye allí una fortaleza.

Este nombre de Cuzco, o Cusco, no tiene sentido alguno en quichua ni en aymara pero -nos dice el cronista Garcilaso- en la "lengua particular" de los incas, significa "ombligo", "centro del mundo". El vocablo, sin embargo, no es norrés. Parece provenir del finés keakus, centro, medio. Los escandinavos conocían perfectamente a los fineses, que llamaban Skraelingar —enclenques—, palabra ésta que aplicarán más tarde a los esquimales y los amerindios. Inclusive, algunas raíces germánicas se habían introducido en el idioma de los lapones: por ejemplo, kuningas, rey (de konungr), o kaunis, bello (de skounis). Lo contrario no es inverosímil, pues. Hasta es posible que algunos fineses hayan formado parte de la expedición de Ullman, ya que los vikingos reclutaban a menudo soldados extranjeros. Tal vez, con todo, los atumaruna dieran un nombre finés a una ciudad indígena populosa, un poco igual que llamamos "supermarkets" a nuestros almacenes de estilo norteamericano. No son éstas sino explicaciones hipotéticas.

Sea lo que sea, desde el Cuzco, Viracocha, después de dividir en cuatro regiones el territorio del futuro imperio, manda a sus dos hijos a proseguir la obra. Uno de ellos, Ymaimana Viracocha, entra en la montaña y, remontando hacia el norte, se apodera de Jauja y alcanza Cajamarca, mientras el otro, Tocapo Viracocha, toma el camino de la costa y conquista Pachacámac, un poco al sur de la actual Lima. Según otra versión, no son sus hijos, sino dos de sus lugartenientes, a quienes Viracocha envía, desde Tiahuanacu, hacia el norte, el uno por la cadena occidental de la cordillera y el otro por la oriental. O, también, uno solo, llamado Hue Con (del norrés hugr, valiente y konr, que ya conocemos) o Sua Con (del norrés sóa, sacrificar, matar, y konr). Otro relato agrega que él mismo toma la ruta que conduce a Cuzco y se apodera de la ciudad, encargándola a uno de sus hombres, Alcaviza (del norrés olgr, uno de los nombres de Odín, "dios del mar que brama", y visi, príncipe, conductor), reduce a los canas que lo

atacan en Cacha, a 18 leguas de allí y prosigue la expedición hasta Cajamarca.

Parece que, en estos relatos, los acontecimientos se precipitan demasiado y que los hijos o lugartenientes del konr en realidad son sus sucesores. Si se puede admitir, en rigor, que Pachacámac, al sur de la frontera de un Chimor ya ocupado por los vikingos, haya sido conquistada ya en la primera generación, está del todo excluido que haya sido éste el caso de Cajamarca, en el extremo norte del Perú. Manifiestamente la tradición concentró en el reinado de Viracocha conquistas que se produjeron más tarde. Lo que es admisible, y lógico, es que los vikingos, en el curso de los primeros sesenta años de su presencia en el Perú, hayan sometido a su autoridad toda la región poblada por los ay- maras, hasta el Cuzco, y hayan hecho de esta aldea, debidamente fortificada, el centro de sus futuras operaciones. Debe haber sido así, pues la tradición atribuye a Viracocha el titulo de Sapalla (deformación quichua de Sapaktha, "el Unico”, en aymara), que es el de los reyes kollas. Aucapacha, el “tiempo de los guerreros”, la época de las grandes conquistas, llega después, con la cuarta generación.

Antes de abordar este período, volvamos por un instante a Phelipe Guarnan Poma de Ayala. El cronista nos da, en efecto, algunas indicaciones genealógicas respecto a los jefes que sucedieron a Viracocha. Lo hace para el imperio y para tres de las provincias en las cuales se dividirá, más tarde, el Tahuantisuyu, el territorio dominado por los incas, las que, por lo tanto, le eran anteriores: el Antisuyu (provincia de los Andes) al este; el Contisuyu (provincia de Con-Ti, del Rey-Dios: por la cual había llegado Viracocha), al oeste; el Collasuyu (provincia de los Kollas), al sur. No nos dice casi nada acerca de estas últimas, salvo que sus “reyes” descienden de Aucaruna y sus predecesores. Por el contrario, insiste, como corresponde, en los jefes del Estado imperial, de los que hace proceder sus propios antepasados, los “reyes y señores” del Chinchasuyu, la cuarta provincia, en tiempos de los incas. Menciona, entre Aucaruna y Cápac Apo Chaua, contemporáneo del emperador inca Tupac Yupanqui (alrededor de 1480), treinta y nueve nombres, lo que representaría, de tratarse de una dinastía, unos setecientos ochenta años, mientras que - lo veremos - el lapso real no puede pasar mucho de cuatrocientos veinte años. En realidad, Guarnan Poma nos da los nombres, exactos

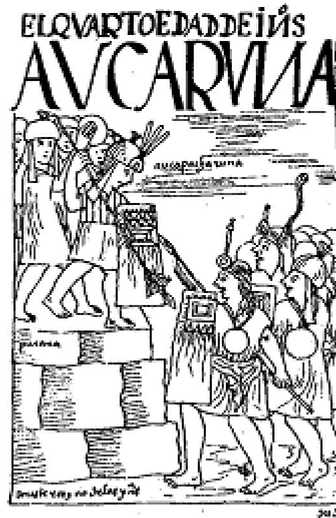
o no, de los “reyes” y de sus hijos, no sin precisar que había muchos otros “reyes de cada fortaleza” pero que el que indica “tenía más alta corona antes que fuese ynga y después fue temido del ynga y así fue su segunda persona”. Que no se trata de una sucesión de padre a hijo, no es una mera interpretación de parte nuestra. Guarnan Poma, en efecto, da nueve nombres de descendientes entre Variruna y Purunruna, de los que él mismo dice que el segundo sucedió al primero. Y cita, para el período que se extiende entre los emperadores incas Tupac Yupanqui y Huascar, es decir, a lo más, sobre cincuenta años, seis “reyes” del Chinchasuyu, provincia ésta ya sometida al Cuzco, cuyos reinados representarían, en conjunto, unos ciento veinte años.



“El hombre de Viracocha el Guerrero”, “primer indio de este reino”. Adviértase la barba y el cabello ondulado del personaje. (Dibujo de Guarnan Poma de Ayala).







Dibujos de Guaman Poma de Ayala, de la segunda, tercera y cuarta "edades de indios". Sobre estas líneas: "el tiempo de los guerreros".

En realidad, los "descendientes" de los cuatro primeros jefes son meramente los de los vikingos que recibieron feudos en las cuatro provincias a medida de su conquista. O, más bien, de algunos de ellos, pues las crónicas mencionan muchos otros más. Estos jefes locales

llevan a menudo el título de cápac que, más tarde, se reservará —salvo, por lo que sabemos, una excepción al emperador inca. El vocablo no es ni quichua ni aymara, y Garcilaso, que trata a pesar de todo de interpretarlo, le da, en dos pasajes distintos de su crónica, dos sentidos diferentes. Viene del norrés kappi, hombre valiente, héroe, campeón y, después de la cristianización de Escandinavia, caballero. Al nombre de otro de los personajes mencionados por Guarnan Poma se agrega el título de ynga —de ing, descendiente, ya lo sabemos—. También encontramos el de auqui -retoño, en norrés-, que llevaban, hasta su casamiento, los hijos de inca y, durante toda su vida, los hermanos del emperador: idéntico, pues, a “infante” en español. Lo cual, por lo demás, confirma lo que hemos dicho más arriba acerca de la composición de la nómina, pues, un adolescente no habría podido ocupar el “trono” ni, por supuesto, el hermano del soberano reinante. Mencionemos, en fin, dos títulos quichuas: apo, que significa meramente “jefe”, y curaca que, en la época incaica, se aplicaba exclusivamente a los jefes indígenas. Tal vez no sucediera lo mismo antes. Tal vez, también, Guarnan Poma cita indiscriminadamente nombres de jefes locales, de los que uno o varios —pues algunos son puramente quichuas, mientras que otros incluyen por lo menos una palabra norresa (Vari- viracocha, Viracocha, vari, cápac, auqui, ynga)— eran indios.

De cualquier modo, la mención repetida por Guarnan Poma y por otros cronistas del título de cápac, puramente nórdico, atribuido a jefes locales nos muestra que los vikingos aplican, después de su conquista, las normas de la Europa medieval. Reparten el territorio sometido en feudos que atribuyen a los de entre sus hombres que juzgan capaces de gobernarlos. Ya el soberano de Chan-Chan había tomado el título de Chimú-Cápac. Más tarde, los emperadores incas del Cuzco tendrán ciertas dificultades para imponerse a “más de doscientos Señores caciques de pueblos y provincias, cincuenta y sesenta leguas en la redondez desta ciudad de Cuzco, los cuales se intitulaban y nombra¬ban en sus tierras y pueblos Cápac Inca”, como escribe el cronista Betanzos. Tendrán que “adquirir y sujetar los tales pueblos y provincias, y quitar los nombres que cada señorcillo de los tales pueblos y provincias tenían de Cápac”. Más lejos de la capital, no siempre será fácil lograrlo y hará falta una guerra sangrienta para reducir al rey de los Kollas, Chuchi Cápac.

Refuerzan nuestra interpretación de la “serie dinástica” de Guarnan Poma distintas tradiciones aymaras reveladas, en la primera mitad de nuestro siglo, por los etnólogos bolivianos. Numerosos nombres —míticos e históricos— aparecen, en efecto, en los relatos referidos al pasado del país kolla pero, por lo general, no coinciden y, cuando lo hacen, nunca se encadenan del mismo modo. Lo cual nada tiene de sorprendente. Por un lado, en efecto, estos datos provienen de regiones diversas que tienen cada una sus propios recuerdos. Por otro, los autores considerados se obstinan en hacer entrar la mayor cantidad posible de nombres en las cuatro “edades” de Guarnan Poma, cuya inverosímil duración aceptan con ojos cerrados. Dicho con otras palabras, sistematizan abusivamente tradiciones aisladas que debemos, para devolverles su sentido, desgajar del marco arbitrario que les imponen. Demos un ejemplo del procedimiento y análisis que exige.

Luis Soria Lens es un investigador serio que recogió, en el curso de muchos años de estrechos contactos con los indígenas aymaras, numerosas tradiciones y leyendas que, por desgracia, unificó posteriormente a su manera. Nos presenta así cuatro dinastías de mallku kollas, un título que viene del norrés mal, juicio, y konr, rey, y que significa por lo tanto, literalmente, “rey de los juicios”, o rey-juez. La primera, la de los Mallku Titi, se remonta a Viracocha. De su larga serie de soberanos, sólo nos quedan algunos nombres: Kuntur Mamani, inventor de la casa, quien, deificado, se ha convertido en el protector, invocado aún hoy, de los techadores; Kkhapa Tchekha, inventor del tejido, deificado también él y patrón de los tejedores; Orkho Titi y Khala Titi, héroes guerreros, a quienes se recurre en caso de conflicto; en fin, Sapalla, conquistador del territorio hasta Cuzco. Está bien claro que se trata aquí de personajes míticos que simbolizan los distintos aspectos de la actividad de Viracocha: sus aportaciones culturales, o por lo menos algunas de ellas, y sus conquistas. Sapalla ni siquiera es un nombre, ya lo hemos visto, sino un título, curiosamente mencionado aquí en su forma quichua. A la segunda dinastía, la de los Mallku Apu Willka, pertenecen Mallku Wanka Willka, “el rey sacerdote de Wanka”, vale decir del dios de la poesía, la música y la danza; Apu Willka Uyushtus, o Yustus, que lleva el nombre aymara de Viracocha, y otros más entre los cuales se destacan los Mallku Khakhapara —“los reyes de rubia cabellera”, que han dejado un mal recuerdo—. De la tercera dinastía, la de los Illa, sólo tenemos tres

nombres: Yauilla, Takuilla -un personaje bien histórico éste, del que volveremos a hablar— y Kipuilla, inventor de los quipos, o sea, del procedimiento mnemónico de las cuerdecillas de nudos. Es la de una época de conquista, mientras que la cuarta, bajo la cual se desarrolla un proceso de decadencia del que tenemos que recordar un nombre, el de Makuri, termina con Mallku Kkhapa, el Manco Cápac fundador del Nuevo Imperio, el de los incas. Todo esto no pasa de ser un ingenioso montaje, y hay otros del mismo género. Para tener una visión clara del asunto tenemos, ante todo, que borrar el marco artificial trazado por Guarnan Poma y, además, mal comprendido por los etnólogos que creyeron deber inscribir en él los resultados de sus investigaciones, a menudo del más alto interés. Retomemos, pues, nuestro análisis en el punto que lo hemos dejado.

Durante los primeros sesenta años de la presencia vikinga, la organización del reino se limita, ya lo hemos visto, al Collasuyu y al Contisuyu, o sea al territorio que se extiende, en el Altiplano, hasta el Cuzco y, en la costa, hasta Pachacámac. En el Norte, el reino de Quito es gobernado por una dinastía emparentada como, en el Oeste, el reino de Chimor que, poco a poco, va anexionando los oasis fértiles del litoral desértico y transformándose en un imperio. Las tribus salvajes del Antisuyu y los pueblos que ocupan las regiones situadas al sur del Collasuyu, civilizados más pacíficos con excepción de los araucanos de Chile, no crean problemas. Queda la gran zona montañosa del Chinchasuyu, donde viven las tribus confederadas de los chancas y, hasta la costa, de los chinchas, restos aún poderosos del imperio de Chavín, destruido, según parece, a principios del siglo VIII, cuya cultura data de por lo menos un milenio y, tal vez, de mucho más: tribus éstas sumamente turbulentas cuya sola presencia hace pesar sobre el territorio de los atumaruna una intolerable amenaza.

Conforme se desarrolla la conquista, los jarls vikingos han organizado sus feudos, desde un punto de vista militar, según el modelo nórdico. En el siglo X, en Escandinavia y, más precisamente, entre las islas de Frisia y la de Oeland, en Dinamarca y en el sur de Suecia, la unidad administrativa es el círculo, hufe o bohle. Cien círculos forman un distrito -haeret, en Dinamarca, y hundan, en Suecia- que, en caso de guerra, debe abastecer a ciento veinte soldados y marineros. En Inglaterra, esos hombres son, por supuesto, siervos encuadrados por sus señores. La situación es la misma en el Perú, pues ningún pueblo

abandona sus costumbres si una razón imperiosa no le obliga a hacerlo. La única diferencia es que círculo y distrito son aquí mucho más amplios que en Europa, y que las funciones subalternas de la organización civil y militar confundidas como lo exige el orden feudal - se encargan necesariamente a los cuadros tradicionales de los pueblos sometidos. Los blancos, en efecto, no son sino un puñado, mientras que los indígenas se cuentan por millones.

¿Podemos hacernos una idea del número de vikingos establecidos en el Perú algo después de 1060, cuando empieza “el tiempo de los guerreros”?. Sí, con tal de que nos conformemos con una primera aproximación desprovista de toda precisión. Vimos en el capítulo anterior que Ullman desembarcó en México, en 967, con unos setecientos varones y mujeres. Sabemos que el jarl abandonó en el Anáhuac cierto número de solteros que, durante su expedición al Yucatán, su habían unido con mujeres indígenas. Por otro lado, habían perdido algunos hombres en el curso de los combates de Chichén-Itzá, que le obligaron a dejar el país maya, y probablemente antes, cuando el desembarco en Panutlán y la conquista de la meseta central. Digamos que, a su partida, le quedaban unos quinientos varones y mujeres, con una repartición por sexo más equilibrada que en el momento de su llegada, más los niños blancos nacidos en tierra americana durante los veintidós años de su estancia en México. Tomemos, para el año 967, el número de quinientos “reproductores útiles” y apliquémosle el índice de crecimiento demográfico correspondiente a los franceses del Canadá para los doscientos años que siguieron a la ocupación inglesa de 1763: duplicación cada treinta años. Esta elección no es arbitraria, pues se trata de poblaciones pertenecientes a la misma raza, que viven en un clima duro y sano, sometidas a una selección natural cuya limitación, en el Quebec, entre principios de nuestro siglo y 1963, es compensada, desde el punto de vista estadístico, por la reducción de la tasa de nacimientos, en particular en las ciudades. Sobre esta base, llegamos al número de 4.000 personas. Dividámoslo por dos, lo cual, sin duda alguna, es abusivo, en razón de una fertilidad inferior a la de los canadienses franceses, de la pérdida de algunas familias dejadas en Quito y Chan-Chan, de los efectos desfavorables que tiene la altura en los partos en el curso de un proceso de aclimatación que exige dos o tres generaciones y de la mortalidad debida a las guerras de conquista del

Collasuyu. Nos quedan, en 1060, 2.000 vikingos, o sea, unos quinientos varones de edad militar.

Quinientos combatientes bien organizados, bien instruidos, equipados por lo menos en parte, con armas de acero y provistos de algunos caballos, no es ésta un fuerza despreciable, cuando se trata de enfrentarse con indígenas que, divididos en incontables tribus hostiles, son incapaces de constituir la menor unidad coherente y que sólo disponen de mazas de madera y de jabalinas. Ullman no tenía más para conquistar el Anáhuac. Cortés se apoderará de Tenochtitlán con cuatrocientos hombres. Pizarro se impondrá a Atahuallpa con menos de la mitad. Estos últimos se beneficiarán, es cierto, de las profecías relativas al regreso de los “dioses blancos”, que harán vacilar a sus adversarios, por lo menos en el primer momento. Pero esta ventaja psicológica estará compensada por el hecho de que tendrán de combatir con ejércitos bien organizados. De cualquier modo, Viracocha y sus sucesores, por lo menos después del establecimiento de los vikingos en Tiahuanacu, no están en condiciones de agrupar a sus guerreros en una ni en varias unidades combatientes, pues la mayor parte de ellos están dispersos en un territorio inmenso, cada uno al mando de un feudo cuyos habitantes en estado de llevar armas se convierten, en caso de necesidad, de agricultores en soldados. El ejército vikingo está constituido, por tanto, por unidades coloniales “de la reserva”, encuadradas por los jefes indígenas locales —los curaca— y mandadas por un blanco, siempre dispuestas a responder a una orden de movilización.

Al principio del reinado de Aucaruna, y a pesar de algunas tradiciones, o de su recopilación anacrónica, que atribuyen a Viracocha y a sus hijos expediciones que les hubieran llevado mu¬cho más al norte, Tiahuanacu sólo controla, verosímilmente, el Collasuyu, con la región del Cuzco que constituye, en el Nordeste, su punta avanzada, y la parte meridional del Contisuyu. A lo largo de toda la frontera norte, los chancas, los angaráes y los chinchas, todos de habla quichua, ejercen sobre los feudos vikingos una presión constante con, verosímilmente, incursiones esporádicas. La situación no puede durar. El konr lanza sus fuerzas contra los molestos vecinos. Es su obra la que las tradiciones reveladas por Soria Lens atribuyen a la “dinastía” de los Mallku Apu Willka cuyos “reyes”, históricos o míticos, sólo pueden ser o representar jefes de guerra. Uno de ellos avanza, en el Altiplano, hasta

Huancavélica, a 300 km. a vuelo de pájaro al noroeste de Cuzco. Otro, al oeste, ocupa el territorio de los angaráes y luego, en la costa, el de los chinchas. El mismo, deseoso de consolidar todas las fronteras del imperio, somete las tribus salvajes de los Hatcha Yunka, en los valles tropicales del este. Es más dudoso que haya bajado a lo largo de la costa, en Chile, hasta Copiapó, a cerca de 1.000 km. en linea recta al sur de lio, y menos probable aún que un tercer “general” haya avanzado, por el Norte, hasta Piura, casi en la frontera del Ecuador. Estas lejanas conquistas pertenecen verosímilmente a los sucesores de Aucaruna y, en especial, al célebre Takuilla, el unificador del territorio, cuyo nombre viene de tak, tomar, e illr, malo -el que toma a los malos- y cuyas hazañas los aymaras, en sus poemas épicos, cantan todavía hoy.

La derrota de los chinchas, los angaráes y los chancas, consolidada por el establecimiento de colonias militares vikingas en Quaytara, en la costa, y en la montaña, en Huamanga, según las crónicas, pero más probablemente en Vinaque, donde se encuentran importantes ruinas de edificios preincaicos “construidos por hombres blancos y barbados”, como dice Cieza de León, en Pomacocha y, según parece, en Vilka-Huaman donde, en 1953, Víctor von Hagen notó una notable proporción de individuos de ojos azules en una población que sólo habla quichua y vive a la manera indígena no hizo sino trasladar 300 km. más al norte el problema de la seguridad de las fronteras. Pues más allá de las tierras así ocupadas, otras tribus de habla quichua —luego, por lo menos en lo cultural, emparentadas con los vencidos— se agitan a su vez. Takuilla, que pone así de manifiesto un notable sentido geopolítico, se da cuenta de que sólo existe un medio para conseguir la paz: alcanzar las fronteras naturales del imperio que son, al oeste, el Pacífico y, al norte y al este, la selva virgen de la Hatcha Yunka Pampa, la gran llanura ecuatorial y tropical que se extiende hasta el Atlántico. Al sur, los viejos pueblos civilizados del Tucumán, en la actual Argentina, no constituyen una amenaza y pueden fácilmente convertirse en aliados. Por el contrario, los araucanos de Chile, que dominan la costa desde el desierto de Atacama a Coquimbo y más al sur todavía, son vecinos agitados que hay que someter. Tal es su plan de acción. ¿Lo realiza por sí solo, como es probable, o bien la tradición ha agrupado bajo su nombre la obra de varios soberanos? Lo ignoramos y el asunto carece de importancia.

Takuilla, pues, cansado de escaramuzas y expediciones de objetivo limitado, concentra todas las fuerzas de que dispone y las lanza hacia el Norte. La naturaleza, más que las tribus, belicosas pero desorganizadas, del Altiplano, frena su avance. Sin embargo, alcanza su meta. Respetando el Ecuador amigo, el konr retoma, en dirección contraria, el camino seguido por sus antepasados. Ocupa la Kondanemarka, en la actual Colombia y, según se dice, cruza Venezuela. A él los montes Tumuc-Humac, que separan el actual Brasil de las Guayanas, deberían su nombre aymara, aunque puede también atribuirse a una mera coincidencia casual. Lo seguro, y en eso también se afirma su extraordinario sentido geopolítico, es que establece, en el nordeste del imperio, una base permanente. En la región de Chachapoyas, al este del Maraflón, en el alto Amazonas, donde el río empieza a hacerse navegable —y veremos que no es por casualidad -, no sólo construye obras provisionales que, más tarde, se convertirán en imponentes fortalezas, sino que también establece a kollas, a quienes distribuye tierras, con un sólido encuadramiento vikingo. Todavía hoy vemos en la región las ruinas de fortificaciones, como las de Kuelap, edificadas al modo tiahuanacota. Allá, la toponimia en gran parte es aymara. Los “indígenas” son de raza blanca. “Por lo que se puede saber de sus antepasados, dice el explorador Bertrand Flornoy (1943), constituían un pueblo organizado, religioso y marcado por la civilización de Tiahuanacu”. Esos extraños indios no son el producto de una mestización con españoles: Flornoy menciona, según un cronista al que no identifica, que, cuando la reconquista de Chachapoyas por el emperador inca Huayna Cápac, algunas mujeres de la tribu fueron enviadas a Cuzco “porque eran hermosas y muy blancas”. En la orilla derecha del Uctubamba, en el paraje llamado Angulo, se alza un barranco de roca calcárea, inclinado a 45 grados. La pared está sembrada de pequeñas grutas, protegidas por un saliente. Cada una contiene una estatua antropomórfica de 1,40 m. de alto y 2 m. de circunferencia base, de promedio, hecha de arcilla blanca, piedras y hierbas. Es un monumento funerario: está hueco y abierto por atrás y, en el interior, se encuentra una momia acurrucada. La cara de las estatuas tiene facciones netamente europeas y una barba completa muy tupida. Más aún: el personaje lleva puesto el casco ojival que sólo los vikingos empleaban. Evidentemente, los kollas trasplantados por Takuilla se fundieron en la población quichua, de la que no se diferenciaban en nada desde el punto de vista físico.

Pero los blancos, por endogamia, han conservado hasta hoy, casi sin cambio, el tipo racial de sus antepasados escandinavos.

Después de asegurar así la pacificación del Altiplano, cuyas tribus están bloqueadas entre las sólidas guarniciones del Cuzco y de Kuelap, Takuilla desciende otra vez hacia el sur por el camino de la costa; es excelente dar a sus aliados chimúes y a las poblaciones chinchas, recientemente sometidas, el espectáculo de su ejército victorioso. Pero no se limita a eso. Una nueva expedición lo lleva a Chile. Cruza el desierto de Atacama y luego conquista, hasta Copiapó, la estrecha franja costera que pueblan turbulentas tribus araucanas o, por lo menos, de ser cierto que uno de sus predecesores ya se había encargado del asunto, consolida su ocupación. Sigue adelante hasta Coquimbo, capital del reino araucano, y somete la región que de ella depende, hasta el río Maulé, al sur de la actual Santiago. Tal vez, pero ninguna tradición lo relata, remonte por el Tucumán, hoy día argentino, donde vive desde tiempos inmemoriales, en la sierra de Córdoba, una misteriosa población de raza blanca y donde, más al norte, entre los diaguitas de las actuales provincias de La Rioja y Catamarca, la influencia de la civilización tiahuanacota es manifiesta.

Quedan las fronteras del este, sujetas a las incursiones esporádicas de las tribus de distinto origen que pueblan los flancos orientales de la cordillera boliviana, sin hablar de los chunchus, los selvícolas de la Hatcha Yunka Pampa. Takuilla emprende la conquista de esas marcas, indispensables para la seguridad del imperio. Vence sucesivamente a los charcas de los valles mineros, cuya actual ciudad Sucre llevará más tarde el nombre, y a los chiriguanos guaraníes de la llanura de Santa Cruz. Luego, instala en la región una poderosa colonia militar. Si no nos queda ninguna ruina de fortificaciones que, verosímilmente, estaban construidas en madera como las que edificarán los incas en la misma zona, los descendientes de sus cuadros vikingos —los “indios blancos” yuracarés— aún podrán ser estudiados, por Alcide d’Orbigny, a principios del siglo XIX. Uno de los sucesores de Takuilla, que sólo conocemos por el apodo de Chacha-Poma - Jaguar-Puma-, completará más tarde la conquista de las llanuras del Este. Volveremos sobre el asunto en el próximo capítulo.

Sólo por análisis podemos situar en el tiempo a los reyes de Tiahuanacu, cuya obra geopolítica y militar acabamos de resumir

gracias a los hechos dispersos y no datados que nos ha transmitido la tradición. Hemos visto, por un lado, que han transcurrido tres generaciones entre el desembarco de Viracocha en lio, algo después del año 1000, y el inicio del reinado de Aucaruna. Lo cual representa, en aquella época, unos sesenta años. Veremos, por otro lado, que los vikingos de Tiahuanacu ya tienen, hacia 1150, un puerto en el Atlántico, el que supone las conquistas previas de Takuilla y Chacha-Poma al este de los Andes. Tenemos, pues, por un período de poco menos de cien años, tres nombres de soberanos. No es suficiente. Nos faltan dos más, probablemente, que la tradición no nos ha conservado o ha mezclado con los de personajes de rango inferior. Tal laguna no tiene nada de sorprendente. La memoria popular sólo conserva el recuerdo de los héroes. Preguntemos a un campesino francés cualquiera los nombres de nuestros reyes medievales: a pesar de la escuela obligatoria, para no hablar de los archivos y bibliotecas que existen, aunque él no los frecuenta, citará, probablemente, a lo más, los de Clodoveo, Carlomagno y San Luis. No se puede, razonablemente, esperar mejor respuesta de indios analfabetos, sobre todo después de que los incas se esforzaron, como veremos, en borrar todo rastro de la historia de Tiahuanacu.

Esta explicación vale para los cien años posteriores a 1150. Las fronteras del imperio están bien demarcadas y bien protegidas. La vida se ha hecho rutinaria. Para el hombre del pueblo no sucede nada que merezca cantarse. Los soberanos que se suceden son, para él, figuras lejanas, desprovistas de calor épico. Se los respeta, se los obedece, y se los olvida. Hará falta una catástrofe para que la tradición oral vuelva por sus fueros.

¡Cuántas cosas suceden, sin embargo, en el Perú! Por cierto, los reyes de Tiahuanacu no han esperado el final, ni el inicio siquiera, de las expediciones de conquista para marcar con su sello y desarrollar la cultura indígena. Ya se atribuye a Viracocha los cultivos en terraza y las primeras obras de riego, así como la institución de un tribunal civil. El establecimiento del culto y la instauración de una jerarquía sacerdotal data de los reinados anteriores al de Takuilla, puesto que éste último tiene que oponerse a las intromisiones indebidas del clero. Ya se utiliza, para la labranza, la llama como animal de tiro, lo que supone el uso del arado. Pero es a Takuilla, organizador de los intercambios comerciales entre la montaña, la costa y las llanuras que

dan a las bacías del Amazonas y del Río de la Plata, que se debe su empleo como animal de porte; él es también el gran jefe militar que, por otra parte, fomenta la artesanía de la cerámica, el tejido y la tintorería. La guerra misma, desde el principio, pero mucho más aún a partir del momento en que las tropas entran en la montaña, exige vías de comunicaciones cuya necesidad los indígenas, compartimentados en tribus hostiles, no han experimentado jamás. Antes del reinado de Aucaruna existen necesariamente, pues, caminos entre Tiahuanacu y la costa por un lado, y entre Tiahuanacu y Cuzco por otro, con sus albergues de etapa y los depósitos de víveres y equipos militares sin los cuales su empleo sería sumamente aleatorio. Más tarde, la construcción de calzadas sigue naturalmente la progresión de los ejércitos: los prisioneros de guerra suministran, para los trabajos, una mano de obra abundante. No se trata aquí, por parte nuestra, de una mera deducción lógica. Aunque los emperadores incas, más tarde, mejoraron y ampliaron su red, quedan todavía, en el Perú, rastros de los caminos más primitivos: por ejemplo, el que descubrió, en 1952, la expedición von Hagen en la península de Paracas. Luis de Monzón, corregidor de Huamanga (hoy Ayacucho), en el centro del país, nos confiesa su existencia cuando escribe, en 1586, que los indios ancianos decían que, según sus tradiciones ancestrales, los viracochas, mucho antes que los incas, hacían construir por los indígenas caminos anchos como una calle, bordeados de murillos y provistos de casas en las etapas. Garcilaso menciona, por su lado, que Manco Cápac, el primer soberano inca, al emprender la reconquista del imperio, avanzó una decena de kilómetros a lo largo de los caminos reales que, del Cuzco, conducían respectivamente a las cuatro regiones del Tahuantisuyu. El texto del cronista, preciso como siempre, no permite duda alguna. Manco no trazó esas rutas: “Mandó poblar, a una y otra banda del camino real del Antisuyu, trece pueblos”. Y Garcilaso emplea exactamente los mismos términos al referirse a las demás direcciones. No sólo, pues, los Cápac Ñan, los Caminos de los Héroes, como se los llamaba en quichua, databan del Antiguo Imperio, sino también tenían su centro en el Cuzco y no en Tiahuanacu. Si la capital política, religiosa y cultural de los vikingos había podido, sin mayor inconveniente, permanecer donde la historia la había situado, estaba demasiado alejada de las provincias septentrionales, las que había que con-quistar, las que después, y aún en tiempos de los incas, serían las más turbulentas. Cuzco, sobre la frontera lingüística y, prácticamente, en el centro geográfico del imperio, constituía el lugar

ideal para una capital militar. Bastaba edificar las fortificaciones correspondientes. Los atumaruna no dejan de hacerlo. Lo cual resuelve el enigma que planteaba la gigantesca fortaleza de Sacsahuaman, que domina la ciudad. A falta de mejor explicación, los arqueólogos la han atribuido a los incas, no sin señalar el hecho, para ellos incomprensible, de que su modo de construcción es idéntico al de los edificios de Tiahuanacu y, por tanto, muy distinto del de la época incaica. Sabemos ahora a qué atenernos.

Las ruinas que subsisten de la antigua metrópoli sólo nos dan una idea muy lejana de lo que era. Saqueada, como veremos, al final del siglo XIII, abandonada, hasta su reconquista por el emperador inca Mayta Cápac hacia 1350, en manos de jefes locales, poco interesados en conservar monumentos que les recordaran el yugo extranjero, minada, cuando la llegada de los españoles, por los buscadores de tesoros y utilizada como cantera tanto por los habitantes del pueblo actual como, más tarde, por los ingenieros ingleses que mandaron quebrar columnas y estatuas para construir el balasto del ferrocarril La Paz-Guaqui, arrasada, finalmente, por Arthur Posnansky, ese ingeniero que la hizo conocer al mundo pero llenó los museos de Alemania con sus despojos, Tiahuanacu ya no nos muestra sino restos grandiosos. En una carta que reproduce Garcilaso, el P. Diego de Alcobaza nos da una idea de lo que todavía era, al final del siglo XV, el edificio llamado Kalasasaya, en el cual José Imbelloni, hombre de una cultura excepcional pero escéptico por temperamento, se obstinaba en no ver sino un alineamiento de piedras erguidas: “Un patio cuadrado de quince brazas a una parte y otra, con una cerca de más de dos estados de alto. A un lado del patio hay una sala de cuarenta y cinco pies de largo y veintidós de ancho... El techo de la sala, por fuera, parece de paja aunque es de piedra, porque, igual que los indios cubren su casa con paja, ellos, para que se asemejase ésta a las otras, peinaron la piedra y la rayaron para que pareciese cobija de paja. La laguna del Titicaca bate en un lienzo de los del patio (lo cual confirma que el nivel del lago estaba entonces mucho más alto que hoy) ...También hay allí cerca gran cantidad de piedras labradas con figuras de hombres y mujeres, tan al natural que parece que están vivos, bebiendo con los vasos en las manos, otros sentados, otros en pie parados, otros que van atravesando un arroyo que por entre aquellos edificios pasa; otras estatuas están con sus criaturas en las faldas y regazos; otras las llevan a cuestas y otras de mil maneras”.

Cieza de León, uno de los primeros españoles que visitaron las ruinas —después de los buscadores de tesoros, a los que menciona al pasar— nos describe, en 1552, los "grandes edificios" de los cuales ya no queda gran cosa: "una muralla bien obrada, piedras tan grandes y crecidas que causa admiración pensar cómo siendo de tanta grandeza bastaron fuerzas humanas a las traer donde las vemos. Algunas de ellas tienen forma de cuerpos de hombres... muchas portadas grandes, con sus quicios, umbrales y portaletes, todo de una sola pieza... Yo no alcanzo a entender con qué instrumentos y herramientas se labró (todo eso)... Pregunté a los naturales... si estos edificios se habían hecho en tiempo de los incas, y riéronse de esta pregunta, afirmando que antes que ellos reinasen estaban hechos, más que ellos no podían decir ni afirmar quien los hizo... Por esto, y por lo que también dicen haber visto en la isla de Titicaca hombres barbudos y ha-ber hecho el edificio de Vinaque semejantes gentes, digo que por ventura pudo ser que, antes que los incas mandasen, debió de haber alguna gente de entendimiento en estos reinos, venida por alguna parte que no se sabe, los cuales harían estas cosas, y siendo pocos, y los naturales tantos, serían muertos en las guerras".

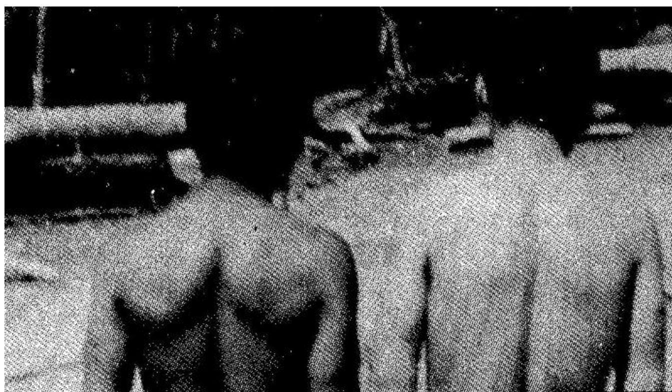
No es únicamente en Tiahuanacu y en Vinaque que quedan ruinas preincaicas, sino también en Ayavire, topónimo éste fácil de identificar (de jarl, señor, con una a aumentativa quichua, y virk, fortaleza, en la forma que encontramos en Normandía donde el nombre de la ciudad de Vire tiene el mismo origen), en Konkho Huanankané, cerca de la antigua capital, en el Cuzco, en Huari (Vari, guerrero, en norrés, como ya vimos), en Chachapoyas y en numerosos lugares más, conocidos y desconocidos, pues Bolivia y Perú están muy lejos, desde el punto de vista arqueológico, de haber sido explorados a fondo. Sin hablar de las innumerables chullpas, esas torres funerarias, las unas cuadradas y las otras redondas, construidas en piedras labradas y del más puro estilo tiahuanacota, que están esparcidas en todo el territorio del antiguo Collasuyu, no sin desbordar ampliamente hacia el norte.

No vayamos a creer, sobre la base de estas descripciones de ruinas, que los edificios de la época de Tiahuanacu se caracterizaban exclusivamente por las dimensiones gigantescas de los bloques empleados en su construcción.

Dos fotografías de guayakí “moreno" y guayakí "blanco". Arriba, detalle de un dibujo de Guarnan Poma de Ayala del usurpador Atahuallpa; nótense los rasgos indígenas del personaje.







Mucho más sorprendentes, para quien no tiene la clave del asunto, son las formas arquitectónicas que revelan las piezas labradas que yacen, sueltas, en los alrededores de los restos de monumentos y en Puma Punku, el obrador de los picapedreros de la capital vikinga. Hasta el punto de que en 1933, mucho antes de nuestras investigaciones por tanto, un autor alemán, Edmund Riss, sin otro conocimiento del problema, pudo escribir en la revista Germanien, como conclusión de un artículo sobre la arquitectura preincaica: “Hombres de raza nórdica deben de haber residido en la ciudad de Tiahuanacu. Se les debe probablemente los edificios de la capital prehistórica (lo era, entonces). No se trata, manifiestamente, de arquitectura india”. Sin embargo, aunque de raza nórdica, también ellos, los constructores de los monumentos en cuestión, no son los descendientes de los hombres llegados con Viracocha. Los vikingos de Ullman habían salido de Europa en expedición de conquista, y no de colonización, puesto que —ya lo dijimos— se habían llevado caballos pero no ganado vacuno. Sólo debía de haber entre ellos, por tanto, ios pocos artesanos de toda marina de vela: carpinteros y herreros. De seguro, ningún picapedrero, ya que, por lo demás, en el siglo X, sólo se construían edificios de madera en Escandinavia y, con algunas excepciones, en Inglaterra. Y un arquitecto, menos aún. Ahora bien: en el Altiplano no existe selva alguna susceptible de suministrar la materia prima indispensable para las construcciones tradicionales, y la ver-tiente oriental de los Andes es de difícil acceso. Los indios, por otro lado, a juzgar por la total ausencia de edificios anteriores al año 1000, están lejos de dominar el Arte Real. Los vikingos deben vivir, pues, durante un siglo y medio, en cabañas muy poco confortables. Esto no tiene mayor importancia en la época en que guerrean a través de toda Sudamérica con vistas a conquistar y organizar su imperio. Muy pronto, con todo, la necesidad de una capital digna de su poderío debe de hacerse sentir. En nuestro lenguaje de hoy, diríamos que les falta, para construirla, la tecnología imprescindible. Logran procurársela, veremos cómo en el próximo capítulo. Maestros de obra, picapedreros, imagineros y fundidores llegan de Europa con, por supuesto, sus herramientas de acero. Los indios son hábiles y minuciosos. Se forma rápidamente a los obreros. Pronto, en todas partes, empiezan a surgir templos, palacios y fortalezas.

En el terreno técnico, otro aspecto de la cultura de Tiahuanacu merece destacarse. Antes del año 1000, ya lo hemos visto, los indígenas del

Titicaca sólo conocían, en el campo de la metalurgia, el trabajo del cobre, y esto gracias a la influencia de Nazca. Incluso es dudoso que hayan producido ellos mismos el metal. En tiempos del imperio vikingo, por el contrario, sabemos que el cobre se extrae de sulfuros que exigen un procedimiento harto complejo. La prueba nos la dan los ganchos utilizados para mantener unidos los grandes bloques que componen los muros de los edificios. Más tarde, bajo los incas, esta técnica se olvidará y sólo se producirá el metal a partir de silicatos, carbonatos y oxicloruros. Es también después del año 1000 que aparece el bronce, que sirve para fabricar hachas de filo en medialuna, alfileres, cuchillos en forma de T, etc. El hierro y el acero por cierto no se desconocen, puesto que los vikingos han superado, desde mil quinientos y más años, la edad del bronce. Por otra parte, los artesanos llegados hacia 1150 no utilizaban herramientas hechas de otro metal. Es altamente probable que los fundidores que enseñan a los indios una metalurgia del cobre de alto nivel sepan también producir hierro y acero. Tanto más probable cuanto que el quichua posee una palabra, ccellav, por hierro y el guaraní del Brasil y del Paraguay, respectivamente, llaman al hierro itahúna y kuarepotohü y al acero itaite y kuarepotiata. Es lógico que no hayamos encontrado ningún instrumento indiscu¬tible hecho de uno u otro de estos metales, pues el hierro y el acero desaparecen rápidamente sin dejar rastro. “Y como sabemos ahora (pero Heródoto ya lo sabía. N. del A.) que los antiguos egipcios tenían finos instrumentos de hierro, aunque no se haya descubierto, ninguno antes de la apertura de la tumba del rey Tut —escribe el gran arqueólogo norteamericano Hyatt Verrill—, es aún posible que descubramos herramientas de acero en alguna tumba o ruina americana. Se hallaron innumerables herramientas de cobre o de bronce, pero ninguna de ellas es capaz de cortar la piedra más blanda”. Tal vez el estoque de acero con inscripción rúnica encontrado cerca de La Rioja, en la cordillera de los Andes argentina, en 1972, pero cuyo estudio, sin embargo, no ha dado aún resultados definitivos, constituye la prueba tangible que esperábamos.

En un campo del todo distinto, el de la escritura, no cabe ninguna duda. Las tradiciones indígenas nos dicen que los hombres de Tiahuanacu escribían “con letras” en quellca (pergaminos) y en hojas de banano. Las inscripciones que descubrimos en el Paraguay y el Brasil, y que tradujo el profesor Hermann Munk, las confirman de modo indiscutible. Entre los vikingos partidos con Ullman, había algunos que

sabían, no sólo leer, sino también trazar las runas de los futhark - “alfabetos” - entonces empleados en el Schleswig y en Inglaterra. Este arte no se perdió jamás. Tenemos derecho, en estas condiciones, a preguntarnos por qué nunca se halló inscripción alguna en México ni en el Perú. La respuesta es sencilla: se las destruyó sistemáticamente. En el imperio de Tiahuanacu, lo hicieron los sacerdotes del Sol, como veremos, y luego los frailes españoles que se encarnizaron con todos los “símbolos de la idolatría” y, en primer lugar, con signos para ellos incomprensibles que no podían ser sino obra del Demonio. El P. de la Calancha, que salvó,reproduciéndola, la inscripción de Calango, en la cual se ven caracteres runoides y otros dibujos netamente europeos, se queja amargamente de ello a principios del siglo XVII. Sólo en las regiones que los conquistadores no alcanzaron, o alcanzaron más tarde, cuando su furor iconoclasta había amainado, se encuentran todavía inscripciones rúnicas, que datan del imperio de Tiahuanacu.

Ciento y pocos años transcurren sin historia, pues, pero no sin actividad. Los territorios conquistados se organizan en feudos. Colonias militares se establecen en las provincias más turbulentas. En Tiahuanacu, en el Cuzco, en muchos otros lugares aún, magníficos edificios civiles y militares se construyen, lo que transforma en ciudades grandiosas viejas aldeas indígenas anteriores. Los indios están sometidos a un orden patriarcal que les protege, respetando sus costumbres, sus creencias y hasta sus autoridades. Los vikingos, por su lado, conservan estrictamente la pureza de su raza, su lengua y su religión. Constituyen, por encima de poblaciones que no buscan en absoluto asimilar, una aristocracia de casta que se reserva las funciones de mando políticas y militares. Su número crece rápidamente, pero nunca son bastantes pues, a medida que pasa el tiempo, los indígenas aguantan cada vez más difícilmente las cargas que les impone el imperio. El servicio militar fuera de su provincia natal, el trabajo obligatorio para la construcción y el mantenimiento de los caminos reales y la requisa de mano de obra para las minas les hacen olvidar, poco a poco, las ventajas de la paz interior y de la justicia. Empiezan a agitarse. Es ésta la razón por la cual la tradición nos presenta al último soberano de la casa de Viracocha, Makuri (del norrés mal, juicio, —la caída de la / es normal— y kór, elección: el que pronuncia los juicios, el juez) como un tirano, “un conquistador de corte tártaro, sanguinario e implacable, (que solía beber) la sangre aún caliente de sus víctimas, servida en copas labradas del cráneo de los

jefes enemigos que había vencido, a quienes antes había hecho despellejar para que retobasen tambores con la piel, fuera de que les hacia arrancar los dientes para collares de sus concubinas", escribe, en 1901, el historiador boliviano Rigoberto Paredes**. ¡Sólo faltan las cámaras de gas y los hornos crematorios!** Pero hay una palabra de más: sanguinario o no, Makuri no es un conquistador, por la sencilla razón de que, en su época, como veremos en el próximo capítulo, el imperio cubre desde hace tiempo la casi totalidad de Sudamérica. Por lo demás, las tradiciones que lo conciernen se descubrieron entre los kollas, es decir, en una región donde la conquista, de haber habido conquista, fue obra de Viracocha y de sus sucesores inmediatos, doscientos cincuenta años antes. Lo que revela la imagen que la tradición ha conservado de Makuri no es la guerra, que pocas veces suscita semejante odio, sino la represión. Y, de hecho, durante su reinado, se producen acá y allá sublevaciones indígenas que el Juez aplasta sin contemplaciones; con éxito, pero al precio de la popularidad de los vikingos. Cuando muere, hacia 1275, su heredero no consigue conservar el poder y el imperio cae en una anarquía generalizada cuya causa analizaremos más adelante.

III
LOS CAMINOS DEL ATLANTICO

Los vikingos, en Europa, jamás resistían a la tentación de remontar o descender un río. Convertidos, en los Andes, en montañeses, han perdido tanto menos sus instintos y sus tradiciones de marinos cuanto que siguen navegando, en el Pacífico y en el Titicaca. Tal vez estén algo decepcionados por no encontrar, en el curso de sus conquistas, ríos dignos de ese nombre, apenas torrentes. Todo cambia cuando, de repente, Takuilla tropieza con la profunda falla que, a lo largo del tiempo, el alto Amazonas ha cavado en la cadena oriental de la cordillera. No puede dejar de interrogar a los indios. Estos le hablan del enorme río que corre a través de la selva impenetrable y va a desembocar, allá lejos, al gran mar del Este donde sale el sol. El konr, por cierto, no desconoce la existencia del Atlántico, puesto que sus antepasados lo cruzaron. El Amazonas, pues, permite alcanzarlo. La región de Chachapoyas adquiere así, para él, una excepcional importancia. Hay que asegurarse de su control. Nada mejor, para lograrlo, que asentar en el área, no sólo a los indios trasplantados que, extraños al medio y mal considerados por los lugareños, no podrán dejar de permanecer leales, sino también una colonia militar blanca que les proporcionará los cuadros indispensables.

Como vía de comunicaciones con el océano —los vikingos pronto se darán cuenta de ello - el Amazonas no ofrece, sin embargo, sólo ventajas. Por un lado, no se le puede alcanzar sino por el extremo norte del Perú, a 1.500 km. a vuelo de pájaro de Tiahuanacu. Por otro, para embarcaciones ligeras que no sean piraguas, el río sólo es navegable durante parte del año pues, en la estación de las lluvias, transporta troncos sumergidos, invisibles en sus aguas cenagosas.

La situación mejora cuando Takuilla decide pacificar los valles que, desde el Altiplano, a la altura de la capital y más al sur, se hunden en la selva oriental. Los chiriguanos que viven en la llanura, al pie de los últimos contrafuertes de los Andes, son guaraníes seminómadas, en contacto con sus hermanos de raza sedentarios del Este. Por ellos, el emperador se entera de la existencia de un gran río que, a 500 ó 600 km. de la montaña, desciende del norte y va a acabar por un enorme estuario, en el océano. Aquí también hay una vía de comunicaciones aparentemente utilizable, y de un acceso más fácil que el Amazonas.

Se establece una colonia militar abajo de los valles. Así se cubre la entrada de un eventual camino que lleve al Paraguay. Un camino que el konr Chacha Poma no tarda en abrir después de penetrar, en la llanura de Santa Cruz y más allá, más profundamente que su predecesor.

¿Debe el imperio a Takuilla la organización militar de sus marcas septentrionales, que llamamos hoy día Colombia y Venezuela, sin hablar de las Guayanas? No tenemos prueba de ello, pero la tradición lo sugiere y el método empleado lo deja suponer. La región es atrayente. El clima templado de su meseta permite una agricultura complementaria de la del Perú. Mas, so-bre todo, la cruza, de oeste a este, otro gran río, el Orinoco, que desemboca en el mar de las Antillas. Son éstas razones suficien¬tes para que los vikingos experimenten cierto interés por ella y, en todo caso, tomen las medidas necesarias para garantizar su tranquilidad. Ahora bien: la población local no es nada confiable. Comprende, al lado de los muyscas, que gozan —en especial en el campo de la orfebrería— de un nivel cultural apreciable, numerosas tribus selvícolas, algunas de las cuales hoy día aún no están sometidas. El territorio es tan amplio que sería insuficiente establecer en él algunas colonias militares. Hacen falta fuerzas importantes que aseguren el control del río, de las costas marítimas y de las vías de comunicaciones terrestres. Los vikingos mandan a los arahuac.

Ya mencionamos a este pueblo, ajeno a la raza andina, que constituía, en el año 1000, una bolsa en la zona aymara, cerca de Vilkanuto (Virk Knud, en norrés: Fortaleza Knud) y se extendía, al este, más allá de la cordillera. Es probable que Viracocha hubiera conseguido su alianza cuando la conquista del Collasuyu. Por un lado, las poblaciones minoritarias siempre están dispuestas, para liberarse, a hacerle el juego a cualquier invasor. Por otro, los vikingos (lo vimos en el caso de Ullman en México) buscaban y sabían obtener de ellas -olmecas, huaxtecas o itzáes- el apoyo numérico que les era imprescindible. Para los de Tiahuanacu, los arahuac representaban una adquisición de un valor excepcional: No sólo se trataba de valientes guerreros, sino que poseían, además, una cultura muy superior a la de los aymaras.







La "reina" del Chinchasuyu (sobre estas líneas); la mujer principal del Antisuyu, "más blanca que una española", en la época incaica (arriba, a la derecha); y mujer principal de Collasuyu, netamente india (al lado). Dibujos de Guaman Poma de Ayala.

En el siglo pasado, todavía, eran hábiles herreros que fabricaban, con el mineral de hierro que extraían y trabajaban ellos mismos -técnica ésta probablemente heredada de los vikingos, pues los españoles en América la desconocían- hachas, cuchillos y lanzas de excelente calidad.

Tejían y teñían finas telas, cultivaban el algodón y la caña de azúcar y hacían, con el jugo de ésta última, panes de melaza, elaborados con máquinas inventadas por ellos o heredadas de sus antiguos amos. Eran extraordinarios alfareros y sus vasos, finamente decorados con complicados dibujos, figuran en lugares de preferencia en los museos de Brasil y otros países más. Lo que nos hace pensar que colaboraron con Viracocha es el nombre mismo que llevan. Pues arahuac —trasposición española de aravac, tal como lo pronuncian los quichuas— no tiene significado en lengua indígena alguna del Altiplano. Pero en el dialecto schleswigense de los vikingos de Tiahuanacu, la palabra (del antiguo alemán era, honor, y del norrés vaka, guardia) significa "Guardia de Honor". No una "guardia para rendir los honores", lo que no hubiera tenido sentido alguno en aquella época, sino una "Guardia a título honorífico",

Probablemente existiera, en la capital, un cuerpo de élite, la Guardia, exclusivamente compuesta de blancos. Los auxiliares de Viracocha habían merecido serle asimilados. De cualquier modo, bajo Takuilla o más tarde, se trasladaba a los arahuac, por lo menos en gran parte, a las marcas del Norte. Los encontramos establecidos en las costas, de la desembocadura del Orinoco a la del Amazonas, donde el orden está harto garantizado.

Sólo se trata, sin embargo, de una zona marginal. Los vikingos la recorren, algunas inscripciones rúnicas lo prueban pero, aparte de los altos funcionarios encargados de administrar la región y de los oficiales a quienes está confiado el mando de las tropas de frontera, no residen, verosímilmente, en ella. Salvo en la meseta de Kondanemarka, el clima es demasiado duro para ellos y, a decir verdad, no tienen nada que hacer en el área. Con todo, emplean el Orinoco para algunos de sus desplazamientos, puesto que lo unen, por el Cassiquiare, mediante la construcción de un canal, con el río Negro y, luego, con el Amazonas. La tradición nos ha transmitido el nombre del héroe civilizador de la región, que se dedicó a regular el curso del Orinoco "de tal modo que

siempre se pudiera seguir la corriente para descender y para remontar el río": Amilavaca, del nombre germánico Amil, que viene del antiguo alemán am, forma secundaria de em, fuerte, e ilen, correr y que todavía tenemos en alemán (Emil), en castellano (Emilio) y en francés (Emile), y del norrés vaka, guardia. De ahí: Emilio el Guardia. Era verosímilmente el jarl que mandaba el cuerpo de arahuac. Lo esencial, para los vikingos, era impedir toda agitación al norte del ecuador y, sobre todo, garantizar la libre circulación por el Amazonas. La situación es del todo distinta en el inmenso territorio que pertenece hoy día, al sur del Gran Río, al Brasil y al Paraguay.

El Norte y el Centro del Perú tienen en su frente, al pie de la cadena oriental de la cordillera de los Andes, la selva ecuatorial que, sin otra solución de continuidad que unas pocas sabanas, se extiende hasta el Atlántico, surcada por innumerables ríos, algunos de ellos navegables que, con pocas excepciones, desembocan, directa o indirectamente, en el Amazonas. Al sur, la actual Bolivia da sobre la llanura de Santa Cruz, que se prolonga hasta el océano; al este, la selva tropical que cruzan dos grandes ríos, el Paraguay y el Paraná, los cuales, mucho después de su unión, forman con un tercero, el Uruguay, en la pampa argentina, el Río de la Plata. Las dos bacías están separadas por la Sierra de Paresis, donde nace el Paraguay. Al norte viven innumerables tribus selvícolas, a menudo nómadas, de un bajísimo nivel cultural, en guerra constante unas con otras. Al sur, el grueso de la población está compuesto de guaraníes —que sólo llevarán este nombre más tarde, por lo demás-, belicosos por cierto, pero sedentarios en su mayoría, que gozan, por lo menos éstos últimos, de una cultura apreciable en su nivel neolítico.

Resulta imposible a los vikingos conquistar y, sobre todo conservar por sí solos este territorio, en gran parte impenetrable, de unos ocho

millones de kilómetros cuadrados, al que llaman Matt[3], la Llanura, por oposición a la cordillera, Berg, la Montaña. Los indios de raza andina no podrían, en una expedición de este género, serles de gran utilidad, pues no resisten la baja altitud ni el clima cálido y húmedo. Tienen, por tanto, que conseguir la alianza de un pueblo indígena adaptado a las condiciones de vida de la región. Obtienen la de los guaraníes, que les permite llevar hasta el océano las fronteras del imperio. Pero no se quedan en eso. Suministran a sus vasallos —no hay otro término- cuadros blancos y los organizan en una milicia territorial disciplinada y bien adiestrada. Gracias a ésta última, se lanzan a la conquista de la selva amazónica y de sus costas atlánticas. Ocupan así el enorme territorio que se extiende hasta el Orinoco y cuyo recuerdo la tradición conservará con el nombre de "imperio del Gran Paytiti, tierra de los Musus". Paytiti viene del guaraní pa'i, padre en el sentido de sacerdote, y de Ti, que ya encontramos con la misma forma doble. Musu es una deformación del norrés mose, pantano, muy adecuado para designar una región donde las aguas y las tierras raras veces están bien deslindadas.

Ocupar es, por lo demás, palabra excesiva. Los vikingos se limitan a asegurarse el control de las costas y de los ríos navegables. Así encontramos a guaraníes, todavía hoy, a lo largo de todo el Amazonas y de su afluente el Xingú, del Paraguay y del Paraná, así como en la desembocadura y en las fuentes del San Francisco, anomalía ésta cuya explicación daremos más adelante. El Amazonas constituye la vía más racional de acceso al Atlántico para quien viene del Perú, y los vikingos la utilizan, por lo menos en el invierno. El Xingú, aunque

[3] Este topónimo ha perdurado hasta hoy en el nombre de los dos esta¬dos brasileños entre los cuales se divide la zona selvática al sur del Amazo-nas: Mato Grosso (antigua ortografía: Matto Grosso).

cortado por numerosos raudales que no detienen en absoluto a los indígenas de hoy, permite ir de la desembocadura del Gran Río a las fuentes del Paraguay, recorriendo a pie apenas unos cien kilómetros, y luego, siguiendo la corriente, alcanzar uno de los caminos que conducen, vamos a hablar de ellos, a Tiahuanacu. No es éste, por cierto, viaje muy descansado, pero los correos pueden tener interés en hacerlo, más bien que remontar el Amazonas -lo cual es impracticable en la estación de las lluvias- y descender luego a pie, desde Chachapoyas, o viceversa. El Xingú constituye, además, una línea de comunicaciones directa entre la región guaraní, pobladísima, del Paraguay y del Mato Grosso y el valle del Amazonas, a orillas del cual guerreros al servicio del imperio tienen sus fortines. Una línea de comunicaciones tan importante que los vikingos establecen allí a arahuac, cuyos descendientes se ven todavía, en la Sierra de Paresis, divortium aquarum entre la bacía del Gran Río y la del Plata, que un camino que aún pasaba, en el siglo XVI, por una aldea de nombre Orthuesi (del antiguo alemán ort, comarca, y del quichua huasi, casa (s), derivado del norrés hus que tiene el mismo sentido: Casas de la Comarca), vincula con Charcas y Tiahuanacu. En cuanto al San Francisco, permite ir, por vía fluvial, del norte de Bahía a la desembocadura del Río de la Plata, recorriendo a pie sólo unos treinta kilómetros entre su nacimiento y el río Grande, afluente del Paraná. Los guaraníes prestan a los emperadores de Tiahuanacu buenos y leales servicios. Manifiestamente, los vikingos aprecian su eficacia, puesto que su nombre actual es una mera deformación de giiarini, transcripción española de varini cuya raíz, vari, significa “guardián” en norrés.

Es más al sur, sin embargo, que el papel de esos aliados se hace fundamental. El Amazonas, ya lo hemos dicho, sólo es utilizable, como vía de comunicaciones, en la estación seca. Su empleo exige, por otro lado, una larga marcha. Por el contrario, no hay, entre Tiahuanacu y el Atlántico, por Santa Cruz y el Paraguay, sino 2.000 km. a vuelo de pájaro, distancia ésta mucho más corta que la que separa a la capital vikinga de la isla de Marajó, pero que hay que cubrir a pie o a caballo. Pero el itinerario no es practicable si no hay caminos. La tradición nos dice que Chacha Poma emprendió su construcción. Y, de hecho, la alianza guaraní no toma su sentido sino una vez establecidos entre el Perú y el Paraguay contactos seguidos, lo cual supone una vía de acceso entre los dos países.

¿Es él, es su sucesor de nombre olvidado, el que avanza hasta el Atlántico? De cualquier modo, el Peaviru, el “Camino Mullido”, no tarda en cruzar el Paraguay y, luego, el Guayrá, antigua provincia paraguaya hoy dividida entre los Estados brasileños del Paraná y de Santa Catalina, hasta -más al norte- el actual Estado de San Pablo. Su construcción plantea a los vikingos un problema técnico de difícil solución. En el Altiplano desprovisto de árboles, se puede trazar un camino rectilíneo alzando muretes a ambos lados de una calzada natural, plana y firme. Si una elevación se interpone, se tallan escalones o se cavan túneles. En la costa, basta, para evitar los médanos movedizos, seguir el flanco de la montaña, rellenando y enlosando tal o cual pasaje pantanoso. En la llanura de Santa Cruz, la sabana ofrece un terreno de una consistencia suficiente y, en el Chaco, los árboles espaciados pueden eliminarse sin mayor dificultad. En la selva, todo es distinto. El suelo es esponjoso, la vegetación, tupida. No hay piedra que permita consolidar ni revestir el terreno. Se puede, eso sí, con la mano de obra imprescindible, y la mano de obra no falta, abrir picadas. Pero éstas no tardarían en volver a cerrarse por el empuje de una vegetación exuberante. Los vikingos encuentran la solución. Reproduzcamos aquí lo que escribe al respecto el historiador y antropólogo helvético-paraguayo Moisés Bertoni, que la atribuye a los guaraníes:

“El sistema era muy fácil e ingenioso. Abrían picadas en el monte y, después de limpiarlas con cierta prolijidad, las sembraban de trecho en trecho con semillas de dos o tres especies de gramináceas, una especialmente cuyos brotes se propagan con suma facilidad, y las plantas que nacían pronto, cubrían completamente el suelo y podían impedir el crecimiento de los árboles y de los yuyos, que sin eso hubieran ocultado la picada. Estas gramíneas tan bien escogidas tenían la especialidad de tener semillas glutinosas o sedosas, de tal manera que se pegaban espontáneamente a los pies y a las piernas de los viajeros. Sobraba con plantarlas o sembrarlas a grandes distancias, de legua en legua por ejemplo, para que, al poco tiempo, uno o dos años tal vez, resultase tapizado el camino por una alfombra que impedía el crecimiento de los arbustos y otras malezas que hubieran podido obstruirlo”. Y, en el siglo XVII, el P. Lozano ya nos describe el “célebre camino": “Tiene ocho palmos de ancho, en cuyo espacio sólo nace una yerba muy menuda que lo distingue de toda la de los lados, que por la fertilidad crece a media vara y aunque, agostada la paja, se

quemen los campos, nunca se eleva más la yerba de dicho camino". El procedimiento era tan eficaz que se pueden ver aún, después de setecientos años de abandono, algunos tramos del Peaviru, en especial en la cordillera paraguaya de Caaguazú.

Se trata, en realidad, de toda una red. Una vía única desciende de Tiahuanacu por Oruro, Charcas (actualmente Sucre) y Tarabuco, donde se divide. Su ramal sur sigue el curso del río Pilcomayo hasta Paraguay, "Río de los Hombres del Mar", en guaraní, la actual Asunción, donde se desdobla. Se dirige, al sur, hacia Yvytyruzú, un cruce donde todavía hoy se alza una posta que lleva, además de una magnífica imagen de Odín, el dios principal de la mitología escandinava, indicaciones topográficas, perfectamente inteligibles, en idioma norrés, y un portulano en el cual figuran los distintos caminos que divergen a partir de esta encrucijada y sus respectivos destinos. Uno de ellos alcanza la confluencia del Yguazú y el Paraná y luego, por Togahuasi, Togahusir y Avahovi, la costa del Atlántico en la desembocadura del río Itabuco, al norte de la. isla Santa Catalina. Si Avahovi es un topónimo guaraní (de ava, indio, y hovi, amontonar: Multitud de Indios), Togahusir es indiscutiblemente norrés y viene de toga, genitivo plural de tog, expedición, y de husir, nominativo plural de hus, casa: Casas de las Expediciones. Togahuasi tiene el mismo sentido, pero combina toga con el quichua huasi que, a su vez, viene de hus. Del Yguazú, una ramificación se dirige hacia el sur donde, después de cruzar la sierra de Tapé, cuyo nombre lusoguaraní significa "Sierra del Camino", alcanza la Lagóa dos Patos (Laguna de los Patos), que se comunica con el océano. Desde Paraguay, otro camino, al norte, pasa por Cerro Morotí, cruza el Paraná en Puerto Adela y, por Peabiru, Londrina y Ourinhos (topónimos actuales), llega al Atlántico en Santos -San Vicente en la época portuguesa—, en el golfo del mismo nombre.

Desde Tarabuco, el otro ramal del Peaviru se dirige, por Tomina y la actual Santa Cruz de la Sierra, hacia el Paraná, que alcanza frente a la importante aldea de Vejvink (Weibingo, en los primeros mapas del Paraguay), de vej, camino, y vink, reco¬do, en norrés, en la desembocadura del río Ypané. Desde allí, corre hacia el este, pasa por las actuales ciudades de Pedro Juan Caballero, en el Paraguay, y Ponta Pora, en el Brasil, cruza la villa de Dourados y el pueblo que aún se llama Ivinheima (del antiguo alemán iwa, iva, y heim —norrés

heimr—, país, patria), cruza el Paraná a la altura de Presidente Epitácio y se junta en Ourinhos con el Peaviru del sur que conduce al golfo de Santos.

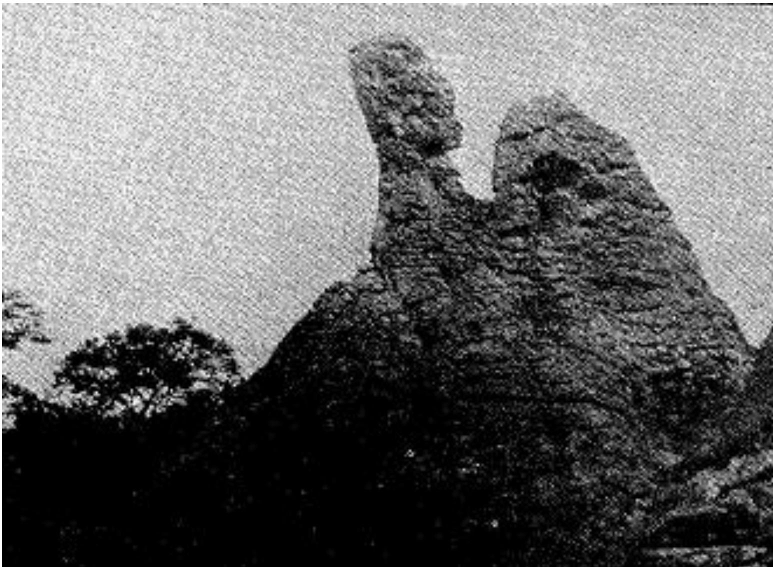
Todos esos caminos, y muchas otras ramificaciones de menor importancia, evidentemente no se construyen en unos años.





Arriba, instrumento de música guayakí, con caracteres rúnicos (foto Alfredo Tomasini). A la derecha imagen de Odín en la cruz de la posta vikinga de Cerro Polilla, Yvytyruzú, Paraguay.





El caballo de armas vikingo de Cerro Guazú, Paraguay (arriba), y estatua del Caballero, en Sete Cidades, Brasil (sobre estas líneas).

Es éste un trabajo de largo alcance que responde a necesidades crecientes. Necesidades éstas que proceden de una intención única, pronto realizada, y de sus consecuencias. Pues el Atlántico no puede tener, para los vikingos, otro interés que el de permitirles retomar contacto con Europa. La ruta del Cabo de Hornos —la exploraron y hasta descubrieron el estrecho que llamamos de Magallanes, o no tardarán en hacerlo, los mapas lo atestiguan— es demasiado peligrosa para barcos de poca altura y difíciles de gobernar, sobre todo cuando falta todo punto de apoyo logístico en la costa oriental del subcontinente.

Caminos de acceso al Atlántico, trátese del Amazonas o de los Peaviru, no tienen utilidad ni, luego, razón de ser alguna si no desembocan en puertos que, por tanto, hay que construir. Uno de ellos debe de estar situado en el delta del Gran Río. No ha dejado rastro, sin embargo, pero tal vez sus vestigios hayan sido cubiertos por las instalaciones de Belém do Pará, que se remontan al inicio de la colonización portuguesa. Los puertos, en efecto, se mantienen generalmente en el mismo lugar en el curso de la historia. Lo que atestigua la presencia de los vikingos en la región son las innumerables piezas de cerámica desenterradas en la isla de Marajó, el delta del Amazonas cuyas tierras inundables no se prestan en absoluto al establecimiento de una base marítima, pero que constituye, desde hace milenios, un lugar de paso obligatorio tanto para las tribus que vienen del interior como para las que bordean la costa. Varias influencias se notan todavía cuando se observan esos fragmentos incorruptibles, únicos vestigios de ocupación que la humedad permanente y las inundaciones no han afectado. Vemos en ellos, entre otros, caracteres rúnicos o runoides, cruces de Tiahuanacu y cruces patés (cruces de Malta) semejantes a las de México y Perú.

Si, de la isla de Marajó, descendemos a lo largo de la costa brasileña, encontramos, a unos 500 km., la inmensa bahía de San Marcos, cuya entrada está cerrada en parte por la isla San Luis, donde se halla la capital del mismo nombre del actual Estado del Marañón. En el fondo de esta bahía, a 300 km. en el interior de las tierras, se unen dos ríos de cierta importancia, el Pin- daré y el Mearim. Este último es navegable por lo menos en 400 km. y sus puertos -Arari, Bacanal, Ipixuna, Pedreiras- tienen, hoy día, un movimiento apreciable. A 40 km. de su desembocadura, el Mearim recibe el Grajau, alimentado unos

kilómetros más arriba por tres lagos en cadena que llevan los nombres de Maracu, Verde y Assu. En ellos existen aún vestigios de puertos lacustres antiquísimos. A 300 km. más al sur, siempre bordeando la costa, se alcanza el delta del Parnaiba cuyo brazo secundario rodea con sus apacibles aguas la Gran Isla Santa Isabel y constituye, para pequeñas embarcaciones, un abrigo destacable. Pero hay otro, mucho más seguro para los knerriry los drakka- res, que se encuentra en la costa de la isla. Esta, en efecto, está cortada por un canal natural de 3 km. de largo, limitado, del la¬do del mar, por un banco de arena. Los veleros de gran tonelaje podrán, más tarde, abrigarse allí de la marejada, pero no del viento, pues la costa de todo el delta la constituye una playa de unos 30 km. de largo, desprovista de cualquier elevación, como lo está, por supuesto, el banco mismo. Los barcos vikingos, de una superestructura muy baja, ofrecen poca presa a las ráfagas y no temen el varado sobre fondo de arena, con tal que la marejada no los sacuda. Este canal, por tanto, parece ser un lugar indicado para ellos.

Esto no sería sino una posibilidad entre otras si el brazo de mar en cuestión no estuviera cuidadosamente balizado, desde una época anterior a la conquista, por dos grandes rocas que señalan sus entradas. Su función es tan manifiesta que, sobre la del oeste, se construyó un faro en 1873. La otra está coronada con una piedra esférica que los pescadores llaman “el Globo”, evidentemente destinado a hacer la baliza visible desde lejos. En la arena, al pie de esta roca, se encontró, en 1924, una mano de piedra que parece haberse desprendido de ella y que debía de in¬dicar la dirección del canal.

En la orilla derecha del Parnaiba, casi en frente de la roca del globo, se halla la ciudad de Luis Corréia, construida en el lugar de Tutóia, gran aldea de los tremeinbé guaraníes. A unos kilómetros más arriba, un pequeño puerto, que es hoy día la ciudad de Parnaiba y que se llamaba aún, hace cincuenta años, Amarragao (Amarradero), ya constituía, verosímilmente, la base marítima de los vikingos. En los alrededores de Tutóia, los primeros colonizadores portugueses descubrieron las ruinas de fuertes murallas hechas de piedras cementadas. Es altamente probable que estas estaciones marítimas hayan sido completadas por astilleros y depósitos situados a una cincuentena de kilómetros más arriba, sobre el lago Sao Domingos, en

el cual desemboca el río Longá y que está vinculado con el Parnaiba por un canal de 12 km., pero no se ha realizado aún, en la región, estudio arqueológico alguno.

A 300 km. al sur de la desembocadura del Parnaiba, en el Ceará, encontramos dos lagos unidos con el mar por canales de 3 y 8 km. respectivamente, sobre el segundo de los cuales está situada la ciudad de Paracuru, señalada en un portulano vikingo del que hablaremos más adelante. Unos 500 km. más abajo, en el Estado de Río Grande do Norte, el puerto de Touros ocupa una posición privilegiada, cerca del cabo San Roque, punta oriental extrema de la costa que, a partir de allí, se orienta francamente hacia el sur. En los alrededores, el lago Geral y, más al sur, el lago de Extremos, unidos con el mar por canales artificiales de 10 y 11 km. respectivamente, nos muestran todavía antiguos terraplenes y subterráneos.

Los vikingos poseen, pues, en la costa del Nordeste brasileño, entre el Amazonas y el cabo San Roque, y hasta más al sur, una cadena de puertos lacustres, separados por una distancia de 300 a 500 km, lo que representa, para drakkares, dos o tres días de navegación. Encuentran en ellos, no sólo embarcaderos seguros, como en los fiordos del país de sus antepasados, sino también dársenas donde pueden, en caso de necesidad, reparar sus barcos.

Los rastros de esos puertos no son los únicos vestigios que conozcamos de la presencia vikinga en esas costas. Acabamos de mencionar las murallas cementadas de Tutóia. Otras ruinas del mismo género fueron descubiertas, en el Marañón, en la península que se halla frente a la ciudad de San Luis y en la isla de Traína. Asimismo, en la punta extrema de la península de Camocim, en el Ceará, a 100 km. de la desembocadura del Parnaiba, se encontraron ruinas semejantes, cuyo origen postcolombino no se ha podido establecer. Por lo demás, si los franceses, los holandeses o los portugueses hubieran construido fortificaciones de piedra en esas costas, sólo habrían podido hacerlo a partir del siglo XVII y el tiempo transcurrido hasta hoy no habría bastado para destruir obras que su utilidad permanente hubiera llevado a unos y otros a mantener con sumo cuidado.

Tenemos que bajar siete grados hacia el sur para encontrar otros rastros de los blancos precolombinos, todos borrados hoy en día, pero

acerca de los cuales tenemos testimonios fidedignos. Cerrada por la isla Itaparica, la bahía de Todos los Santos, en la cual se encuentra la ciudad de Bahía, constituye una de las radas más protegidas del mundo. El P. Manoel de Nóbrega, primer provincial de la Compañía de Jesús en el Brasil, señala, en una carta dirigida en 1549 a sus superiores, la existencia en distintos lugares de pies grabados en la roca y los atribuye a Pa'i Zumé, el sacerdote cristiano a quien dedicaremos nuestro próximo capítulo, que hizo escala en el puerto durante su viaje hacia el sur. Se trataba, en realidad, de los signos que los vikingos utilizaban para marcar sus caminos. El "apóstol blanco" no los había trazado, sino seguido, como lo prueba el hecho de que indicaban la dirección del mar de donde venía. Un siglo más tarde, el P. Lozano menciona un "camino de arena sólida y pura que (...) entra por espacio de media legua dentro del mar" y que los indígenas, que lo atribuían a un milagro del mismo personaje, llamaban Karaipe, el "Camino del hombre blanco". Debía de tratarse de un espigón o un muelle construido en las aguas de la bahía para delimitar un puerto o servir de amarradero. Pues, si bien la rada está cerrada, es inmensa y los efectos de la marejada se hacen sentir en ella. Es lógico, por tanto, que los vikingos, que debían de haber establecido allí una de sus bases más importantes, hubiesen construido una dársena, cuyo malecón subsistía aún en el siglo XVII, donde sus pequeños barcos estuviesen bien protegidos del viento y de las olas. Otras informaciones, relativas a vestigios de origen mejor definido, se refieren al descubrimiento, en el mismo lugar, en la primera mitad del siglo XIX, por el antropólogo danés Peter W. Lund -el "inventor" del hombre de Lagóa Santa—, de una placa de piedra con inscripciones rúnicas, de las que pudo descifrar algunas palabras, y de cimientos de casas de tipo vikingo. Pero sólo se trata de referencias indirectas. Ignoramos dónde se encuentra la placa, de haber existido. Y sería vano, hoy en día, buscar ruinas en una zona superpoblada.

De seguir bajando a lo largo de la costa brasileña, encontraremos, diez grados más al sur, la profunda bahía de Guanabara, en cuya entrada se enfrentan Río de Janeiro y Niteroi, Al sur de la antigua capital se escalonan, de este a oeste, las conocidísimas playas de Copacabana, Ipanema y Leblon, y luego, al pie de una sierra cubierta de selvas frondosas, las de Sao Conrado y Barra de Tijuca. Domina la sierra en cuestión una enorme roca desnuda, de 800 m. de alto, que la prolonga como una especie de espolón elevado y que se conoce como Pedra da

Gávea. La pared norte de esta roca tiene todas las apariencias de una cara de anciano barbudo, de rasgos europeos, con un casco ojival que lleva distintas inscripciones, la principal de las cuales, de unos 30 m. de largo, es bien visible, aunque deteriorada por el viento y la lluvia del trópico. El profesor Hermann Munk, runólogo del Instituto de Ciencias del Hombre que dirigimos en Buenos Aires, logró establecer su grafía correcta -son runas-, transliterarla sin encontrar otras dificultades que dos grupos de caracteres ligados y, luego, traducirla: “Cerca de esta roca, numerosas tablas de roble para barcos depositadas playa arena gruesa (o: guijarros)”. Atribuye a los resultados de su análisis filológico un grado de certeza del 80 por ciento. Una duda razonable sólo podría surgir a su respecto, pues, si el sentido de la inscripción no tuviera ninguna relación verosímil, ni con sus autores presumidos, ni con su situación. No es éste el caso, por cierto. Nada más lógico que un depósito de tablas instalado por los vikingos en el lugar más indicado, entre sus dos bases de Bahía y Santos, para recalar y reparar sus barcos, pues la bahía de Guanabara posee a la vez las características de un amarradero seguro y de un puerto lacustre del género de los que hemos mencionado más arriba. La inscripción parece indicar, sin embargo, que, en la época en que fue grabada, no había ningún establecimiento fijo en una zona que constituía para ellos un mero lugar de refugio accidental: nada de astillero, solamente un depósito de tablas susceptibles de ser utilizadas en caso de necesidad y cuidadosamente escondidas. La situación habrá cambiado más tarde.

Encontramos otra inscripción rúnica en los alrededores de la vieja villa de Trindade, en el fondo de la Bahía de la Isla Grande, uno de los mejores fondeaderos de Brasil, a 150 km. al sur de Río de Janeiro. Luego llegamos al golfo de Santos donde, en el siglo XVI, se veían aún “huellas del apóstol”. Era, ya sabemos, el lugar donde llegaban dos de las ramas del Peaviru. La ter¬cera alcanzaba el Atlántico un poco al norte de la isla Santa Catalina, en la cual se alza hoy la ciudad de Florianópolis. Entre estos dos puntos se extiende la costa del Guayrá que, en el globo de Vulpius, construido en 1542, lleva el nombre significativo de Costa Danea, costa danesa en el latín de la época.

¿Por qué esta serie de puertos entre el delta del Amazonas y la isla Santa Catarina? La única explicación es que exista, entre esos dos puntos, un tráfico marítimo continuo que exige numerosas escalas, debidamente equipadas, donde los capitanes de drakkar y de knórr

estén seguros de encontrar, no sólo un lugar de refugio, sino también el apoyo logístico que puedan-necesitar. Pero este tráfico sólo tiene razón de ser en función de Europa. Para barcos incapaces de ir contra el viento -y no se puede, por supuesto, remar durante miles de kilómetros-, resulta mucho más fácil alcanzár el viejo continente desde los puertos del sur, pero el itinerario de regreso termina en las bocas del Amazonas. El régimen de los vientos y corrientes impone, por tanto, una ruta triangular. A esto se agrega, como ya dijimos, la imposibilidad de utilizar el Gran Río, en la estación de las lluvias, para llegar a Tiahuanacu.

¿Dónde establecen los vikingos, una vez alcanzado el océano, su primer astillero? La lógica sugiere la isla Santa Catalina, pero puede engañarnos, pues la elección racional de este punto de partida supondría el conocimiento, no adquirido aún, del Atlántico Sur. Ni siquiera sabemos, a decir verdad, si el Peaviru ya está terminado en esa época. La construcción de un knórr no ofrece dificultad alguna. Había carpinteros entre los compañeros de Viracocha, y sus técnicas se transmitieron de generación en generación, puesto que se siguió navegando en el Pacífico. Razón por la cual el reclutamiento de una tripulación tampoco plantea problema alguno. Un buen día, pues, un barco se hace a la mar y se dirige hacia Europa. No tenemos prueba documental alguna, ni testimonio alguno, de su partida, pero sabemos que alcanza su meta: llega a Dieppe, en Normandía.

¿Por qué Dieppe? Porque, lógicamente, los vikingos vuelven al país de donde salieron sus antepasados en el año 967, es decir, al Danelaw. Muchas cosas han cambiado, en cerca de dos siglos. Los daneses fueron expulsados por los anglosajones. Pero los normandos conquistaron la región en 1066, cuando reinaba en Ruán el duque que llamamos Guillermo, mas a quien el tapiz de Bayeux da el nombre de Willelm. Paradójicamente, pues, los vikingos de Tiahuanacu se reencuentran en un país conocido. Es cierto que los señores normandos ya no hablan sino el francés. Pero el pueblo emplea, como todavía hoy en el campo, un patois hecho de una mezcla de danés y anglosajón que no debe ser muy diferente del dialecto schlewigense de los recién llegados. Es fácil entenderse, pues. Pero Inglaterra no pasa todavía de ser un país agrícola, mientras que Normandía ha conservado las tradiciones marítimas de su población vikinga. Ambas regiones tienen el mismo soberano. Es comprensible, por tanto, que el

barco americano se envíe, finalmente, a Dieppe, el puerto normando más cercano a la costa inglesa: un puerto que mantiene estrechos contactos con Dinamarca y donde, por consiguiente, no faltan intérpretes.

Los vikingos de Tiahuanacu no tienen razón alguna para ocultar a sus primos los conocimientos que tienen respecto de Sudamérica. Deben, por el contrario, vanagloriarse de ellos. Así dejan a los dieppenses copiar el mapa que diseñaron en el curso de ciento cincuenta años de navegación a lo largo de las costas del subcontinente y de exploración de un territorio que ocupan al oeste de la cadena oriental de los Andes y que controlan, con ayuda de sus aliados indios, al norte y al este, desde el Orinoco al Río de la Plata; de un mapa que no tarda en aumentarse, sobre la base de informaciones recibidas de Escandinavia, con el trazado del Vinland, es decir, de las tierras colonizadas o reconocidas, en Norteamérica, por los vikingos noruegos. Y hablan de las riquezas, en oro, plata y maderas de ley, que encierra su inmenso imperio. Los dieppenses, según las costumbres de la época, guardan cuidadosamente un secreto del que esperan, no sin razón, sacar más tarde ventajas comerciales. Pero no son los únicos que lo conocen.

En Normandía, aún más que en otras partes, el Temple es todopoderoso, en el siglo XII. Fundado oficialmente en 1128, después de diez años de minuciosa preparación y con el apoyo de Bernardo, abad de Claraval, la Orden de los Pobres Conmilitones de Cristo y del Templo de Jerusalén, a cuyos miembros se llama caballeros del Temple, hermanos de la Milicia del Temple, conmilitones de Cristo o, más comúnmente, templarios, se ha desarrollado, desde el principio y hasta un poco antes, con una rapidez sorprendente. No sólo ha suministrado ya a los reyes francos de Jerusalén tropas aguerridas que participarán, hasta el final, en todas las batallas, sino que también se ha implantado en toda la Europa de entonces, donde sus encomiendas, cuyos dominios se amplían día tras día, no dejan de multiplicarse. Encomiendas éstas que son fortalezas, por cierto, pero también bancos que reciben depósitos y que prestan a interés, en contra de todas las leyes religiosas y civiles, protegidas por la soberanía de una orden que sólo nominalmente reconoce la autoridad del papa. Entre los “beneficiarios” de los créditos templarios, hay algunas buenas razones para pensar en los obispos y municipios que,

desde 1140, empiezan, alentados por los monjes del Cister, a construir las iglesias góticas: sólo la orden posee, en efecto, en aquella época, los fondos necesarios. Fondos enormes éstos, si se piensa que en menos de cien años se elevan más de ochenta inmensas catedrales, sin hablar de unas setenta iglesias de menor importancia. ¿De dónde sale el dinero?. Por cierto, no de los depósitos efectuados por los señores que colocan sus tesoros bajo la protección del Temple y por los mercaderes que prefieren manejarse con cartas de cambio más bien que con monedas de oro. El numerario, en efecto, escasea increíblemente, en aquel entonces, hasta el día que el Temple inunda todo el Occidente con monedas de plata.

¿De dónde proviene el metal? Las monedas que datan de Roma están gastadas desde hace tiempo. Los cruzados traen algunas de Palestina, donde tienen más valor que el oro, pero las cantidades son mínimas. En Europa, no hay ninguna mina de plata en explotación. Las de Alemania todavía no están abiertas; las de Rusia aún permanecen desconocidas. Sin embargo, un poco en todas partes, encomiendas de la Orden acuñan moneda; no de oro, sino de plata. Este metal viene de América. Es éste el “secreto del Temple”.

A unos kilómetros al sur de Dieppe, en Saint-Valery-en- Caux, la Orden posee un puerto que reviste, para ella, una especial importancia, pues le sirve para buena parte de sus comunicaciones con Gran Bretaña. Allí no se puede ignorar la llegada de un barco imprevisto, tripulado por hombres de extraña vestimenta, que llevan, probablemente, magníficas alhajas de oro y plata. Los templarios investigan. Su informe no debe sorprender más de la cuenta al Gran Maestre: no hacen sino confirmar muchos datos ya reunidos, en Bizancio y en otras partes, acerca del “nuevo mundo”. Pero sí abre perspectivas inesperadas. Se toma contacto, pues, con los vikingos sudamericanos y se negocia un acuerdo. Con su flota ya imponente, el Temple está mejor preparado que unos simples pescadores para explotar la información recibida de más allá del Atlántico. Sólo cien años más tarde los armadores dieppenses estarán en condiciones de ir a comerciar a Sudamérica. Y se cuidarán mucho de no hacer competencia a la Orden, yendo a buscar metales preciosos. Se limitarán, por el contrario, a traer del Amazonas cargamentos de madera brasil, sin interés para sus vecinos. El Temple no espera. De inmediato emprende la organización de un tráfico para el cual reserva el puerto de La Rochelle, que tanto ha

preocupado hasta ahora a los historiadores que se preguntaban para qué podía servir. El asunto es, para él, de tamaña importancia que justifica la erección de una jerarquía que, por lo menos en su dominio, tiene preeminencia sobre la que encabeza el Gran Maestre. Lo prueban los sellos del secretum Templi, secuestrados en 1307 por los gendarmes de Felipe el Hermoso y recientemente reencontrados, uno de los cuales nos muestra a un amerindio característico.

El contacto establecido en Dieppe con los templarios nos permite fijar aproximadamente la fecha del viaje de los vikingos. Las primeras iglesias góticas, ya lo hemos dicho, empiezan a edificarse hacia 1140, pero sólo una veintena de años más tarde se emprende, después de conseguir la financiación indispensable, la construcción de las primeras catedrales. Fundada en 1128, la Orden ha necesitado unas decenas de años para establecer sus principales encomiendas, incluida la de Saint-Valery-en-Caux, y le harán falta todavía unos años más antes de poder ir a buscar, en Sudamérica, donde hay que poner en marcha la explotación minera, sus primeros cargamentos de plata. Por tanto, es alrededor de 1150 que el knórr de Tiahuanacu llega a Normandía.

El Perú rebosa de metales preciosos, sin hablar del cobre ni del estaño. Sólo conocemos, desgraciadamente, la metalurgia incaica, como nos muestran el procedimiento empleado para la elaboración del cobre y la ausencia del trabajo del hierro, la de una época de decadencia con respecto al Antiguo Imperio. La plata proviene de minas situadas, por lo menos las más importantes, en la región de Porco, en la vertiente oriental de los Andes bolivianos, que los españoles llamarán más tarde Sierra de la Plata, donde se encuentra la gran aldea de Charcas, que tomará el nombre de Villa de Plata o Villa de la Plata, no lejos del cerro de Potosí, inexplotado antes de la Conquista, del que saldrán posteriormente, durante siglos, incalculables riquezas. Para fundir el mineral, se emplean, en la época incaica, hornos de carbón de leña, cuyo fuego se aviva con gruesos sopletes. A menudo se reemplazan éstos últimos, que exigen un gran esfuerzo, por dos sistemas particularmente ingeniosos: El más primitivo consiste en instalar, en la cumbre de cerros o en los flancos de colinas, allá donde el viento sopla con fuerza, hornos agujereados. El otro, más difundido, también utiliza el viento, pero captado por pabellones de cuero, debidamente orientados. No sabemos si se trata de una técnica introducida por los templarios, o si esos métodos ya los

empleaban los vikingos, o hasta los indios que no desconocían la orfebrería antes de la llegada de Viracocha.

Lo cierto es que el trabajo de las minas, de existir —pues no se excluye que sólo se explotaran, como en México, filones superficiales—, era limitadísimo, sobre todo en lo que concernía a los metales preciosos —preciosos para nosotros— cuya demanda era poca. La situación cambia cuando se trata de obtener una producción industrial destinada a la exportación. Hay que situar y cubicar los yacimientos, construir molinos hidráulicos y fundiciones, traer a los “ingenieros”, capataces y obreros fundidores, o sea, los cuadros que resulta tan imposible encontrar en el Altiplano como improvisar. Probablemente el Temple mande a América un navío que escolta el knorr vikingo en su viaje de vuelta y lleva a bordo a los primeros técnicos. Los que se pueden reclutar en Francia, sin embargo, no bastan, ni mucho menos. Se trae, pues, de Alemania, a mineros y fundidores y se los instala en Les Charbonnières, en la región de Tolosa, donde una antigua mina romana, agotada y abandonada desde hace siglos, sirve de pretexto. Allá se selecciona y forma a los especialistas que saldrán para el Perú, sometidos entretanto, con fuerte vigilancia, a un régimen de completo aislamiento. Se instala una fundición que trabajará, durante ciento cincuenta años, un metal de misteriosa procedencia. En los alrededores, las encomiendas de La Coume Sourdre y el Ermitage acuñarán moneda, así como sus vasallos, los señores de Bézu, una fortaleza inexpugnable que se alza a orillas de la ruta templada que viene de Portugal. Pronto se abren, en Porco, las primeras galerías y el mineral empieza a amontonarse en las bocaminas.

Este mineral, los templarios podrían, por supuesto, reducirlo en el lugar. ¿Temen un excesivo control por parte de los vikingos? ¿O éstos limitan en toda la medida de lo posible, en su territorio metropolitano, la cantidad de técnicos extranjeros? El hecho es que caravanas de indios comienzan a transportar, por el Peaviru del norte, probablemente con recuas de llamas, importantes cargas de mineral o de metal parcialmente refinado, cuyo destino inmediato es Cerro Corá, en el Paraguay, donde, a 32 km de la ciudad actual de Pedro Juan Caballero, se alza el Ita- guambypé —“fortaleza”, en guaraní— que domina el camino en un punto de vital importancia. Al pie de esta obra impresionante de la que nos resta una muralla, construida en el estilo

tiahuana- cota, de 300 m. de largo por 10 de alto y 3 de ancho, corre un arroyo, el Aquidabán-Nigui. Una pequeña cascada interrumpe su curso, al lado de la cual subsisten las ruinas de un edificio de 16,80 m. de largo. Allá los templarios montan su fundición, que un molde, encontrado en medio de los bloques caídos que forman sus paredes, permite identificar sin que subsista la menor duda. Un molde del que salían lingotes en todo idénticos, en cuanto a su forma, a los que constituyen el encaje metálico de nuestros bancos de Estado. A unas decenas de kilómetros, en la cumbre del Cerro Kysé, muy cerca de un bosque sagrado de tipo nórdico y de una colina, el Yvyty Perd, que descansa en una enorme cavidad que aún no se pudo abrir, pero que parece constituir una necrópolis vikinga, se ven, grabados en la piedra en medio de caracteres rúnicos, algunos símbolos esotéricos de neto origen templario. Agreguemos que no nay minas de plata en el Paraguay y que los guaraníes, aunque tenían en su lengua palabras, por lo demás artificiales, para designarlos, ignoraban el empleo de los metales. Transformada en lingotes, unidades constantes y fáciles de contar, la plata —el oro también, tal vez, pero en cantidades mucho menores— toma, pues, el camino del Atlántico, donde las naves del Temple la cargan en sus bodegas para llevarla a Europa.

¿Las minas, aunque inagotables, del valle de Charcas y la fundición de Cerro Corá acabaron resultando insuficientes para hacer frente a la demanda creciente de los templarios? ¿Encuentran demasiado alejados los puertos de Santos y Santa Catalina? ¿O esos extraños religiosos abusan de su presencia en el territorio metropolitano del imperio, o a sus puertas, para fomentar disturbios y los vikingos consideran prudente, si no alejarlos, por lo menos restringir sus actividades en una zona de interés estratégico? El hecho es que pronto entran en explotación nuevos yacimientos, esta vez a unos 800 km. al sur del Amazonas, en el actual estado de Piauí, que atraviesa el Parnaiba en cuya desembocadura, ya lo hemos visto, está situado un excelente puerto. Es ésta, hoy, la región más pobre del Brasil. La población de su campiña -mestizos de cabellos de oro- vive, en economía de subsistencia, de sus cabras y de algunos cultivos de mandioca. Pero no era así unos siglos antes.





Arriba, guayakíes en "traje de selva". Sobre estas líneas, ejemplos de calvicie de guayakíes. Adviértanse los pelos sobre la espalda del sujeto de la derecha.



Un guayakí enfermo, cubierto con pinturas medicinales. Adviértanse las grandes dimensiones de la cabeza y del aparato genital. (Foto del Museo Etnográfico, Asunción).

Los portugueses encontraron allí, al llegar, en la segunda mitad del siglo XVII, gran cantidad de minas agotadas, en especial en la Serra do Sumidouro, donde se ven numerosas galerías abiertas en rocas argentíferas. Probablemente los yacimientos fueron indicados a los vikingos por los guaraníes que ellos habían establecido en la costa. En esa zona marginal del imperio, la presencia de los templarios no ofrecía los mismos peligros que en los Andes. Bastaba instalar allí una colonia militar para que se mantuviera el orden.

Las minas del Piauí, sin embargo, están muy lejos de ser tan ricas como las de la Sierra de la Plata. Se agotan rápidamente. Ahora bien: al sur de la región se extiende una gigantesca laguna, hecha de pantanos y de lagos que se llenan durante el invierno y de la cual emergen numerosas sierras, algunas de las cuales alcanzan una altura de 300 m, sobre el nivel del mar, que contienen enormes minas de plata. Un rio navegable la cruza, el Opala, que viene del sur y va a acabar, al oeste, en el océano: el San Francisco de hoy, en el cual se ven todavía grandes barcas que, por su forma, su modo de construcción y su mascarón de proa, recuerdan irremediablemente los drakkares. Otro río sale de ella y va a desembocar en el Piauí, afluente del Parnaiba que asi se hace navegable en la estación de las lluvias, la única durante la cual es posible transportar por vía fluvial el producto de las minas de la Gran Laguna. Para que la explotación de esos yacimientos pueda hacerse a lo largo de todo el año, hay que vaciar el Upa-Assu, como dicen los guaraníes de la región. Para lograrlo basta rebajar el umbral del desagüe donde nace el Opala. Templarios y vikingos emprenden la tarea. Pronto, cinco canales simétricos concentran sus aguas en una misma cavidad, cuadran- gular, de 50 m. de profundidad, tallada en la piedra viva. En poco tiempo no queda de la Gran Laguna más que el curso medio del actual San Francisco. Se tiene así una vía de comunicaciones permanente entre una zona minera excepcionalmente rica y el Atlántico, donde se construye un puerto en Piagabuga o Panado, No son solamente las minas de plata del Upa-Assu las que el nuevo río une con el Océano, sino también el territorio del actual Estado de Minas Gerais, que atraviesa al sur de la antigua Gran Laguna, donde se ven innumerables minas precolombinas y donde los portugueses habrían descubierto, en el siglo XVI, una tribu cuyos miembros varones eran barbudos y de piel clara: los molomaques, cuyas mujeres eran “blancas como inglesas, de cabello dorado, platinado o castaño” y tenían “rasgos delicados, manos

y pies pequeños y cabellos hermosos y sedosos”. Notemos que los guaraníes de la región, como los del Paraguay, conocen perfectamente el nombre de los distintos metales que, sin embargo, no usan: nombres éstos tan artificiales como los del Sur, pero diferentes.

Durante casi ciento cincuenta años, las naves templadas vienen a buscar en Santos, en la desembocadura del Parnaiba y en la del San Francisco, la plata de las minas sudamericanas, cuya existencia conocen gracias a los vikingos que se las dan en concesión, a la vez que suministran la mano de obra indígena, indispensable para su explotación. ¿Cuál es la contrapartida? Marinos, guerreros y, de presentarse la oportunidad, piratas, los hombres del Norte, en Europa, son también mercaderes. No podría pasar por la mente de sus descendientes de América regalar, y para colmo a cristianos, con los cuales las relaciones no son de lo mejor, un metal que no les sirve para gran cosa, es cierto, pero cuyo valor no desconocen y cuya extracción y fundición exigen trabajo. Por tanto, sólo puede tratarse de trueque. ¿Pero qué ofrecerán los templarios por la plata? Algunos artículos suntuarios, posiblemente: tejidos y vinos, por ejemplo. Armas, tal vez. Caballos y vacunos, no parece, pues, al juzgar por la raza de los animales que vemos reproducidos en medio de las inscripciones rúnicas de Cerro Guazú, en el Paraguay, son los normandos los que, a partir de 1250, se los proveen por cargamentos de madera brasil. Sea lo que sea en cuanto a este último punto, todo lo que se pueda imaginar en este campo está muy lejos de equilibrar la balanza. Hay que pensar en otra cosa, pues. Ahora bien: efectivamente, comprobamos un hecho nuevo, en Tiahuanacu y otros lugares, en los siglos XII y XIII: la construcción de templos, palacios y fortalezas que exige, ya lo vimos, no sólo la formación de obreros indígenas, sino también una técnica y un arte que los vikingos no dominan. Tal es la moneda de los templarios: maestros de obra, picapedreros, imagineros y fundidores. Veremos, en el próximo capítulo, que esto no es mera suposición por parte nuestra.

¿Qué prueba tenemos, sin embargo, de la presencia vikinga en el Piauí? Es lógico atribuir a los hombres de Tiahuanacu, puesto que sabemos que los indígenas del Brasil eran incapaces de hacerla, la construcción de puertos cuyos vestigios todavía están a la vista, y hasta la explotación de las minas. Es este campo, con todo, la lógica no es garantía suficiente. Pero sucede que la obra está firmada.

EL IMPERIO VIKINGO DE TIAHUANACU

Cuando, desde Tutóia, la actual Parnaiba, los nórdicos emprendieron la explotación de las minas de la región, una sorpresa los esperaba. A 130 km. a vuelo de pájaro, en efecto, se en-contraron frente a una "ciudad encantada", como todavía dicen los escasos habitantes de la zona: murallas, una fortaleza con sus cañones, un castillo cuya biblioteca contiene, en una especie de estantes, grandes libros, y casas que bordean calles, avenidas y plazas. Sólo se trata, en realidad, de rocas a las cuales la laterización y la erosión dieron esas formas raras. El conjunto, que lleva hoy día el nombre fantasista, de reminiscencia medieval, de Sete Cidades, Siete Ciudades, recuerda invenciblemente, gigantismo aparte, los Extemsteine de la selva de Teutoburg, en Baja Sajorna, el lugar de culto más célebre de la antigua Germania, cuya existencia los vikingos conocían por tradición. Para ellos, esto era un signo. Se instalaron en lo que no tardó en convertirse en un centro de peregrinación donde celebraban sus ceremonias religiosas.

En Sete Cidades vemos todavía hoy estatuas talladas por la mano del hombre: un personaje barbudo, de nariz recta y con la boca abierta, como si estuviera gritando, encima de una columna puesta sobre un pedestal cónico; una cabeza barbuda de nariz respingada, cubierta con un gorro de marinero; un jinete medieval cuyo caballo, encabritado, lleva el largo paño que se usaba entonces y cuya mano descansa en la empuñadura de una espada que cuelga del arzón; una especie de Icaro un tanto surrealista. En todas partes, inscripciones rúnicas -que no habían llamado la atención (hasta la investigación que hicimos de ellas) de visitantes que las consideraban probablemente como garabatos de indios- y dibujos de inspiración netamente nórdica, están pintados en paredes más o menos lisas. Dieciseis litogramas pudieron ser traducidos por el profesor Hermann Munk, desde meros antropónimos a largas sentencias clásicas, redactadas en dialecto schleswigense. Por ejemplo: "Pequeña hada-de los bosques de Ulf, guardián de este solar, astuto y rabioso como el alce divino, y rompedor" (de cabezas); "incas corriendo en armas"; "los inteligentes barbudos cerca de su residencia de la Llanura". Drakkares, árboles de vida coronados del nido de águila que, en la mitología germánica, simboliza el Walhalla, martillos de Thor, una sirena y diablos cornudos vienen a confirmar una identificación respecto de la cual las inscripciones bastarían ampliamente para no dejar ni la menor duda.

En un pequeño panel de piedra, encima de un árbol de la vida con ramas de una extrema regularidad, semejante al que figura en la posta vikinga de Yvytyruzú, en el Paraguay, está pintado un dibujo idéntico, en cuanto a su concepción, al portulano encontrado en dicho lugar y en la misma posición. Se trata de un conjunto geométrico constituido por un círculo central del que se desprenden seis líneas rectas de distintos tamaños, que indican, en relación con las Siete Ciudades, seis puntos geográficos -importantes en aquella época- de la región. Atraídos por el Parnaiba, cuyo volumen indicaba que venían de muy lejos tierra adentro, los vikingos probablemente se habrían limitado a hacer explotar por los indios las minas de la zona. Pero las Rocas Sagradas de Sete Cidades les aparecieron como un don de los Dioses: unos Externsteine en escala de su imperio, que iban a permitirles restablecer en toda su pureza, con una magnificencia acrecentada, el culto de Odín y de Thor. Los peregrinos afluyeron: no beatos, sino conquistadores. Los hombres de Tiahuana- cu exploraron la región, descubrieron el Opala —el San Francisco—, la Gran Laguna y los enormes yacimientos mineros que contenía y que pronto pusieron en explotación.

Gracias a Sete Cidades, el Nordeste brasileño se convirtió en una colonia próspera cuya importancia justificó, más tarde, los trabajos gigantescos exigidos por el vaciamiento del Upa-Assu. La mano de obra no faltaba, ni los jefes. Nada de modificar, sin embargo, con edificios de piedra, el lugar sagrado que la naturleza les había hecho semejante a los que sus antepasados habían dejado en Europa: Los vikingos se limitaron a construir casas de madera, según los usos y costumbres del viejo país. Pero los godhar —los sacerdotes— y los peregrinos esculpieron algunas rocas y marcaron con sus graffiti, sin hablar de inscripciones de cierta importancia, las paredes que se les ofrecían. Entre ellos, un tal Ulf, uno de los guardianes de este haut-lieu del Occidente.

IV
LA EVANGELIZACION

Han transcurrido unos doscientos cincuenta años desde el desembarco de Viracocha en lio. El imperio de Tiahuanacu está en su apogeo, sólidamente tenido en mano desde el río Maulé —en Chile— al Orinoco, desde el Pacífico al Atlántico. Los princi-pales edificios de su capital y muchas otras ciudades están construidos, sobrios y grandiosos. Las minas de plata de la cordillera y del Nordeste brasileño están en plena explotación. Las naves normandas empiezan a cargar, en la desembocadura del Amazonas, esa madera de tintura cuya importación mencionan los registros de aduana de Dieppe, Caen, y Honfleur. Según las normas de estimación precedentemente aplicadas en nuestros cálculos, los vikingos son ahora alrededor de 150.000, los unos concentrados en las ciudades y las colonias militares y los otros esparcidos por toda Sudamérica, donde encuadran a las tropas indígenas y administran provincias y puertos.

Un navío cuyas velas llevan la cruz templaría desciende la costa brasileña, desde el Gran Río hacia cuyo delta vientos y corrientes lo han empujado. Para no alertar a los vikingos sobre su muy especial misión, probablemente pase a lo largo de los puertos de la zona minera pues, al sur del Amazonas, sólo en Bahía las tradiciones indias conservaron su recuerdo. Después de varios meses en el mar, necesita abastecerse de agua dulce y víveres frescos. Lo hace en una bahía aislada, mero punto de apoyo logístico para los knerrir y las naos que siguen la ruta del sur, de donde las comunicaciones con Tiahuanacu son largas y escasas.

Los oficiales de la base deben de estar algo sorprendidos al encontrar a su bordo a pasajeros muy distintos de los marineros y artesanos que transportan habitualmente los barcos del Temple: hombres vestidos con largas túnicas blancas, marcadas, en el pecho, con una cruz paté colorada, que no van a tardar en hacer hablar de ellos.

Si la escala en la desembocadura del Amazonas fue breve —tenemos a su respecto un único testimonio indirecto, relatado al P. del Techo por traficantes brasileños que la habían oído mencionar a indios de la zona—, la de Bahía se prolonga, sea porque el escorbuto haya alcanzado a los viajeros, sea porque su navío haya sufrido averías.

Todos desembarcan, pues. Los marineros se divierten a su manera. Pero los capellanes del Temple, llamémosles por su nombre, aprovechan su estancia para catequizar a los indígenas. Tal vez uno de ellos haya venido anteriormente a América, disfrazado de artesano, y domine el guaraní. Mientras se limiten a hablar de Dios, no chocan ni molestan a nadie: los paganos siempre han sido muy tolerantes en este campo. Sus consejos prácticos respecto al cultivo de la mandioca y de la fabricación del cazabe (tapioca) con este tubérculo suscitan el beneplácito de todos.

Las cosas cambian cuando se meten con las costumbres y, en especial, con la poligamia. Es ésta última, en efecto, una exigencia de la vida de los pueblos guerreros que siempre comprenden más mujeres que varones y en los cuales las mujeres sólo pueden sobrevivir con la protección de un marido. Para sacerdotes cristianos, sin embargo, se trata de una práctica inmoral. El superior de los religiosos se hace insoportable, y a los indígenas les falta paciencia. Un buen día, algunos tratan de asesinarlo. Huye y, milagrosamente, el Karaipe, el Camino del hombre blanco, sale del agua para permitirle escapar de sus enemigos: Es decir que el capellán se va corriendo por el malecón del puerto para reembarcar lo más rápido que pueda.

La escala siguiente, según la tradición, es Cabo Frió, a 200 km. al norte de Rio de Janeiro, pero no se señala allí ningún incidente, como tampoco en Santos, donde los religiosos desembarcan y, sin demora, se internan en la selva. Más tarde, se atribuirá al “apóstol”, convertido en Santo Tomás por gracia de los misioneros portugueses y españoles, la presencia en Bahía, Cabo Frió, Santos y muchos otros lugares, de huellas de pie grabadas o pintadas en rocas bien visibles, a veces acompañadas, como en el valle de Paraíba, que pasa a unos 60 km. de Cabo Frió, de letras cuyo significado permanecerá incomprensible para los portugueses. Sólo se trata, en realidad, ya lo vimos, de las “flechas” de señalización que los vikingos, por todas partes, empleaban para marcar sus caminos.

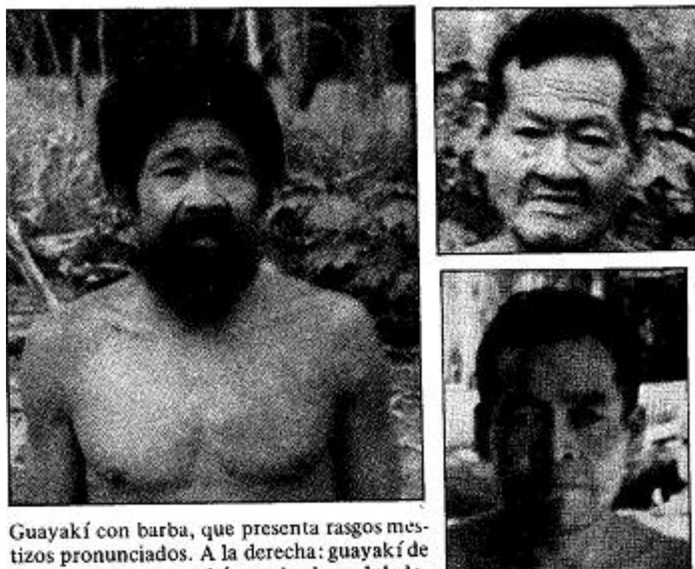
Por el Peaviru, que arranca del golfo de Santos, los religiosos entran en el Guayrá. Mantenido y protegido por los guaraníes de la región, el camino ofrece a los viajeros albergues de etapa que son también puestos de guardia permanentes cuyas pequeñas guarniciones indígenas están al mando de oficiales vikingos que, como sus soldados

indios, viven con sus familias. Hasta la fundición de Cerro Corá, por lo menos, los templarios tienen libre tránsito. Sin embargo, llegado a la aldea que lleva todavía hoy el nombre de Peabiru -ortografía antigua, el grupo abandona la ruta directa, demasiado frecuentada -por ella se dirigen hacia la costa las recuas de llamas, cargadas con lingotes, que escoltan guardias vikingos- y alcanza, por un ramal secundario, la desembocadura del Yguazú, o sea, el camino del sur que, por la Posta de Yvytyruzú, llega a Paraguay.

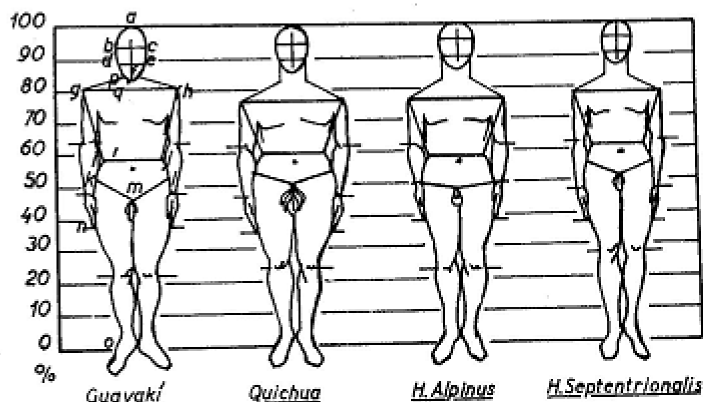
Algunos capellanes deben, sin embargo, de permanecer en la región, salvo que regresen allí más tarde. Cuando la llegada de los españoles, en efecto, los indios del Guayrá conservaban todavía el recuerdo de los religiosos a cuyo jefe llamaban Pa'i Zumé, el Padre Zumé, nombre éste que los misioneros transformarían en Tomé, o sea, Tomás, para identificarlo con el apóstol que, según la tradición católica, había sido el evangelizador de las Indias Orientales. Más aún: quedaban, en las creencias de los guaraníes numerosos rastros de cristianismo, que mencionan con sorpresa y, en el primer momento, no sin reservas, los jesuitas que, a principios del siglo XVII, se establecieron en el Paraguay. "Parece, escribe el P. de Charlevoix, que tienen una ligera idea de un Dios hecho Hombre para la salvación del Género Humano; pues una de sus tradiciones es que una mujer dotada de una belleza perfecta concibió, sin haber jamás convivido con un varón, a un niño hermosísimo quien, llegado a la edad viril, realizó muchos prodigios, resucitó a los muertos, hizo caminar a los Cojos, devolvió la visión a los Ciegos y, habiendo un día reunido a un gran Pueblo, se levantó en el aire, transformado en este sol que nos alumbra (...) Estos indios reconocen a un gran número de Dioses, entre los cuales distinguen a tres que son superiores a los demás y forman una Trinidad compuesta por el Padre, el Hijo y el Espíritu (...). Es la mujer del Padre, llamada Quipoci, la que sin dejar de ser virgen se convirtió en la madre del Hijo. (...) el Padre es el Dios de la Justicia y castiga a los malos; el Hijo, su Madre y el Espíritu actúan de Intercesores para los Culpables". Y el P. Lozano agrega: "(...) no se puede decir que sea cosa cierta en que no pueda caber falsedad, porque faltan monumentos de aquel tiempo que la testifiquen; pero es innegable que la tradición constante y uniforme de diversas gentes de este nuevo mundo, las señales y vestigios y el nombre del apóstol sabido desde tiempo inmemorial por ellas, hacen probabilísima esta venida, sin poderse negar sin alguna nota o de caprichoso o de temerario". Ya en 1613, el P. Giuseppe Cataldino, el

primer jesuita que entró en el Guayrá, escribía a su provincial: “Muchas cosas me habían dicho estos indios desde el principio del glorioso Apostol Santo Tomé, a quien ellos llaman Pay Zumé, y no las he escrito antes, por certificarme más y averiguar la verdad. Dicen, pues, los indios ancianos y caciques principales, que tienen por certísimo, por tradiciones derivadas de padres a hijos, que el glorioso Santo Thomás Apóstol vino a sus tierras de Asia al mar del Brasil y (...) dijo a sus antepasados muchas cosas por venir y entre ellas las siguientes: que habían de entrar sacerdotes en sus tierras y que algunos entrarían sólo de paso para volverse luego; pero que otros sacerdotes que entrarían con cruces en las manos, ésos serían sus verdaderos padres y estarían siempre con ellos y les enseñarían cómo se habrían de salvar y servir a Dios (...). Díjoles también que, entrando dichos sacerdotes a estas tierras, se habían de amar mucho entre sí y cesarían las guerras que de continuo traían unos con otros. Que entonces no tendría cada uno sino una sola mujer, con las cuales los casarían dichos padres (...) que no habían de tener en su casa indias para que les sirviesen y traerían campanas; que usarían todas las comidas que ellos tienen pero no beberían de sus vinos...”.

Todo, en las predicciones de Pa’i Zumé, no debía encantar a los guaraníes. En especial la que se refería a la monogamia obligatoria. Daban, en efecto, a los misioneros del siglo XVI, el apodo que ya aplicaban a su predecesor: Pa’i Avaré. El Padre Ruiz de Montoya explica que éste término significa Homo segregatus a venere, hombre casto. Es ésta una traducción eufemística. Pues Pa’i Avaré quiere decir muy exactamente, salvo respeto, Padre Marica. Montoya no lo ignoraba, ya que reconocía que los “Magos y hechiceros que comúnmente nos niegan el Evangelio, por oprobio nos llaman abaré”. Y explica por qué: “La virtud de la virginidad, castidad y celibato, la ignoraron de tal manera, que antes la tuvieron por infelicidad, y por felicidad muy grande el abundar en mujeres, y tener muchos hijos, muchas criadas y familias”. El buen padre agrega, no sin razón, que el hecho de que los indios hayan dado a Pa’i Zumé el apodo de Pay Abaré constituye la prueba de que se trataba de un sacerdote cristiano. Jamás los “viejos”, los Magos y los hechiceros que usurparon el vocablo Pay habrían hecho lo mismo con abaré, palabra insultante si la hubiera. Este apodo contribuye a explicarnos por qué los capellanes del Temple no tuvieron mayor éxito entre los guaraníes.



Guayakí con barba, que presenta rasgos mestizos pronunciados. A la derecha: guayakí de sesenta años; y guayakí con el pelo ondulado.
Abajo, siluetas geométricas de guayakí, y de tres tipos raciales (indio quichua, alpino y nórdico), tomadas a título de comparación. Las proporciones son dadas en porcentajes en relación a la estatura.



Para quedar bien ante los españoles, éstos, más tarde, embellecieron el recuerdo que conservaban de ellos. Pero, en la época de su paso, les hicieron las mil y una e intentaron más de una vez "asaetearlos",

como lo relata el P. de Nóbrega en 1552. Los religiosos, entonces o más tarde, consiguieron, sin embargo, convertir a algunos indígenas, como ese Etiguara —“el Poeta”, en guaraní'-, predicador del Guayrá, que menciona la tradición, e incorporar algunas creencias cristianas a “las fábulas groseras y dogmas monstruosos de que se compone su religión”, como dice el P. de Charlevoix.

De cualquier modo, no es el Paraguay el que interesa a “Pa’i Zumé”. La meta de su viaje es el imperio vikingo de la Montaña y no sus marcas de la Llanura. Sólo la cristianización de Tiahua- nacu permitirá al Temple imponer su autoridad. Nada nos autoriza a dudar de las intenciones de los capellanes: arriesgaban el pellejo para salvar las almas de los vikingos y de los indios. Pero sus superiores tienen otras preocupaciones. Jamás, en efecto, la Orden ha conseguido asegurarse, como lo hicieron en Rodas los hospitalarios, un territorio de plena soberanía. Por cierto, en toda Europa, sus casas gozan del privilegio de la extraterritorialidad. Pero están enclavadas en las tierras de soberanos temporales que empiezan, en 1250, a mirar con malos ojos el crecimiento abusivo del poder templario. No se puede saber lo que reserva el porvenir. Sudamérica, oficialmente desconocida y bien protegida por el océano, constituiría, no sólo una eventual base de repliegue, sino también un extraordinario factor de poderío. Desgraciadamente para el Temple, los vikingos de Tiahuanacu han tomado sus precauciones. Sólo tienen acceso a la Montaña los artesanos que allí trabajan y, posiblemente, de vez en cuando, algún que otro embajador. A los caballeros y sargentos se los acantona prudentemente en las marcas de la costa, allá donde el embarque de los lingotes justifica su presencia y donde la lejanía la hace inofensiva. Pero los capellanes no son hombres de armas. Tal vez logren infiltrarse e imponerse en el corazón del imperio.

Pa’i Zumé —dejémosle aún este apodo guaraní— alcanza sin mayores dificultades, según parece, a Paraguay. Toma luego el camino que bordea el Pilcomayo, del que se aparta, sin embargo, puesto que las tradiciones, aparentemente discordantes, lo hacen llegar al Altiplano: las unas por Tarija, es decir por el camino que viene del Tucumán, en la actual Argentina, y las otras por Santa Cruz, mucho más al norte. Tal vez las guarniciones vikingas de los fortines que protegen los accesos de Tiahuanacu lo rechacen en varias oportunidades. Pero también es posible que uno u otro de dichos itinerarios se refiera meramente a

viajes ulteriores de los capellanes. De cualquier modo, el grupo alcanza y cruza, en la región de Caravaya, a la altura del Titicaca, la cadena oriental de los Andes. Se instala en Carabuco, a orillas del lago, donde planta, en la cima de un cerro, una gran cruz de roble que ha traído y cuyos restos aún se veneran en la capilla que los españoles construyeron con este propósito en el lugar de su des-cubrimiento.

En el Perú, Pa'i Zumé pierde, por supuesto, su nombre guaraní. Recibe otro, que no tiene sentido alguno en aymara ni en quichua y que los cronistas españoles y tal vez, antes de ellos, los indios, deforman como si su pronunciación les resultara difícil: Tonapa, Ttonapa, Tunupa, Thunupa. Esta última ortografía es la más convincente, por ser totalmente extraña al castellano, idioma en el cual la combinación de las letras t y h no existe. Agregar una h, letra siempre aspirada en quichua, a la t de Tunupa, sólo puede tener como propósito y como resultado hacer de ella el equivalente de la th inglesa —o norresa— cuyo sonido figura en la lengua del Perú. Ahora bien: la palabra thul tiene un sentido preciso, pero no en quichua ni en aymara: en antiguo nórdico. Significa sacerdote, adivino y, más aún, superior de una orden religiosa. Y Gnupa (gn mouillé, a la francesa) es uno de los nombres más comunes de la Escandinavia medieval. De Thul Gnupa a Thunupa, no hay sino un paso, sobre todo si se tiene en cuenta la pronunciación poco distinta de los indios del Altiplano, por un lado y, por otro, la facilidad con la que la l cae, cualquiera que sea la lengua, en asociaciones de este género. Nadie más que nosotros, ya lo dijimos, desconfía de las interpretaciones y hasta de las "evidencias" filológicas. Reconozcamos, sin embargo, que no resulta extraño que, en una colonia schleswigense, un sacerdote lleve el título de thul y sea llamado Gnu-pa, trátese de su nombre verdadero o del que le atribuyen, en su idioma, los amos de Tiahuanacu. Pero hay más. La tradición menciona, en efecto, al evangelizador con diversos apodos. Algunos, como Tarapaca, el Aguila, Vicchaicamayoc, el Predicador, y Cunacuy camay oc, el Consejero, son quichuas. Otros son mixtos: Viracochapacchacan, el Servidor de Viracocha; Vihinquira, Hijo de Vikingo. Quira significa "hijo" en quichua, en el sentido amplio de la palabra "descendiente", y vihink, si se toma en cuenta el doble hecho de que la h es aspirada y la k y la g se confunden, no deja mucha duda en cuanto a su forma primitiva. Otro apodo es de origen puramente norrés: Varivillca, el Monje Soldado, que viene de vari, guardián,

guerrero, y de virk, fortaleza, que dió villca, en quichua, con el doble sentido de “plaza sagrada” y “personaje sagrado”.

En lo que atañe a la personalidad de Thul Gnupa, no hay ni la menor vacilación en la mente de los varios cronistas, españoles e indígenas, que nos transmiten las tradiciones que lo conciernen, aún cuando se niegan a identificarlo con Santo Tomás, y hasta cuando mencionan la opinión contraria de tal o cual religioso que ve en él a un hechicero, “émulo de Simón el Mago”. Para ellos, se trata sin duda alguna de un sacerdote cristiano que, recorriendo sin cesar el país, predica “la ley de Dios” y enseña a los indios, a quienes llama “mis hijos” y “mis hijas” y a los cuales habla “amorosamente y con mucha mansedumbre”, el amor del prójimo y la caridad, no sin reprocharles sus vicios y exhortarlos a no tener sino una sola mujer; un sacerdote cristiano que, en todas partes, ataca el culto del Sol y destroza los ídolos. Y también un taumaturgo que cura los enfermos, devuelve la visión a los ciegos, expulsa a los demonios del cuerpo de los posesos. Todo esto debió de ser un tanto “actualizado” por los indios y por los misioneros. Aún despojada de cualquier fantasía “apostólica”, la imagen de Thunupa sigue siendo, de cualquier modo, la de un predicador cristiano.

Lo mismo pasa con su aspecto físico. Todos los cronistas que lo mencionan lo describen como un hombre delgado, de elevada estatura, blanco, de ojos azules y barbudo. Algunos precisan que su barba es roja y que usa el pelo corto, con una corona al modo de los monjes. A veces, se trata de un anciano de pelo gris, “largo como el de una mujer”. Lleva puesta una “vestidura” o una túnica blanca con cinturón, que “le llega hasta los pies”. Pero también nos lo muestra vestido “casi como los indios” o usa una camiseta morada y una manta carmesí, lo que debe darle una apariencia un tanto episcopal. A veces lleva en la mano un breviario y un báculo o un bordón. Siempre tiene un aspecto autoritario y venerable.

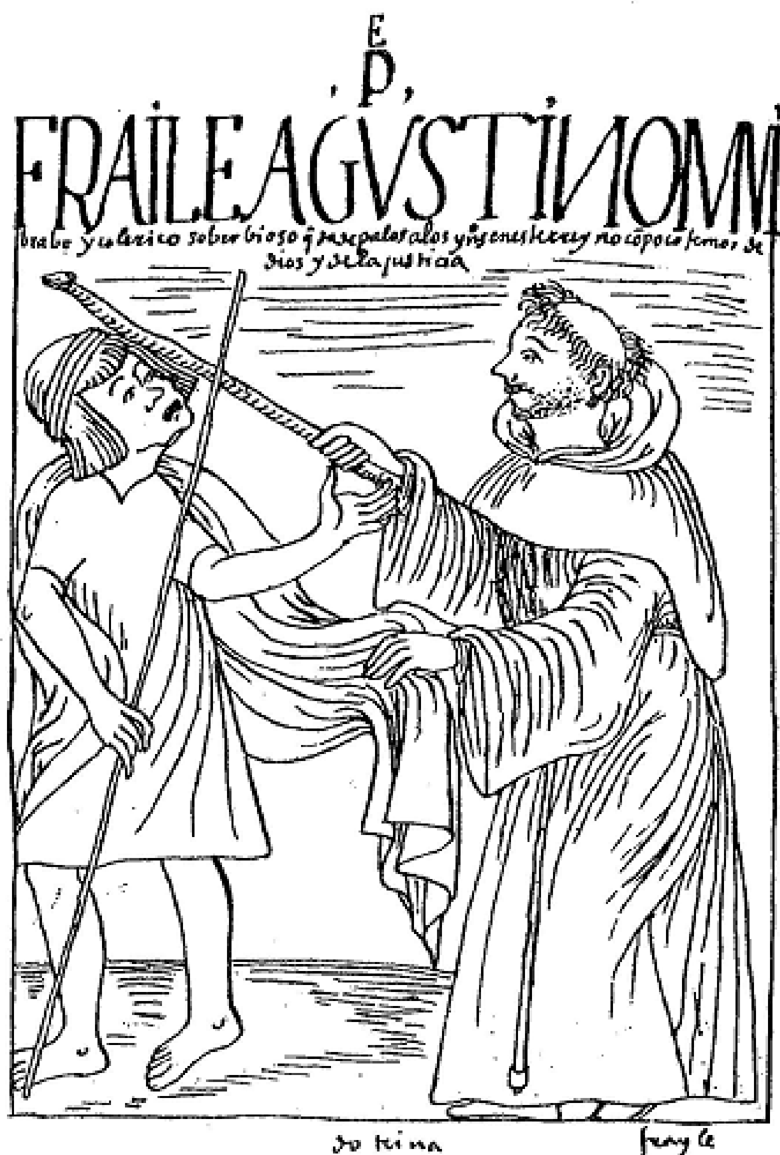
Las pocas divergencias que resaltan de estas descripciones, concordantes en cuanto a lo esencial, pueden atribuirse a una tradición diversamente deformada, según la religión, por una larga transmisión oral, o también a circunstancias de tiempo y de lugar. Nada, por cierto, prohibe pensar que Thunupa haya podido cambiarse de ropa y dejarse crecer el pelo. Y es lógico que haya envejecido. Pero, por otro lado, las tradiciones concentran en un nombre único las actividades de varios

evangelizadores, al punto que el itinerario del Thul en el Perú se vuelve incoherente, no sin que tal o cual cronista note que los acontecimientos relatados por él “bien pudieran haber sucedido en diversos tiempos” o nos hable de dos predicadores, el maestro, Thunupa, y el discípulo, Taapac, del que los indios hacen el hijo del primero, lo cual, “en la fuerza de su lengua, no quiere decir hijo engendrado, sino hijo adoptivo”.

Los capellanes del Temple, pues, logran penetrar en el im¬perio. Los vikingos consideran probablemente con una tolerancia pagana a esos religiosos ascéticos que enseñan a los indios la humildad, la mansedumbre y la sumisión y les hablan de un Redentor que no carece de analogía con el dios Balder de la mitología germánica. Los indígenas, por su parte, se ríen de hombres “que hablan tanto”. Por lo menos al principio. Los misioneros recorren el país, durmiendo a veces a la intemperie, “sin otra vestimenta que su larga túnica, su manta y su libro”. Algunos incidentes, con todo, no tardan en producirse. Mansos y comprensivos para hacerse aceptar, el Thul Gnupe y sus compañeros vuelven rápidamente a la intolerancia y a la dureza que da la certidumbre de ser depositario de la verdad. Empiezan a destruir las huaca, los oratorios que se alzan a orillas de los caminos. Amenazan a los indígenas con el infierno en nombre de una moral que ellos no pueden entender mejor que los europeos que aceptan sus normas sin respetarlas. Interrumpen las fiestas de aldea, como las ceremonias solares. Las reacciones, a veces, son violentas. En Cacha, los indios intentan lapidarlos; en Yamquisupa, los expulsan brutalmente, como también en Pucará; en Sicasica, prenden fuego a la cabaña en la cual duerme el P. Gnupa. A pesar de todo, los misioneros se hacen adeptos y, de modo general, se los respeta, no sin temerlos, en razón de su vida sacrificada y de los milagros que se les atribuye. ¿No transformó Thunupa en lago la aldea de Yamquisupa? ¿No hizo caer sobre los impíos el fuego del cielo, “tan violento que las piedras quemadas se hicieron livianas como corcho”?

Para nuestros capellanes, sin embargo, la predicación en la campaña sólo constituye un primer intento. Se imponen, no sin dificultades, allá donde no corren el riesgo de molestar demasiado a los vikingos. Se hacen así una fama merecida de santos religiosos. Hasta los vejámenes que se les inflige les resultan útiles pues, entre los blancos, la solidaridad de raza juega a su favor.

La evangelización de los indios. Aquí, por un jesuita después de la conquista española. Los métodos del P. Gnupa no debieron ser muy diferentes. (Dibujo de Guaman Poma de Ayala).



La evangelización de los indios. Aquí, por un fraile agustino. El P. Gnupa obraba del mismo modo. (Dibujo de Guaman Poma de Ayala).

Así logran, a la larga, introducirse en Tiahuanacu. Tienen en la capital, desde hace tiempo, a fieles —los artesanos del Temple— que, sin buscarlo siquiera, han preparado el terreno al mostrar el cristianismo bajo el aspecto que el sentido romano de la jerarquía y el espíritu heroico de los germanos y los galos le han dado en el Occidente, a lo largo de siglos de simbiosis.

El Thul Gnupa se hace aceptar y recluta a prosélitos. De ello tenemos, además de los testimonios recogidos por los cronistas, pruebas materiales cuya interpretación se debe a Héctor Greslebin. En primer lugar, la estatua que nadie, en Bolivia, llama de otro modo que "el Fraile". Es un monolito de 2 m. de alto, que representa a un ser humano vestido con una túnica y pantalones. En su mano derecha, el personaje lleva un objeto de mango cilíndrico cuya forma el desgaste ha hecho imprecisa; en la izquierda, un misal, o un breviario, cuyo cierre metálico, con sus bisagras, está reproducido tan claramente como sea posible. Esto ya sería un hecho significativo, aun cuando el Fraile no fuera la copia de la estatua de un apóstol -probablemente San Pedro- que figura a la izquierda, al salir, del portón central de la catedral de Amiens. El estilo es diferente, pero se trata indiscutiblemente del mismo personaje, con su libro de cierre metálico y su ramo de "mango" cilíndrico. Más aún: hasta se pueden notar una real semejanza de rasgos fisionómicos y una perfecta identidad de proporciones entre las dos caras cuadradas de frente abombada.

No menos significativa es la puerta monolítica que se conoce con el nombre de Puerta del Sol y se encontró, derrumbada y quebrada, en el recinto del Kalasasaya. Precisemos que no se trata de una especie de arco de triunfo, sino realmente de una puerta, en el pleno sentido del término. Se ven los huecos donde estaban colocados los goznes y d'Orbigny, a principios del siglo pasado, pudo todavía observar los rastros verdes dejados en la piedra por el bronce. Las cavidades geométricas de la cara posterior muestran, por lo demás, que debía ser incorporada a una pared y la falta de pulido de la parte superior parece indicar que debía ser cubierta con un arquitrabe. Encima de la abertura se halla un friso en bajo relieve, constituido por un personaje central y cuatro hileras horizontales de figuras esculpidas que reproducen, en el estilo propio de Tiahuanacu, la Adoración del Cordero, tal como figura, según el capítulo V del Apocalipsis, en el tímpano de las catedrales góticas del siglo XIII y, más especialmente, encima del portón principal

de la de Amiens. Su motivo central es una figura antropomórfica sentada que responde, hasta sus menores detalles, a la descripción apocalíptica del Cordero, con el libro de los siete sellos, los siete ojos, los vivientes y los ancianos caídos a sus pies. El hábito talar que lleva el personaje es el que describe el capítulo XXXIX del Exodo-, las dos hombreras, el cinturón, el pectoral cuadrado y doble, guarnecido de cuatro hiladas de piedras preciosas, las cadenillas de oro en forma de cordón del pectoral, las dos cápsulas de las hombreras, situadas entre los dos cordones, y la diadema. Las cuarenta y ocho figuras de las tres hileras superiores del friso —el mismo número que en Amiens y en Chartres— representan a los doce apóstoles, los doce profetas menores y los veinticuatro ancianos coronados de oro y portadores de cítaras y de copas de oro. Debajo, dos ángeles están tocando la corneta, instrumento éste que jamás se empleó en la América precolombina. El perfil de las figuras de cara humana es, por lo demás, netamente indoeuropeo.

El Kalasasaya, pues, era una iglesia cristiana inacabada. Greslebin, que era arquitecto, hasta pudo reconstruir su maqueta, gracias a un descubrimiento complementario. A menos de un kilómetro, en efecto, se halla un gigantesco amontonamiento de bloques de piedra tallados en el estilo de la “Puerta del Sol”, incluso un arquitrabe y varias puertas monolíticas. Ahora bien: no se ven en Puma Punku, como los indígenas llaman el lugar, ni trazado de edificios ni cimientos. Se trata, en realidad, del obrador donde se tallaban y esculpían los bloques destinados a la iglesia. Las piezas arquitectónicas que todavía se encuentran allí tiene las dimensiones y formas necesarias para completar, por lo menos parcialmente, las que ya se encontraban instaladas y han subsistido a las destrucciones sucesivas: cimientos, pilastras, escalinata y portal. El modelado, en escala reducida, de unas y otras mostró que el Kalasasaya era un edificio del más puro estilo románico. El Fraile y el friso y hasta la estatua por sí sola, bastarían, por lo demás, para datar la llegada del P. Gnupa. Pues la catedral de Amiens, ciudad situada, sea dicho entre paréntesis, a 100 km. en línea recta de Dieppe, que constituye su puerto natural, fue construida entre 1220 y 1288 y su portón central, entre 1225 y 1236.

Lo que los capellanes del Temple, además de esos aportes arquitectónicos, introducen en Tiahuanacu no son solamente un Dios y ritos nuevos, que el paganismo se incorporaría sin mayor dificultad,

sino sobre todo una concepción del mundo y de la vida que se opone diametralmente al politeísmo panteísta, a la moral y a las costumbres tanto de los vikingos como de los indios y pone en tela de juicio el orden establecido: un orden fundado en un principio jerárquico que procede de la desigualdad de las razas, en primer lugar, y de las familias y los individuos, después. El P. Gnupa proclama la igualdad de todos los hombres ante Dios y, por una extensión teocrática propia de todas las religiones, pero en especial del catolicismo, ante sus representantes en la tierra, los sacerdotes. En Europa un equilibrio inestable ha llegado a establecerse entre los dos poderes, espiritual y temporal. Pero, en un país pagano, allá donde la iglesia carece de poder, el Estado no es un mero rival con el que se pueda entrar en componenda, sino un enemigo que hay que destruir. Los capellanes del Temple no disponen en América, de fuerza militar alguna. Recurren a la subversión.

En Tiahuanacu, la historia de Roma se repite. En esa enorme capital cuyos barrios indígenas se extienden unos cinco kilómetros alrededor del centro administrativo, el régimen feudal, cuyas estructuras sólidas mantienen, en las provincias de la Montaña, relaciones satisfactorias entre vikingos e indios, y el sistema de alianzas, que permite garantizar el orden en las marcas de la Llanura, desaparecieron hace tiempo. Una plebe indígena, multitudinaria, hecha de artesanos, agricultores, pescadores, soldados profesionales y, también, de domésticos al servicio de los blancos, acepta lo más naturalmente una subordinación compensada por una vida fácil. Pero aparecen religiosos que, no solamente se niegan a compartir los privilegios de sus hermanos de raza, sino que también proclaman su injusticia. Unos sacerdotes ascéticos que conviven con los indios y les hablan un nuevo lenguaje: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos; bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra; bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos; bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios...” Aquí está la exaltación de los inferiores, a quienes se promete el Cielo y la tierra. Aquí está también la condenación de los amos, cuya superioridad descansa en la fuerza militar y la cultura. ¿El Dios de los cristianos, como lo proclama el Magníficat, no ha “depuesto a los poderosos de su trono”? ¿No ha “elevado a los humildes”? Los indios de la ciudad se dan cuenta, de repente, de que están descontentos. La envidia empieza a roerlos. Las

promesas del Sermón de la Montaña, que toman al pie de la letra, les preparan para la acción subversiva. Las nuevas normas morales no les molestan mayormente, pues la poligamia ya no existe, por falta de razón de ser, en la región de Tiahuanacu, desde hace tiempo pacificada. De forma cada vez más numerosa, los indígenas se convierten.

No por ello los religiosos olvidan a la aristocracia blanca: Es una ley de la acción política que la subversión sólo tiene posibilidades de éxito si la minoría dirigente está reblandecida. La “nobleza de corte” de la capital y los pequeños funcionarios que la paz condena a tareas administrativas poco enaltecedoras constituyen caldos de cultivo favorables. El cristianismo logra conversiones en esos sectores, puesto que la iglesia de Tiahuanacu es puesta en obra. Más sensibles que los varones a los principios evangélicos, las mujeres, también ellas —sobre todo ellas, probablemente—, se sienten atraídas por las nuevas creencias. De ello vamos a ver un ejemplo.

La plebe se agita, mientras una fracción de la minoría dirigente comienza a dudar de la legitimidad del poder. Pero la capital, sólidamente dominada por la Guardia, exclusivamente compuesta de vikingos, no ofrece el ambiente indispensable para una insurrección. Por ello los capellanes del Temple no descuidan las provincias, que siguen recorriendo sin descanso. No faltan en ellas, ya lo dijimos, motivos de descontento, en especial el trabajo obligatorio, que imponen la construcción y mantenimiento de los caminos y el servicio de las minas. También existen allá muy antiguas rivalidades tribales que se pueden explotar. Conservadores como todos los campesinos y pasivos por naturaleza, los indios de los feudos, donde el prestigio de los señores permanece intacto, se muestran más reservados frente a la nueva fe que los de las ciudades y no les gusta mucho el fanatismo que lleva a los misioneros a destruir sus huaca. Pero son también capaces de acciones violentas cuando un acontecimiento imprevisto sirve de detonador.

Los años pasan, y la predicación subversiva empieza a dar sus frutos. Algunas sublevaciones indígenas se producen en distintos lugares, que Makuri, el soberano reinante, reprime sin contemplación. Vacila, con todo, en meterse con los religiosos, cuya influencia ya es demasiado grande para que una medida de expulsión no provoque remolinos

peligrosos. Sólo se decide a hacerlo cuando su hija Karahuara (o Karavara, del norrés kárr, rizado, y vari, guardián, guerrero: la Guerrera rizada), convertida en uno de los discípulos del P. Gnupa, del que se ha enamorado, recibe el bautismo en presencia de una multitud de indios. Manda detener al capellán quien, atado a una balsa, es lanzado al lago y arrastrado por la corriente hasta el río Desaguadero, en el cual desaparece para siempre. Uno tras otro, los religiosos son detenidos y ejecutados. Estallan nuevas insurrecciones como consecuencia de esas medidas demasiado tardías. Makuri reacciona violentamente y con éxito.

En Coquimbo, en el sur de las provincias chilenas, un jefe local, Kari, aprovechándose de la agitación, se subleva y marcha sobre Tiahuanacu. ¿Trátase de un araucano, como se dijo —y lo repetimos-, o de un aymara de la tribu de los lupaca que, según parece, está afincada en la región? El análisis de la situación favorece la segunda hipótesis. Por un lado, en efecto, el rebelde no puede llevar consigo, en una distancia de 1.500 km., que incluye el desierto de Atacama cuya travesía es sumamente difícil en razón de la imposibilidad de encontrar allá los víveres y el agua indispensables, sino tropas muy poco numerosas. Por otro lado, apenas entrado en el Collasuyu, obtiene el apoyo de tribus locales a las que federa bajo su autoridad. ¿Llámase realmente Kari, o se le dio más tarde el nombre de algún genio maléfico? Podemos preguntárnoslo: en la mitología escandinava, Kari es, en efecto, el siniestro gigante de la tempestad, el "devorador de cadáveres".

Cualesquiera que sean su procedencia y su nombre, el rebelde junta fuerzas apreciables y ataca Tiahuanacu, de la que se apodera. Los vikingos sobrevivientes se refugian en la isla del Sol, donde los persigue y los aplasta. Los blancos de sexo masculino son degollados despiadadamente. La revuelta se extiende a todo el territorio del imperio. Las colonias militares, cuyos miembros en buena parte son "incas", "descendientes", no son atacados o resisten sin mayores dificultades. Aislados en medio de los indios, los señores locales, por el contrario, están a su merced a partir del momento en que ya no los apoya ningún poder central. Algunos, cuyos súbditos permanecen leales, logran conservar su autoridad. Pero muchos, la mayor parte probablemente, son muertos. Si los 300.000 vikingos, entre los cuales 75.000 en edad de llevar armas, que hay en Sudamérica —según

nuestro modo de cálculo anterior, pero tal vez fuera prudente reducir estas cifras en razón de la fertilidad disminuida y la mortalidad más elevada de los blancos establecidos en la Llanura—, hubieran estado concentrados en Tiahuanacu y en el Cuzco, los acontecimientos se habrían desarrollado diferentemente. Pero están esparcidos en un territorio gigantesco que comprende, ya lo vimos, no sólo —en términos actuales— el Perú, Bolivia, la mitad de Chile y la cuarta parte de la Argentina, sino también Colombia y el Brasil. En esas condiciones, toda resistencia es imposible, salvo, a veces, a escala local. Pero ya no se trata entonces sino de una supervivencia.

Vencedor, Kari establece su capital en Hatunkolla, en la orilla norte del lago Titicaca, y toma el título de Sapakhta. El y sus sucesores hacen del Collasuyu un reino independiente, más o menos organizado. En el Norte, Los chinchas y los chancas siguen su ejemplo. En todas las demás provincias, la anarquía impera. Una anarquía tal que el Temple debe renunciar a sacar provecho de su obra. Después de la disolución de la Orden, en 1307, los hermanos prefieren buscar refugio en México. De su presencia en Sudamérica, sólo quedarán algunos rastros de cristianismo incorporados al culto del Sol.

V
EL NUEVO IMPERIO

En las montañas del Apurimac, a 25 km. al sudoeste de Cuzco, se alza el primer tampu, el primer albergue de etapa, en el camino que lleva al Contisuyu, es decir, a las provincias de la costa. Se lo mencionará más tarde con el nombre de Paccari Tampu —el Albergue de la Aurora— pero, en tiempos de Makuri, se lo llama Paucar Tampu el Albergue del Paseo—, probablemente porque constituye una meta de excursión para los habitantes de la ciudad. Es el centro de un pequeño feudo cuya ra¬zón de ser es garantizar, en su territorio, el mantenimiento y la seguridad de la ruta. No sabríamos gran cosa acerca de su señor, Apu Tampu, si no hubiera recibido la visita del P. Gnupa. Según su costumbre, el religioso había interrumpido con sus reproches una fiesta que celebraban los indígenas, y éstos le habían atacado. Sólo la intervención del jefe que, después de calmar a los indios, lo había acogido en su casa, le había permitido salvar su integridad física. Reconocido, el thul, al partir, le había obsequiado con su bordón.

¿Quién es ese Apu Tampu cuyo nombre quichua - General Albergue— no tiene mucho sentido, salvo que se trate del mero apodo de un oficial de intendencia? Las tradiciones que le conciernen son contradictorias. Lo cual no tiene nada de sorprendente, pues están estrechamente vinculadas con el mito en que se convirtió, con el tiempo, la historia de la creación del Nuevo Imperio. Apu Tampu, en efecto, es el padre de Manco Cápac, su fundador. ¿Pero éste último no es hijo del Sol? Se presenta entonces a su progenitor como un simple curaca —un jefe indígena— que lo había criado y, bajo la influencia de dos viejos sacerdotes de su raza, le habría revelado, al alcanzar la edad de diez años, su origen milagroso. Pero tal vez fuera más útil vincular la nueva dinastía con la antigua: Apu Tampu se convierte así en el hijo de Makuri, el último soberano de Tiahuanacu. No hay nada que conservar de esas leyendas. Tanto menos cuanto que otras tradiciones nos presentan los hechos de modo mucho más satisfactorio.

En la época de la destrucción del Antiguo Imperio se encontraba en la capital, muy probablemente como alumno de una de las escuelas reservadas para los hijos de vikingo, un muchacho de una decena de años, hijo del señor de Paucar Tampu. De alguna manera, el niño logró escapar cuando la toma de la ciudad por las tropas de Kari y reunirse

con los suyos en el feudo familiar donde el orden se mantuvo. Numerosos refugiados no tardaron en afluir: sacerdotes, sabios y oficiales, pero también indios leales. Apu Tampu, a pesar de no pertenecer a la familia real, se convirtió, por su raza y su investidura, en un pequeño soberano. Diez ayllu —comunidades indígenas, agrícolas y militares— de la región reconocieron su autoridad. Pronto, la pequeña señoría, protegida por montañas inaccesibles, se hizo bastante fuerte como para que su jefe pudiera pensar en una reconquista. Había que prepararla. Los sacerdotes aportaron su contribución, que iba a ser decisiva. La derrota de los atumaruna había tenido, fundamentalmente, una causa religiosa. A la idea simplista de igualdad ante Dios, que había unificado y movido todos los resentimientos de los indígenas, sólo se podía oponer, puesto que la fuerza de las armas se había revelado impotente contra ella, lo que llamamos hoy día un mito: un conjunto dinámico de imágenes capaz de evocar globalmente, fuera de todo análisis racional, los motivos, los procedimientos y las metas de un proceso de restablecimiento de la jerarquía, al mismo tiempo que los estímulos necesarios para provocarlo. Un mito religioso, por supuesto. Pero, en primer lugar, había que borrar el recuerdo del pasado. En Paucar Tampu, todos los documentos escritos y todas las inscripciones fueron destruidas. Hasta se cuenta que, unos años más tarde, un amauta -un sabio- que había inventado un nuevo sistema de escritura fue condenado a muerte. En adelante, no se utilizarán sino los quipos, que sólo especialistas fáciles de controlar pueden interpretar. Todo debe haber empezado en Paccari Tampu, el Albergue de la Aurora, la aldea donde va a salir el sol.

Pasan los años, en el curso de los cuales el Perú comienza a añorar el orden perdido. Hay peleas entre valles, por un campo o un rebaño. Los curaca, libres de actuar como les da la gana, explotan a los indios más de lo que lo habían hecho jamás los peores de los señores vikingos. Bandas de salteadores asolan los campos, sin que nadie esté en condiciones de oponerles la menor resistencia eficaz. Ha llegado el momento de aplicar el plan elaborado en todos su detalles. Los sacerdotes empiezan a recorrer la montaña, anunciando la buena nueva: el Sol tiene lástima del pueblo quichua y les va a mandar a sus hijos para devolverle la dicha y la paz. Luego, convocan a los indios al pie de un cerro donde el milagro se va a producir. El día previsto, al amanecer, el Sol lanza sus rayos sobre las tres ventanas de la cueva

de Tampu Toccu —el Refugio del Albergue- que domina el valle. De la del medio, que se llamará posteriormente Cápac Toccu, el Refugio del Campeón, en el sentido vikingo de esta última palabra, salen cuatro adolescentes. El mayor -es el hijo de Apu Tampu- está revestido de una túnica plateada sembrada de conchas. Lleva en el pecho un gran pectoral de oro y, en la frente, una medalla del mismo metal. Unos brazaletes de plata adornan sus brazos. Plumas multicolores caen sobre su traje. El joven centellea bajo el sol, como un ídolo. Se dirige a los indios prosternados: su padre el Sol lo ha enviado para gobernarlos. Todos deben obedecerle, so pena de los peores castigos.
A esos jóvenes, la tradición nos los presenta como a hermanos y les da un título que no tiene sentido en quichua pero "debía de tener uno en la lengua particular de los incas", dice el cronista Garcilaso: el de ayar, Si dejamos a un lado la a aumentativa del quichua, reencontramos la palabra norresa jarl. Los cuatro muchachos y las cuatro muchachas son todos hermanos y hermanas. Lo cual no significa necesariamente que tengan el mismo padre y la misma madre, sino tal vez, más simplemente, que son de la misma raza. El mayor, que ya tiene dieciocho años, se casa con una de sus "hermanas", Mama Occlo. Encuadrados por blancos, los guerreros de los diez ayllu leales descienden sobre el Cuzco. ¿Ocupan sin resistencia lo que ya constituye una plaza fuerte provista de una población apreciable, o deben combatir para apoderarse de ella, y luego someter a las tribus vecinas para lograr el control de la región?. Las crónicas nos proporcionan, al respecto, versiones discordantes. De cualquier modo, Manco Cápac —es éste el nombre que usará en adelante—, el Hombre-Rey Campeón, se instala en lo que va a ser la capital del Nuevo Imperio, bien protegida por la fortaleza de Sacsahuaman. Empieza la "quinta edad de indios", la de Incapmna, del pueblo de los incas.

Tenemos que abrir aquí un largo paréntesis para que las páginas que siguen sean plenamente comprensibles. Si los datos referidos al Antiguo Imperio no nos han llegado sino gracias a una tradición oral que podríamos calificar de clandestina, los que se refieren a los incas propiamente dichos, desde Manco Cápac a la conquista española, provienen de dos fuentes. Por un lado conocemos la historia oficial que se enseñaba en las escuelas. Por otro, tenemos innumerables relatos hechos a los cronistas —españoles, mestizos e indios más o menos hispanizados— por incas ancianos que no habían olvidado el pasado

de su raza y no se sentían más obligados a guardar el secreto al respecto. De estas dos fuentes han llegado hasta nosotros informaciones a menudo contradictorias. Y esto porque los soberanos del Cuzco, y en especial uno de ellos, Pachacutec, habían falseado la historia para convertirla en un instrumento de poder.

Todo había empezado con Manco Cápac. Anteriormente, un gran diluvio -mitificación de la victoria de Kari— lo había destruido todo en la tierra. Los pocos seres humanos que le habían escapado, contaba a Garcilaso su tío materno, un inca de la familia real, vivían "como fieras y animales brutos, sin religión ni policía, sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra, sin vestir ni cubrir sus carnes, porque no sabían labrar algodón ni lana para hacer de vestir. Vivían de dos en dos y de tres en tres, como acertaban a juntarse en las cuevas y resquicios de peñas y cavernas de la tierra". Pero los cuatro ayar, reunidos en consejo, decidieron: "Hemos nacido fuertes y sabios y, ayudados por nuestros pueblos, somos poderosos. Partamos en busca de tierras más fértiles que las que poseemos y, al llegar a ellas, sojuzguemos a sus pobladores y demos guerra a quienquiera que no nos reciba como señores". No nos sorprendamos demasiado: ¡cuántos franceses hay que creen todavía que bajo el Antiguo Régimen, hace doscientos años —menos que la duración del Nuevo Imperio—, los campesinos arañaban la tierra con las uñas para extraer de ella raíces, su único alimento, y que una era de dicha se abrió, en 1789, gracias a los "Grandes Antepasados" y sus "inmortales principios"!

El Antiguo Imperio desaparece de la historia oficial. A su fundador, Viracocha, se lo relega en el pasado más lejano. Se lo diviniza: es el creador del cielo y de la tierra. Pero, como consecuencia de un diluvio, los hombres viven como animales. El Sol se compadece de ellos y les manda a un hijo y una hija que, viniendo de Tiahuanacu, aparecen en Tampu Toccu, encargados de enseñarles la religión verdadera y las costumbres de los seres civilizados y, luego, de gobernarlos "con bondad, clemencia y mansedumbre, como un padre". El hijo del pequeño señor de Paccari Tampu, sin ningún derecho hereditario a la corona, se convierte así en el Redentor de la humanidad. Por su origen milagroso, tiene un poder indiscutible del que participarán sus descendientes, los emperadores incas. Con excepción de Mama Occlo, mujer de Manco, los otros ayar, sus "hermanos" y sus "hermanas", caen en el olvido. Ya no hay sino Hijos del Sol. Los

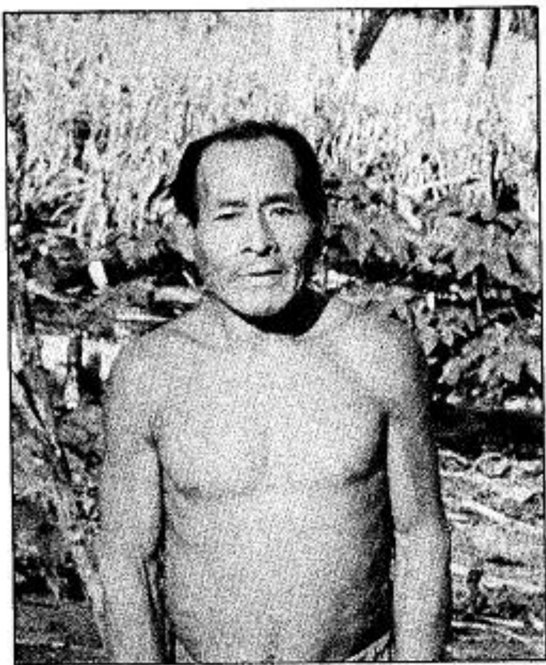
soberanos incas se suceden, hasta el día en que uno de ellos, Pachacutec, unos setenta años apenas antes de la llegada de los españoles, decide simplificar más todavía la historia concentrando en el reinado de sus predecesores inmediatos la obra de la dinastía, cuyos primeros jefes se reducen así a meros nombres. Reúne un consejo de ancianos y de sabios que hacen pintar sobre madera cuadros que el cronista Cristóbal de Molina alcanzó aún a ver en el templo del Sol de Poquen Cancha y que representan “la vida de cada uno de los incas y las tierras por ellos conquistadas, con sus retratos”. Este “libro de historia” fue destruido, naturalmente, por los conquistadores. El cronista Sarmiento de Gamboa lo hizo reconstruir sobre lienzo y lo envió a España, donde se perdió. Es probable que Antonio de Herrera, Cronista Mayor de su Majestad, lo llegara a conocer y sacara de él los retratos de los soberanos incas con los cuales ilustró la portada de sus Décadas.

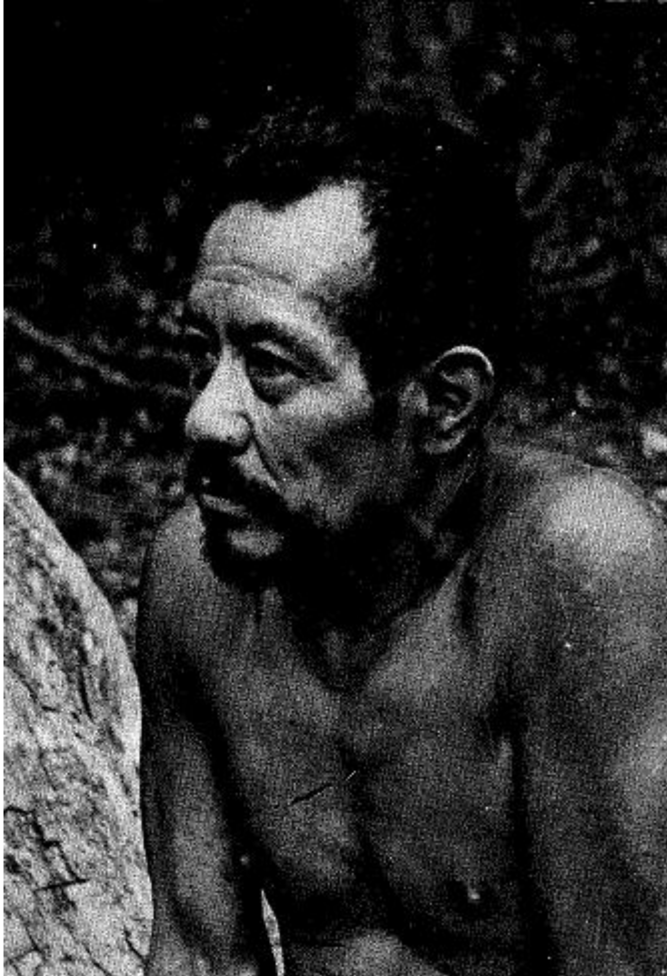
A pesar de sus esfuerzos, los sucesores de Manco Cápac y Pachacutec mismo no consiguieron, con todo, borrar por completo el recuerdo de los siglos pasados. La tradición oral se mantenía, sobre todo en las provincias. Los miembros de la aristocracia blanca, cómplices de este “lavado de cerebro”, no ignoraban la verdad, que se transmitía de padres a hijos. Así fue como algunos de los cronistas de la época de la Conquista pudieron recoger muchos datos relativos al Antiguo Imperio, a los años de anarquía y a los primeros reinados de la nueva dinastía. El caso más curioso es el de Garcilaso, hijo de un capitán español y de una princesa inca, nieta del emperador Tupac Yupanqui y sobrina de su sucesor Huayna Cápac: una palla, como se llamaba a las mujeres casadas de la aristocracia peruana, palabra ésta que puede proceder del norrés ballr, audaz o, después de la transmutación en p de la / que no existe en quichua y de la o larga y abierta convertida en a, de félaga, esposa, en antiguo nórdico. Criado en el Cuzco, hasta la edad de veinte años, en su familia materna, recibió la educación reservada a los auqui (del norrés auki, retoño), a los hijos de incas, y esto en una época en que las lenguas ya se habían dividido. Radicado más tarde en España, mantuvo un estrecho contacto epistolar con sus amigos de la juventud, la mayor parte “mestizos” como él, que permanecían en el Perú.





Indios guayakís. En el de la foto superior se aprecia una calvicie occipital. Esta carencia de pelo nunca se da en un indio. A la derecha, retrato tipo de guayakí, (dibujo de la Dirección de Asuntos Indígenas, Asunción).





Un guayakí, inmediatamente después de su primera salida de la selva. Nótense sus rasgos europeos: frente despejada, rostro longitudinal, cal-vicie frontal, mechones blancos y barba tupida.

Así fue como pudo escribir los Comentarios Reales, la obra más completa que tenemos respecto al imperio de los incas. Muy a menudo se ha puesto en duda la exactitud de su relato, y es manifiesto que Garcilaso idealiza la historia de sus antepasados. Reproduce, sin

discutirlas ni dejarse engañar por ellas, las "fábulas" relativas al origen del Nuevo Imperio y no alude en absoluto al Antiguo. Pero sí rechaza, sin mencionarla, la interpretación "concentrada" de Pachacutec y, con más razón, la de algunos cronistas que reducen, sobre la base de informaciones fragmentarias, la lista dinástica de los incas a los cuatro o cinco últimos soberanos. En cuanto a este punto, es él quien está en lo cierto. La cronología nos da prueba de ello.

Vimos, en el capítulo anterior, que el P. Gnupa no había podido llegar a América sino después de la construcción del portón central de la catedral de Amiens, terminado en 1236; que había hecho, en el Guayrá y en el Paraguay, una parada lo suficientemente larga como para dejar allí, en las tradiciones indígenas, el recuerdo de su paso y algunos rastros de su enseñanza; que, posteriormente, había evangelizado el Perú durante bastantes años como para ganarse adeptos y emprender la construcción, muy adelantada cuando la toma de Tiahuanacu por Kari, de una iglesia cristiana. Ahora bien: su encuentro con el padre de Manco Cápac había tenido lugar en el curso de esas predicaciones. Luego, el acontecimiento debió, necesariamente, de producirse en la segunda mitad del siglo XIII. Por otro lado, Garcilaso y, con él, muchos otros cronistas nos dan una lista de soberanos incas que, de Manco Cápac a Huayna Cápac, muerto en 1525, comprende una docena de nombres. Una generación equivalía entonces a unos veinte años. Es lo mismo, en la misma época y en condiciones de vida bastante semejantes, con respecto a los doce reyes de Francia, que se sucedieron desde Felipe III, que subió al trono en 1270, a LuisXII, fallecido en 1515. Con una aproximación de unos pocos años, la reconquista del Cuzco data, por tanto, de 1285 y la toma deTiahuanacu por Kari, ocho años antes, de 1277. De haber sido el número de los soberanos apreciablemente inferior, el thul Gnupa no hubiera podido encontrarse con Apu Tampu. Ambos datos cronológicos se confirman, pues, mutuamente. Inútil es agregar que las cifras inaceptables de algunos cronistas que atribuyen a cada reinado una duración media que va de treinta y seis años (Garcilaso) a noventa y cinco (Sarmiento de Gamboa) sólo responden a la necesidad de llenar, con una docena de nombres, un periodo de cuatrocientos y novecientos años, según sus estimaciones, que cubre, no sólo el Nuevo Imperio, sino también el Antiguo, cuya existencia no desconocían aunque no quisieran reconocerlo o no pudieran hacerlo por falta de datos.

Cerremos nuestro paréntesis y volvamos a Manco Cápac. Apenas instalado en el Cuzco, el jarl organiza el territorio que la propaganda de los sacerdotes y algunas expediciones militares —conocemos dos de ellas, contra los señores locales Pinahua (Pinava) y Tocay, probablemente de origen vikingo, puesto que sus nombres vienen, respectivamente, de binda, atar, ligar y vá, dolor, peligro ("el que domina el peligro") y de thokka, juzgar ("el que juzga"), en norrés han sometido a su autoridad. La población está dispersa: la reagrupa en un centenar de aldeas construidas alrededor de los cuatro ejes que constituyen los Caminos Reales preexistentes. Al principio, sólo se trata de villorrios de veinticinco a cien casas. Pero pronto la prosperidad que reina en lo que no es aún sino un señorío cuya frontera, en su punto más alejado, se encuentra a una cincuentena de kilómetros de la capital, ¿trae a los indios de las regiones vecinas, y las aldeas llegan a tener cada una de trescientos a mil habitantes. Sabiamente, el Inca, el Descendiente por excelencia, como se llama a Manco y como se llamará a sus sucesores, no pasa de eso. Más bien que a conquistar nuevas tierras, se dedica a restablecer, en todos los campos, el orden y el bienestar. Hijo del Sol, su poder depende, por cierto, de la fuerza de las armas, pero también y sobre todo, del carácter divino de su persona. La religión, por tanto, es inseparable de la política, a la que sirve de soporte. De ahí que Manco ordene destruir sin contemplación los ídolos tribales y prohíba los sacrificios que se les ofrecían. Manda construir, en Cuzco, el templo del Sol, mientras los sacerdotes catequizan las aldeas. Pero es plenamente consciente de que los indígenas sólo conservarán su fe en él si sus condiciones de vida se transforman. Por ello fomenta la agricultura. Reparte entre los ayllu las tierras disponibles y manda juntar el ganado que vaga, sin amos, en la campiña. Se restauran los canales de riego. Se construyen depósitos destinados al almacenaje de las cosechas que deberán, a medida de las necesidades, distribuirse a las familias. Paralelamente, viejos artesanos se dedican a enseñar a los varones el arte de la construcción y las técnicas olvidadas de la metalurgia, la alfarería y la talabartería, mientras "la reina Mama Occlo" muestra a las mujeres cómo se hila y se teje.

Una vez restablecida la prosperidad material, resulta relativamente fácil imponer a los indios normas de vida. El Inca promulga algunas leyes simplísimas, que hace respetar con sumo rigor: El adulterio, el homicidio y el robo se castigan con la muerte. Todo varón debe

casarse, a los veinticinco años, en el seno del ayllu, y tener una sola mujer. Las distintas “naciones” indígenas se diferencian por signos exteriores, pero todas reciben el privilegio de imitar a los incas, en la medida de los servicios prestados. Los varones llevan, como ellos, el cabello en cepillo, pero más o menos largo, y se estiran, como ellos pero menos que ellos, las orejas, reemplazando el ringrim (de ring, aro en norrés), el anillo de oro o de piedra que insertan en su lóbulo, por piezas de maderas diversas. Más aún, en vísperas de su muerte, Manco Cápac ennoblece a los curacas que le han sido leales nombrándolos, a título hereditario, “incas por privilegio”. Algunos se extrañaron de que el primer soberano hubiera hecho tantas cosas en unos veinte años y que, sin experiencia, hubiera tomado de entrada las medidas necesarias para la organización de lo que sería más tarde el imperio de los incas pero aún no era —lo hemos dicho— sino un minúsculo señorío. Era olvidar —pero se ignoraba hasta ahora— que no hacía sino restablecer el orden anterior, cuya destrucción sólo databa de unos años atrás. Por otra parte, el mismo Garcilaso, deseoso de magnificar la obra del fundador de la dinastía, observa, sin embargo, que es imposible saber en qué medida la legislación incaica se debe a éste último o a sus sucesores.

La ley fundamental de lo que va a ser el Nuevo Imperio se remonta, como muchas otras, al Antiguo: es la ley de la sangre, la que separa de modo absoluto la “sangre del Sol” de la “sangre humana”, los blancos de los indios. Depositarios de la autoridad divina, los incas, por su raza, son los amos. Todos los cargos supremos, en todos los campos, les corresponden por derecho. Sólo ellos podrán ser, más tarde, Gran Sacerdote y obispos —es ésta la palabra que emplean los cronistas españoles—, virreyes, generales y maestros de campo (coroneles). De ahí un poco piadoso sistema de castas: Por un lado, los incas de sangre real, que supuestamente descienden todos de Manco Cápac y su hermana; por otro, los indios, cualquiera que sea su rango. Los incas por privilegio ocupan, desde el punto de vista honorífico y, en cierta medida, funcional, una posición intermedia, pero hay entre ellos y los blancos un abismo infranqueable. El mestizo, incluso el hijo de soberano, queda excluido de la aristocracia. La familia reinante toma, según se dice, para garantizar su pureza de sangre, una medida excepcional: el príncipe heredero se casa con la mayor de sus hermanas y, si ésta es estéril, con la segunda y así sucesivamente, pues sólo puede acceder al trono el hijo legítimo de un padre y una

madre de sangre real. Pero es éste el caso de todos los miembros de la minoría blanca, y las palabras “hermano” y “hermana” parecen haber tenido, en el Perú, un sentido mucho más amplio que el que les damos. Así es como el dios Viracocha, al aparecer al príncipe que más tarde tomará su nombre, le dice: “Yo soy el hijo del Sol y hermano del Inca Manco Cápac (...) por lo cual soy hermano de tu padre y de vosotros todos”. “Hermano” significa meramente, pues, “de la misma sangre” y tal vez el matrimonio incestuoso del soberano, aunque no sea inconcebible, puesto que la historia nos proporciona otros ejemplos, como el de los Ptolomeos en Egipto, haya nacido de una mala interpretación de algunos de los cronistas españoles. De cualquier modo, sólo pueden llegar al trono los hijos varones del emperador y de la coya (del norrés gydhja, sacerdotisa, que viene de godho, bueno).
Los que nacen de sus innumerables concubinas, las unas blancas y las otras hijas de curaca a quienes se busca así honrar muy especialmente, son desiguales. Todos son ilegítimos, pero los primeros forman parte de la casta dirigente, con todos los derechos que les corresponden, mientras que los segundos son simples humanos con honores correspondientes a su origen. Por ello los soberanos dan con gusto sus hijas mestizas, pero únicamente éstas, en matrimonio a curaca de mérito. Dicho con otras palabras, la sangre blanca puede ir a mejorar la raza de los indios, pero la sangre indígena no se introduce en ningún caso, so pena de la exclusión de la progenitura, en la minoría solar. La eficacia de esta segregación viene del hecho de que está fundada, no sólo en la desigualdad genética y cultural y en la jerarquía social, sino también en una diferencia de naturaleza de base religiosa: entre los Hijos del Sol y los seres humanos se alza una barrera que nadie tiene derecho a derribar.

Acerca de la pertenencia de los incas a la raza blanca, tenemos numerosos testimonios. El del conquistador Pedro Pizarra los resume todos: “Las gentes de ese reino del Perú eran (...) de un tono cobrizo, mientras que entre ellas los señores y las damas eran más blancos que los españoles. Vi en ese país a una mujer india y un niño que en nada diferían de los que son blancos y rubios. Ese pueblo dice de los últimos que son los hijos de los dioses del Cielo”. Garcilaso, que pudo observar, en 1560, las momias de tres reyes y dos reinas, reencontradas por el corregidor del Cuzco, Polo de Ondegardo, señala que los varones tenían el pelo blanco, lo que no sucede jamás entre los indios. Uno de ellos, Viracocha, que Guarnan Poma representa

como portador de corta barba y bigotes, tenía “la cabeza blanca como nieve”. Su mujer había sido llamada Mama Runtu, “Madre Huevo” porque era “blanca como un huevo”. Las pinturas de la iglesia de Santa Ana, de Cuzco, nos muestran a incas cuya tez aparece mucho más clara que la de sus súbditos. Los retratos de los doce soberanos con los cuales Herrera ilustró su crónica son de europeos y algunos, por esta única razón, pusieron en duda su autenticidad, mientras que constituyen la mejor prueba de ella. De ser obra del historiador o de cualquier otro español, su autor no habría podido tener, por cierto, la disparatada idea de dar sin motivo a indios la apariencia de blancos. Y de haber sido copiados de pinturas de la época incaica, el artista indígena evidentemente no hubiera podido representar a europeos sin haber visto nunca a hombres blancos.

¿Significa esto que tengamos la certeza de que los incas hayan sido nórdicos puros? Por cierto que no. Ya en el Antiguo Imperio había debido de producirse algún mestizaje, como siempre ocurre cuando dos razas, aun subordinadas la una a la otra, viven juntas en buena armonía. Pero, de haber sido así, la implantación del sistema de castas había limitado las consecuencias del fenómeno: los bastardos no pertenecían a la aristocracia. Nadie sabe, con todo, si la norma se respetó con rigor durante los años de anarquía que siguieron a la toma de Tiahuanacu, ni menos aún en el curso de una reconquista que, lo vamos a ver, duró doscientos años. Es altamente probable que Manco Cápac y sus sucesores, ante todo deseosos de reagrupar a la mayor cantidad posible de Descendientes y de asegurarse el apoyo de los jefes locales, no hayan sido muy estrictos en cuanto a la genealogía, por lo demás inverificable, de unos y otros, y tal vez hubiera sido mejor para ellos no examinar la suya propia con excesiva severidad, puesto que ignoramos el pasado de su linaje, que Guarnan Poma trata con desprecio. Encontramos en las crónicas ciertos indicios de tal relajamiento, y algunos de los incas que figuran en los dibujos del que acabamos de mencionar tienen manifiestamente rasgos indígenas. De no haberse producido ningún mestizaje, casi todos los incas, por lo demás, habrían sido rubios, como la mujer y el niño que llamaron la atención a Pedro Pizarro. Es cierto que, en la época de la Conquista, la mayor parte de los miembros de la aristocracia acababan, como veremos, de ser asesinados por orden del usurpador mestizo Atahualpa quien, por resentimiento, había debido de encarnizarse especialmente con los individuos de tipo nórdico.

De cualquier modo, los incas eran blancos, “más blancos que los españoles”. De haber la menor duda en cuanto a su procedencia, la “lengua particular” que hablaban entre sí, según Garcilaso, y que los indios tenían prohibido aprender, bastaría para eliminarla. El cronista menciona, con respecto a los títulos y algunos de los nombres de los personajes del imperio, que no tienen sentido alguno en la lengua general -el quichua- pero debían de tenerlo en la lengua de la aristocracia blanca. Ahora bien: todos esos términos —ya citamos algunos de ellos: inca, ayar, cápac, coya, palla, auqui, Manco— son norreses. Más aún: en 1871, el historiador argentino Vicente Fidel López publicó, en París, una obra sorprendente, Les Races aryennes du Pérou. En ella analizaba el quichua desde el punto de vista filológico y encontraba en ese idioma unas mil trescientas palabras de raíz sánscrita, no sin deducir de ello, demasiado rápidamente, que el pueblo que lo hablaba era de raza aria. Lo cual implica dos errores característicos de la época: A fines del siglo pasado, en efecto, se creía todavía que el sánscrito era la lengua madre de todos los idiomas indoeuropeos, mientras que sabemos hoy que sólo es uno de ellos, y se confundían a menudo lenguaje y raza. Los indios quichuas no son arios, sino mongoloides, y su lengua aglutinante no tiene, por lo demás, ninguna otra relación con las nuestras que las raíces reveladas por López, a veces sacadas un poco por los pelos, pero a menudo indiscutibles. Estas sólo pueden provenir, pues, de un estrecho contacto con un pueblo de habla indoeuropea y, al juzgar por su análisis, germánica. Limitémos- nos aquí a dar como pruebas algunos ejemplos: kolli, hogar, ceniza, del norrés kol, carbón; huasi, casa, del norrés hus, idem; chupe, sopa, del norrés suppe, idem; hatun, grande, del norrés yótun, gigante; marca, provincia, marca, del norrés marka, idem; y el grito de alegría, triunfo y homenaje, hailli, idéntico al ale¬mán Heil. Semejante infiltración no pudo producirse en la época de Tiahuanacu, puesto que la lengua india principal del Collasuyu era el aymara. Originario del Chinchasuyu, la provincia del Norte, el quichua, en la época del Nuevo Imperio, fue adoptado como lengua general y, con este carácter, impuesto como lengua del Estado. Por tanto, los incas hablaban un idioma germánico. Sabemos, por los títulos que llevaban, que se trataba de un dialecto norrés. La filiación lingüística entre los hombres de Tiahuanacu y ellos confirma los datos históricos que nos suministran la tradición y la iconografía.

Cuando Manco Cápac es “llamado por nuestro Padre el Sol”, según la fórmula consagrada, deja a su hijo una señoría en la cual el orden tradicional está restablecido, por lo menos en cuanto a lo esencial. El poder teocrático es sólido. Las comunidades agrícolas y militares -los ayllu- sirven de marco a toda la población, con sus curaca indígenas. La minoría blanca “de sangre real” ocupa todos los puestos de mando, en todos los campos. El heredero del trono, Sinchi Roca (sinchi es un adjetivo que significa “valiente” pero que, tomado como un sustantivo, toma el sentido de “general”. La palabra viene del norrés syna, indicar y, por extensión, mandar, que tiene como derivado syni, ejemplo. Roca es deformación del nombre escandinavo Hródgar, que ha dado Roger en francés y Rogelio en castellano), se encuentra así en condiciones de emprender la reconquista. En el curso de su primera campaña, penetra en el Collasuyu. Busca, evidentemente, reconquistar Tiahuanacu, pero no lo logra. Sólo avanza un centenar de kilómetros hacia el sur y fortifica la nueva frontera. Luego, al este, alcanza el río Callavaya. Es su hijo, Lloque Yupanqui (lloque significa “zurdo”, en quichua, y Yupanqui parece ser una contracción de yupa, justicia, y anac, excelente, sin que se pueda excluir que este nombre, que llevarán varios otros emperadores, derive del norrés banga, golpear, con el aumentativo su) quien, reiniciando con ocho o nueve mil hombres la marcha hacia el sur, se apodera, después de una tremenda batalla, de la ciudad de Ayavire y luego de Hatunkolla, capital del reino aymara. Desde allá, una segunda expedición le permite, sin mayor esfuerzo, llegar hasta la cadena oriental de la cordillera.

A Tiahuanacu la conquista el cuarto Inca, Mayta Cápac (.Mayta, que no tiene sentido en quichua, viene del norrés meidha, herir, perjudicar), cuyas tropas, salidas de las tierras ya pacificadas al oeste del Titicaca, cruzan el río Desaguadero, al sur del lago, en un puente de balsas. Se ocupa toda la región, después de sangrientas batallas. El ejército se lanza después hacia el oeste, donde alcanza la costa del Pacífico, y luego hacia el este donde llega a los valles que bajan a la selva oriental. Allá, Mayta Cápac no se enfrenta con pueblos civilizados, como en el Colla- suyu, sino con tribus salvajes. El juramento de fidelidad de sus jefes no es garantía suficiente. El Inca instala a quichuas en la región, continuando así la política de colonias militares de los atumuruna. Luego entra en el Contisuyu, al oeste de Cuzco. Su hijo, Cápac Yupanqui, completa su obra en ese sector y desciende hacia el sur, uniendo así el territorio costero con las provincias ya

pacificadas del Collasuyu. Al sur del Cuzco, sólo quedan fuera de control, con excepción del valle de los Charcas, los distritos del Este donde se replegaron los reyes de Hatunkolla, cuyos descendientes se baten entre sí. Estos, uno de los cuales lleva el título de Sapakhta y el otro, el nombre de su antepasado Kari, recurren al Inca. ¿Logra el emperador ponerlos de acuerdo, o apoya al uno contra el otro? Las crónicas se contradicen al respecto. Pero, de cualquier manera, Cápac Yupanqui impone su autoridad a ambos.

El sexto soberano, Inca Roca, ya efectuó, como príncipe heredero, una expedición en el Chinchasuyu, lo que le permitió controlar el curso del Apurimac, hasta la costa. Apenas en el poder, reinicia la campaña e invade el territorio de los chancas, indios de habla quichua, especialmente belicosos, a quienes reduce, según Garcilaso, sólo con buenas palabras y la exhibición de su fuerza, lo que no resulta muy convincente. Luego manda a su hijo, Yahuar Huacac (“el que vierte lágrimas de sangre”: varías leyendas contradictorias intentan explicar este nombre extraño) a conquistar el Antisuyu, al este del río Paucartampu, lí-mite oriental, desde Manco Cápac, de las tierras sometidas a Cuzco. El mismo, unos años más tarde, monta un ejército de treinta mil hombres, marcha sobre los valles de los Charcas, en los Andrés orientales, y los ocupa sin combate.

Esta reconquista lenta y progresiva que, por lo menos para nosotros, se está volviendo monótona, la interrumpen los acontecimientos que van sucediéndose durante el reinado de Yahuar Huacac. Muy poco belicoso, éste se limita, en el campo militar, a enviar a su hermano, Apu Mayta, a reducir algunos rincones todavía fuera de control. Le aflige un grave problema: su hijo mayor, cuyo nombre no se nos ha conservado, se muestra ingobernable hasta el punto de que no tiene otro remedio que exiliarlo en la montaña. Tres años más tarde, el príncipe, a pesar de que le está prohibido hacerlo, se presenta ante el emperador y le cuenta una sorprendente historia: un hombre, provisto de una larga barba y vestido de una túnica que le caía hasta los pies, se le había aparecido durante la siesta; era Viracocha, quien le encargó informar al Inca de la rebelión de los chancas. Todavía enojado con su hijo, Yahuar Huacac no lo quiere creer y lo echa. Se niega a escuchar a sus tíos y hermanos que ponen en duda que el príncipe haya podido mentir de tal modo y cometer así un horrible sacrilegio. Pero, tres meses después, la noticia llega al Cuzco: los

chancas marchan sobre la capital con cuarenta mil guerreros. El Inca huye hacia Collasuyu.

Avisado, el príncipe heredero, a quien se llamará en adelante Viracocha Inca, se precipita detrás de su padre y logra alcanzarlo. Le reprocha su cobardía y arenga a los fugitivos. Cuatro mil incas de sangre real se ponen a sus órdenes. Recorre inmediatamente el camino de Cuzco, deteniendo a los indios que abandonan la ciudad y llamando a los campesinos de la región. Cruza la capital y avanza por el camino real del Chinchasuyu por dónde viene el enemigo. Otros cuatro mil incas se le unen, mientras veinte mil guerreros del Contisuyo acuden en su auxilio. El combate dura un día entero. Cinco mil quichuas, mantenidos en reserva en los desfiladeros de montaña, son el factor decisivo de la victoria cuando atacan los chancas por su retaguardia. Treinta mil cadáveres, se cuenta, yacen en el campo de batalla. La leyenda no tardará en adueñarse de la hazaña: el dios Viracocha y sus hombres barbudos lucharon al lado de los incas. El príncipe persigue a los fugitivos, reocupa las tierras e instala en ellas sólidas guarniciones. Luego vuelve a Cuzco, a pie, como un soldado más, rodeado de sus guerreros. Su padre abdica en su favor. Algunos viejos incas contarán más tarde que Viracocha Inca no era hijo de Yahuar Huacac por la sangre, lo que explicaría por qué tenía rasgos mucho más europeos que los descendientes de Manco Cápac. ¿Provenía de un linaje más puro? No es éste sino un rumor nacido, tal vez meramente, de un tipo físico que las leyes de Mendel bastan para explicar si, como es probable, los incas tienen en sus venas algo de sangre india. Notemos, a este respecto, que la cifra de 8.000 incas de sangre real que participan en la batalla muestra a las claras que, contrariamente a la leyenda, todos los Hijos del Sol no descienden de los cuatro ayar y de sus “hermanas”. Pues, en unos ciento cincuenta años, esos ocho progenitores originarios no hubieran podido dar mucho más de doscientos cincuenta hombres y mujeres. Evidentemente, numerosos sobrevivientes vikingos del Antiguo Imperio se habían refugiado en Paccari Tampu y el Cuzco, sin hablar de los que se habían mantenido en las provincias, como lo había hecho Apu Tampu.

Es bajo Viracocha que el Tucma (Tucumán), es decir todo el Noroeste argentino, hasta Córdoba, al sur, se incorpora, voluntariamente según parece, a los dominios del Inca. Después de él, las conquistas siguen

todavía sucediéndose. Su hijo Titu Manco Cápac, que reina con el nombre de Yupanqui Pachacutec (Yupanqui, el Reformador del Mundo), después de un intento de usurpación de su medio hermano bastardo Ureo, favorito de su padre, ocupa el territorio de los chancas, en la costa, y luego avanza, hacia el norte, en el Chinchasuyu, pronto totalmente reducido. Se vuelca, por fin, contra el reino de Chimor cuyo soberano, descendiente de vikingo también él, acepta su autoridad después de duros combates. El buen Inca Yupanqui, décimo emperador del Cuzco, es más ambicioso. La Montaña está en su poder, pero la Llanura aún no ha sido recuperada. Monta una expedición para someterla: sabe muy bien a dónde va, nos dice Garcilaso, "por ciertas relaciones que sus pasados y él habían tenido, de que en aquellas anchas y largas regiones había muchas tierras, de ellas pobladas y de ellas inhabitables".

A orillas del Marañón —el alto Amazonas—, Yupanqui manda construir, en madera de la región, excepcionalmente liviana, balsas capaces de llevar de treinta a cincuenta hombres, más las provisiones colocadas en una plataforma ligeramente sobreelevada. La "flota", con diez mil hombres, desciende el río en demanda del Paytití. Sufre, a lo largo de todo su viaje, los ataques de indios feroces, los chunchu, y alcanza por fin el territorio que la tradición dice ser el de los musus. Ya no quedan sino mil hombres que, ante la imposibilidad de desandar camino, se afincan en la zona, en buenas relaciones con sus habitantes que les dan a sus hijas en matrimonio. Que no se trate realmente del "imperio" de los musus, situado mucho más al norte, esto es otro asunto que no nos interesa aquí. El hecho es que la ruta del Amazonas se ha revelado impracticable. Queda el Peaviru, el camino del Sur. Sólo se puede alcanzar, al oeste de los charcas ya sometidos, cruzando las montañas abruptas y los pantanos que habitan los chiriguanos, una tribu guaraní salvaje que cierra la entrada a las llanuras de Santa Cruz. Aquí también Yupanqui fracasa: los incas no alcanzarán nunca el Atlántico.

El emperador se vuelca entonces hacia Chile. Sus accesos no son fáciles. Por el Tucumán, hay que pasar collados de 4.000 m. y más de altura; por Atacama, un desierto de unos seiscientos kilómetros de largo, apenas interrumpido por el oasis de Copiapó, a medio camino. Por razones que se nos escapan, se elige el segundo itinerario. Veintiocho mil hombres, en tres oleadas, logran vencer el obstáculo,

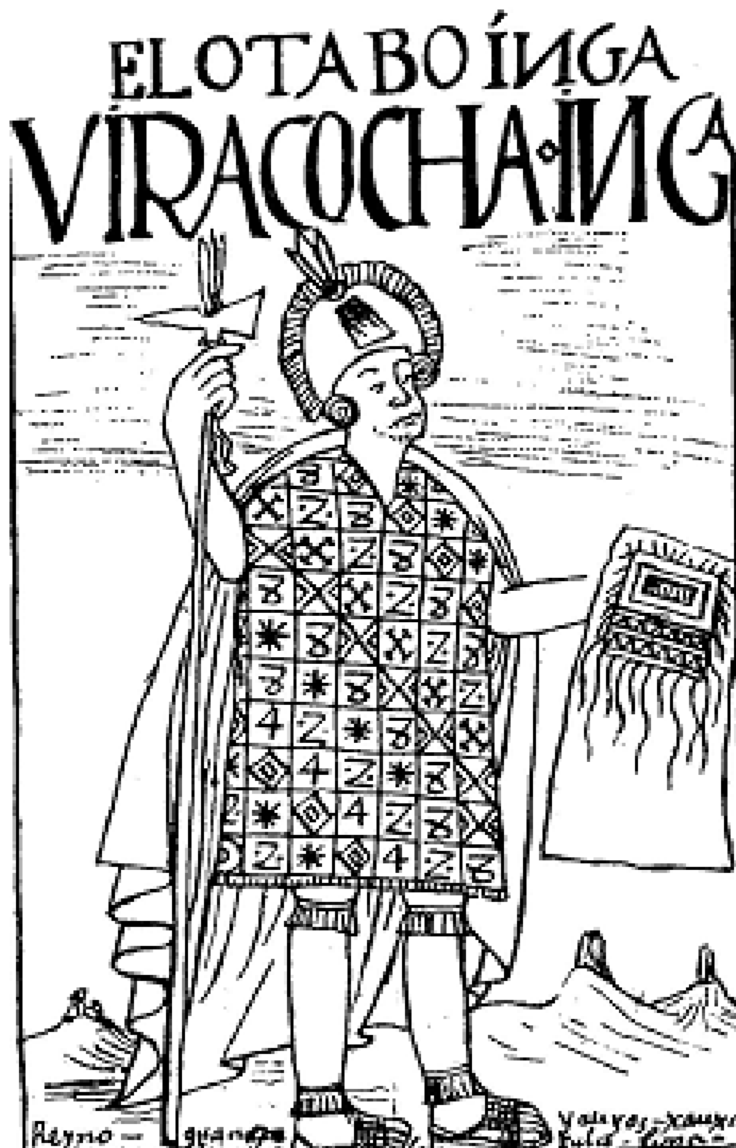
gracias a las llamas que transportan alimentos y agua y se comen a medida que se las descarga. De combate en combate, el ejército alcanza, al sur de la actual Valparaíso, el río Maulli (hoy Maulé), que se convierte en la frontera meridional del Nuevo Imperio. Ya era probablemente la del Antiguo, puesto que es a su altura que desemboca el camino real que cruza el Tucumán y, por la actual Mendoza, en la Argentina, franquea los Andes.

El undécimo soberano, Tupac Inca Yupanqui (Tupac significa “el Brillante”, en quichua) intenta retomar la ruta del Amazonas, sin más éxito que su padre. Aplasta sin mayor dificultad a los huacrachucu (“Tocados de cuernos”, en quichua) y entra en la provincia de los chachapoyas donde Takuilla, bajo el Antiguo Imperio, había edificado imponentes fortalezas que los habitantes de la región utilizan contra sus herederos. Reduce la provincia a duras penas y, prudentemente, no va más allá. Le parece, no sin razón, más fácil incorporar al imperio el reino de Quito, cuya dinastía es de origen vikingo, pero fuertemente mestizada. El príncipe heredero, Huayna Cápac (Huayna: mozo, en quichua) toma el mando de las tropas y, en tres años de campaña, somete el país. Más tarde, se enamorará de la hija de su último rey, la tomará por concubina y tendrá de ella un hijo que dará que hablar. Es con motivo de esas guerras en el Norte que Tupac Yupanqui emprende la gran expedición marítima que, “en la huella de Viracocha” —de eso hablaremos en el próximo capítulo- va a llevarlo a Polinesia. Manda construir cuatrocientas balsas y se hace a la mar con veinte mil hombres. Recala en las Galápagos y, luego, alcanza las islas Aguachumbi y Nina- chumbi, de donde trae de vuelta, además de objetos de oro y plata, a prisioneros de raza negra. Son las Gambier: en Mangareva, se recuerda a un jefe llamado Tupa, un hombre rojo que lle¬gó del este con una flota de balsas.

Bajo Huayca Cápac, el imperio está en su apogeo, más extenso en la Montaña, que el de Tiahuanacu, puesto que comprende, a defecto de la Kondanemarka, los dos reinos, entonces aliados, más independientes, de Chimor y Quito. El Emperador completa su territorio apoderándose de algunos valles marítimos del Norte, que nunca los scyri habían podido someter. Ocho años antes de su muerte, o sea en 1517, los chasqui, los corredores del servicio de Postas, le traen una noticia que le hace estremecer: un barco enorme, tripulado por “gentes extrañas y nunca vistas en aquella tierra”, ha bordeado las costas del

Ecuador; es el de Vasco Nuñez de Balboa. Huayna Cápac lo ignora, pero sí sabe a qué atenerse. Parece, en efecto, que los normandos que, desde 1250, iban a América para cargar rollizos de madera Brasil, retomaron contacto con el Altiplano, directamente esta vez, después de la fundación del Nuevo Imperio. Poseían un mapa, extraordinariamente exacto, de procedencia vikinga, del subcontinente, incluso el estrecho que llamamos de Magallanes. Sus navíos no eran, en los siglos XIV y XV, nada inferiores a los que utilizaron los españoles cuando el “Descubrimiento” y la Conquista. Lo que nos hace pensar que lo hicieron es la existencia, en una pieza de tejido y en un keru -un cubilete decorado con una especie de cloisonné—, de personajes indiscutiblemente europeos, uno de los cuales lleva puesto un sueste, sombrero ca¬racterístico de los marinos del Atlántico y, en otro keru, de armas incaicas inscritas en un escudo francés moderno, luego posterior al siglo XIII. Por los normandos, Huayna Cápac estaba al tanto de los acontecimientos de Europa. En el lecho de muerte, junta a sus hijos, sus demás parientes, sus capitanes y los curaca de la región, exclama: “Muchos años ha que, por revelación de nuestro Padre el Sol, tememos que, pasados doce reyes con sus hijos, vendrá gente nueva y no conocida en estas partes y ganará y sujetará a su imperio todos nuestros reinos y muchos otros; yo me sospecho que serán los que sabemos que han andado por la costa de nuestro mar; será gente valerosa que en todo os hará ventaja. Certificó que, pocos años después de que me haya ido de vosotros, vendrá aquella gente nueva, y cumplirá lo que nuestro Padre el Sol nos ha dicho y ganará nuestro imperio y serán señores de él. Yo os mando que les obedezcáis y sirváis como a hombres que en todo os llevarán ventaja; que sus leyes serán mejores que las nuestras y sus armas, poderosas e invencibles más que las nuestras”. Es probable que los españoles hayan adaptado estas palabras a sus intereses. Pero no queda menos claro por ello -su comportamiento ante los hombres de Pizarro lo prueba- que los incas y los indios estaban esperando el regreso de Viracocha y de los suyos. La historia del Nuevo Imperio está lejos de reducirse al relato que acabamos de hacer, tan condensado como fuera posible, de la reconquista del territorio del Antiguo. Comprende también y sobre todo la obra de restauración del orden social destruido en 1277.

El emperador Viracocha. Nótese la barbita. (Dibujo de Guarnan Poma de Ayala).





La fiesta del Sol en tiempos de los incas. Notar la representación del Dios-Sol, con barba y bigote. (Dibujo de Guarnan Poma de Ayala).

Al proclamarse hijo del Sol, Manco se coloca de entrada en la situación de Viracocha: no del konr que, a duras penas, emprende la colonización del país, sino del dios en el cual los indios lo han idealizado. No es su reencarnación, por cierto, pero —personaje divino— asume su representación. Los poderes que se le atribuyen son así tan indiscutibles como su legitimidad. El hijo del pequeño señor de Paccari Tampu, probablemente algo mestizo y, por eso mismo, excluido de la sucesión de los soberanos de Tiahuanacu de quienes desciende en el mejor de los casos, no hubiera sido jamás sino un usurpador. El hijo del Sol se remonta a los orígenes del linaje, tales como se han transfigurado en el curso de los siglos. Los sacerdotes que tramaron esta maniobra sabían trabajar.

Como representante de Dios, de cuya naturaleza participa, el Inca es soberano absoluto. Sus decisiones las dicta su padre el Sol y nadie puede oponérsele so pena de sacrilegio. Este principio teocrático tropieza, sin embargo, por un lado con las realidades concretas, por otro con las normas sociales heredadas de los vikingos. El imperio no es ni un convento ni un cuartel donde impera la uniformidad, sino un mosaico de pueblos tan distintos como sea posible, cada uno con sus creencias, sus costumbres, su modo de vida y sus autoridades. No se puede imponer una misma estructura, ni menos todavía una misma regla, a los pescadores chimúes de la costa, cuya alta cultura data de antes de los vikingos, a los pastores aymaras que apacientan sus rebaños de llamas en las soledades heladas de la Puna, a 4.000 m. y más de altura, a los agricultores quichuas de la montaña y a los cazadores salvajes de los valles orientales de los Andes. La unidad sólo tiene sentido sobre una diversidad que, una vez superados los antagonismos que dimanan de ella, se convierte en un factor de orden y de riqueza. Por ello el Inca respeta particularismos que, por lo demás, sería incapaz de suprimir. En todas partes, confirma los poderes de los curaca cuya autoridad, lejos de ser disminuida, es reforzada, al contrario, por el aval así recibido. Pero, en contrapartida, el jefe local jura fidelidad al soberano. Es esto, ya lo vimos en lo que concernía al Antiguo Imperio, una mera trasposición del feudalismo europeo. Una única excepción al sistema, pero de gran importancia: las colonias de mitmac, o mitimaes, las comunidades desplazadas de un punto a otro del territorio, sea porque sus integrantes no inspiran confianza y se los lleve a regiones seguras, sea, por el contrario, porque se trate de indios especialmente leales a quienes, encuadrados

por blancos, se instale en las provincias de frontera o en medio de poblaciones inquietantes.

Los soberanos del Cuzco se limitan, pues, a volver a las estructuras creadas por sus antepasados de Tiahuanacu. Pero con una diferencia: Viracocha no era sino el primus inter pares de los vikingos. Sin duda, a la larga, sus sucesores, como sus primos de Escandinavia, habían logrado reforzar su autoridad. Manco no necesita imponer la suya a los blancos que se agrupan en su derredor. Para ellos, que evidentemente son cómplices de la mixtificación, es el jefe, no por descender del Sol, sino por crear las condiciones de un renacer. A los indios, por supuesto, no se les pregunta su opinión, pues el Estado se organiza sobre la base de la ley de la sangre y no modifica en nada las estructuras naturales de la población. El principio rector del orden reencontrado es la garantía de las libertades indígenas por la autoridad absoluta de los Incas. El Estado blanco se agrega a las comunidades sin tocar a su esencia ni jamás depender de ellas. El emperador está rodeado de su parientes más cercanos, que ocupan los puestos principales del gobierno y el ejército. Cuatro virreyes incas lo representan en las provincias. Todos los altos funcionarios son blancos, y las autoridades indígenas les están sometidas. Los feudos están en manos de incas o de curaca, pero todos ellos subordinados a los representantes incas del poder central. Por un lado, pues, una organización consuetudinaria sin cambio; por otro, una superestructura política que constituye el monopolio de la casta dirigente.

El sistema feudal, sin embargo, no sólo ofrece ventajas. La autonomía local permite, en efecto, disimular muchas cosas y, en particular, muchas violaciones de la ley. Por ello los incas le superponen una organización complementaria, estrictamente centralizada. Los indios jefes de familia y en edad de trabajar -de veinticinco a cincuenta años están agrupados en decurias, a las órdenes de uno de ellos. Cinco decurias forman una media centuria; dos medias centurias, una centuria; cinco centurias, una compañía; dos compañías, una aldea; y diez aldeas, una tribu cuyo jefe sólo depende del gobernador provincial que, a su vez, sólo está subordinado a uno de los virreyes. Los jefes de aldea y de tribu casi siempre pertenecen a la aristocracia blanca. En este esquema, dos puntos llaman la atención. En primer lugar, la utilización del cálculo decimal, desconocido en cualquier otra parte de América, donde se cuenta por veinte, y reemplazado en la Europa

occidental, durante la Alta Edad Media, por el cálculo duodecimal. En segundo lugar, el orden piramidal que se agrega, como imposición del Estado colonial, a las estructuras comunitarias locales. Ahora bien: estas dos particularidades existían, ya lo vimos, en el siglo X, en el área nórdica, muy exactamente entre las islas de Frisia y la de Oeland, es decir en Dinamarca y en el sur de Suecia. Se trata de una herencia escandinava, pues, y sabemos que el Antiguo Imperio ya la había recogido.

En tiempos de paz, el papel del decurión es doble. Por un lado, cuida de las necesidades de sus hombres y sus familias e interviene en nombre del grupo ante las autoridades encargadas de satisfacerlas. Por otro, denuncia los delitos eventualmente cometidos por sus subordinados, según su gravedad, a uno u otro de sus superiores jerárquicos, que desempeñan las funciones de juez. En los cinco días, el que entiende en la causa pronuncia el sobreseimiento o aplica la pena correspondiente, sin que le esté permitido interpretar la ley. No hay cortes de apelación, pero los jueces ordinarios mandan cada mes, por equipo, a su superior inmediato, un informe sobre sus sentencias, el cual se examina cuidadosamente, de nivel en nivel, antes de presentarse al virrey quien, según el caso, lo transmite al Consejo Supremo del Inca que desempeña así, en última instancia, el papel de una corte de casación. Para los conflictos entre provincias, un juez de sangre real se desplaza, oye las partes y pronuncia la sentencia, salvo que considere la causa lo bastante grave como para que se deba someter al emperador en persona. Las leyes son sencillas y poco numerosas. Fuera del campo penal, casi no conciernen sino al estatuto de la familia y las normas de la actividad económica. Para todo lo demás, se aplica el derecho consuetudinario local. En tiempos de guerra, los decuriones y sus superiores, hasta el grado de jefe de compañía, se convierten en suboficiales y sus hombres se movilizan bajo el mando de su señor o de su curaca, pero los distintos contingentes se ponen a las órdenes de coroneles y generales, todos de sangre real. Parece que en el Cuzco y otros puntos estratégicos están de guarnición unidades de élite, exclusivamente compuestas de blancos.

Esta doble jerarquía se reencuentra en el campo religioso. En materia de creencias, los Incas muestran una tolerancia extrema y el rigor de Manco Cápac derribando los ídolos de su señoría, que era

indispensable para imponer el culto del Sol, no se perpetúa. Se prohíben, allá donde tenían lugar, los sacrificios humanos. Pero, en el Panteón de Cuzco, setenta y ocho ídolos representan la fe multiforme de los pueblos incorporados al imperio. Uno de esos dioses locales goza, inclusive, de una situación privilegiada y el emperador mismo no desdeña celebrar a veces sacrificios rituales en su gran templo de la costa. Es Pachacámac, el dios del Fuego de los Chimúes, el "Animador de la Tierra", el Creador inmanente cuya obra está personificada hasta hoy, entre los kollas de Bolivia, por Pachamama, la Madre Tierra. Pachacámac es el espíritu ordenador por el cual el caos toma forma y perdura. Pues pacha es a la vez la tierra y el tiempo. Encima de él al principio, confundido con él más tarde, está situado Viracocha. Dios invisible y todopoderoso, éste no necesita de nada ni de nadie. Por ello no se le rinde culto alguno ni se le dedican templos. Es el creador del Sol, su expresión material. Pero también es su hijo, encarnado para traer a los hombres Revelación y Redención. En este sentido es vulnerable y las fuerzas de la naturaleza lo abatieron. Viracocha hace pensar irresistiblemente en el Dios de los cristianos, Creador y Redentor, Padre e Hijo de sí mismo, inmaterial y encarnado, todopoderoso y crucificado por los Hijos del Diablo. La predicación del P. Gnupa, por lo demás, ha dejado muchas más huellas: la comunión bajo las dos especies cuando la fiesta del Intip Raymi, en el solsticio de invierno austral, y bajo la especie del pan, cuando la del Uma Raymi, en el equinoccio de primavera, en septiembre; la confesión auricular; y hasta el bautismo, aunque no tengamos otra referencia al respecto que la del futuro emperador Inca Roca, a quien su padre, Cápac Yupanqui, impone el sacramento con agua del Titicaca, santificada por "Thunupa". Notemos que la celebración —el día de Intip Raymi— del nacimiento del Fuego Nuevo no tenía sentido alguno en el primer día del invierno austral. La iglesia católica sudamericana comete, hoy día, el mismo error durante la misa pascual de medianoche. Pues celebrar la Resurrección del Dios-Hombre como la del Dios-Sol se explica en la primavera, cuando la naturaleza se despierta e inaugura un nuevo ciclo vital, o a principios del verano, pero no en el otoño ni a principios del invierno, cuando la noche va desplazando al día y la tierra se adormece. Lo cual demuestra que, en el caso del Intip Raymi como en el de Pascua, se trata de celebraciones importadas de Europa.

El culto del Sol, propio de los incas —los indios no tienen derecho a entrar en los templos que le están consagrados, un paganismo

panteísta a la manera escandinava pero influenciado por el cristianismo, se impone lentamente a los residuos “salvajes” de la idolatría indígena, para el mayor provecho de los emperadores que finalmente —como en Roma— son divinizados en vida. Independientemente de un primer momento, el clero, muy rápidamente, es incorporado al Estado, es decir, sometido al soberano. En esto como en todo, los incas ponen orden. La iglesia adquiere estructuras fuertemente jerarquizadas. Está dirigida por un gran sacerdote, el Villac Urna, primitivamente elegido por una asamblea sacerdotal, pero pronto nombrado por el monarca. Tiene a sus órdenes a diez obispos que residen en las ciudades más importantes del Imperio. Estos, a su vez, tienen autoridad sobre los sacerdotes, que pertenecen a dos categorías principales: los del Sol, todos incas como los prelados mismos, y los de los dioses locales, que son indígenas. Todos practican la adivinación por las entrañas de la llama, en la cual, verosímilmente, los primeros no creen más que los arúspices de Roma, que predecían el porvenir por las del gallo y, una vez al año, el emperador cura todas las enfermedades, como el rey de Francia, el día de su coronación, las escrófulas. Esta estructura eclesiástica la completan los conventos de mujeres, en los cuales están recluidas las Vírgenes del Sol. encargadas de conservar el fuego sagrado prendido en el Intip Raymi, preparar el pan de la comunión y tejer los hábitos del Inca, cada uno de ellos dirigido por una abadesa. Aquí, la influencia del cristianismo es muy clara, pues nada era más extraño a los vikingos que la virginidad organizada. En el Perú, además, la aristocracia blanca tiene sumo interés en aumentar el número de sus descendientes. Ahora bien, en Cuz-co, todas las religiosas, esposas místicas del Sol, son hijas legítimas de incas, luego de raza pura. En las provincias, por el contrario, se admite a bastardas e hijas de curaca, y hasta, con tal de que sean hermosas, a plebeyas; no están consagradas al Sol, sino al soberano que se hace traer a algunas de ellas cuando recorre su imperio, dándolas a veces como mujeres a jefes indígenas a quienes quiere honrar. Es éste, también, un medio de gobierno.

La ley de la sangre constituye igualmente la base del orden económico. Los incas, en efecto, están exentos de todo trabajo manual: todos están al servicio del Estado y, ya lo hemos visto, se les reserva las altas funciones políticas, militares y religiosas. Los únicos productores son los indios. Estos, por tanto, están atados a la gleba. En cada

región, la tierra es dividida en tres partes de proporciones, probablemente variables, que desconocemos. Una se atribuye al Sol, es decir a la Iglesia; otra, al Inca, o sea al Estado; la tercera, al ayllu que la reparte, cada año, entre las familias, proporcionalmente al número de sus miembros. Los campesinos labran, en primer lugar, las tierras del Sol y, luego, las que corresponden a los ancianos, las viudas, los enfermos y los soldados en campaña. Después, se ocupan de las que les tocan, pero la ayuda mutua es ley y, de hecho, labranza, siembra y cosecha se hacen en común. Por fin, cultivan las del Inca. La familia dispone libremente del producto de su lote y los mercados permiten cierto trueque. Las cosechas efectuadas en las tierras del Sol y del Inca sirven, en parte, para asegurar la subsistencia del clero, la corte y los funcionarios. Pero lo esencial de ellas se almacena en depósitos que se encuentran en todas las aldeas y todos los tampu, destinados a cubrir las necesidades imprevistas de la población, pues a ningún habitante del imperio le puede faltar lo imprescindible, y las de los extranjeros y viajeros, albergados gratuitamente en los corpahuasi. Con sus partes, la Iglesia y el Estado mantienen, además, sus innumerables sirvientes y los artesanos encargados de la construcción de los templos y palacios, de las obras públicas y del trabajo de los metales. Las mujeres indígenas hilan y tejen, durante todo el año, la lana y el algodón que les suministran sus ayllu respectivos. Pero también reciben materia prima que proviene de los rebaños del Sol y del In-ca, para transformarla en artículos de vestir, trabajo al que sólo dedican dos meses por año.

Dos meses, igualmente, consagran los artesanos de aldea a la fabricación de objetos de metal o alfarería destinados a la Iglesia o al Estado, y los jóvenes a quienes les toca, al trabajo de las minas. El cobre sirve para la producción de objetos de uso corriente y de armas. El oro y la plata no tienen ningún valor mercantil, por la sencilla razón de que no existe, en el imperio, ni el menor comercio. Estos metales preciosos, a los cuales conviene agregar el platino, entonces desconocido en Europa, sólo sirven para la decoración de templos y palacios, como también, según normas jerárquicas estrictamente codificadas, para el adorno personal. El “Servicio de Trabajo” de las mujeres, los artesanos locales y los mineros no implica, por tanto, explotación económica alguna: es un impuesto pagado en mano de obra por los ayllu y compensado por las distribuciones de víveres, ropa y objetos de uso corriente, que hacen la Iglesia y el Estado a los

trabajadores y los necesitados. Con razón, pues, se ha podido hablar de socialismo, con tal de dar a esta palabra su sentido propio, que excluye todo estatismo, es decir, todo acaparamiento capitalista por la minoría dirigente. Los impuestos, en efecto, sólo sirven para el mantenimiento de los funcionarios y la prestación de los servicios públicos. Ahora bien: éstos, aun independientemente del culto y de la guerra, son considerables. La asistencia social es el más importante. Las obras públicas, incluidos los canales de riego, vienen en segundo lugar. La enseñanza absorbe una parte apreciable del presupuesto.

Todos los hijos de incas y de curaca van a la escuela: en un primer momento, solamente en la capital, a partir de Inca Roca, y luego en todas las provincias, por orden de Pachacutec. A los alumnos se les enseña el catecismo, la astronomía, las ciencias naturales, la lectura de los quipos y, por supuesto, la moral y el arte de la guerra. Los maestros son amanta, miembros del cuerpo de "filósofos y sabios" que mantiene el Estado. Tenemos muy poca información respecto a sus conocimientos, por la sencilla razón de que los españoles eran incapaces de exponerlos, por falta de un cultura suficiente. La medicina incaica, por ejemplo, era muy superior a la que se practicaba, en Europa, durante la Edad Media, y lo sabemos porque se encontraron en esqueletos, rastros de trepanaciones efectuadas con éxito, sin hablar de los instrumentos quirúrgicos de bronce que han llegado hasta nosotros. Algunas poesías se han salvado, así como un drama, que demuestran un nivel literario válido. Los pocos observatorios solares que los frailes españoles no hicieron destruir constituyen la prueba de una constante investigación en el campo de la astronomía. Los amauta saben calcular solsticios y equinoccios. Desde hace tiempo, el año solar de 365 días y 6 horas, dividido en doce meses de treinta días, más los epagómenos y, cada cuatro años, un día correspondiente al agregado bisiesto, sustituye el año lunar de 348 días, dividido en 12 meses de veintinueve días. No hay duda de que este cambio se debió a los vikingos, pues el zodíaco incaico, inseparable del año solar, no sólo es casi igual que el que se empleaba en la Edad Media europea —de sus diez signos conocidos, siete son idénticos, uno es equivalente y dos tienen el mismo significado, aunque un símbolo distinto—, sino que también corresponde al cielo boreal, como ya lo hemos mencionado al hablar de la fiesta del Fuego Nuevo.

En el equinoccio de septiembre que, en el hemisferio austral marca el inicio de la primavera, se celebra en el Perú, conjuntamente con el Urna Raymi, la fiesta del Huaraca, semejante a la ceremonia en cuyo transcurso los jovenes romanos recibían la toga viril. Una vez terminados sus estudios, los adolescentes, incluso el príncipe heredero, pasan exámenes de ciencias, gramática, gimnasia y táctica. Los que pertenecen a familias de sangre real se someten, además, a pruebas que van desde tres días de ayuno a un combate con armas sin afilar, en el curso de las cuales deben demostrar valentía, dominio de sí y resistencia. Luego, el Inca en persona los arma caballeros —es ésta la expresión que emplea Garcilaso—, con un ceremonial que recuerda, en sus más mínimos detalles, el de la investidura medieval. Es éste, evidentemente, un hábito debido al P. Gnupa y, por tanto, heredado del Antiguo Imperio.

¿Es posible que una cultura de tan alto nivel se transmita únicamente por vía oral? Esto es difícil de creer, especialmente en cuanto a los conocimientos astronómicos que exigen cálculos complicados. Se puede legítimamente dudar, por otra parte, de que mensajes verbales un tanto complejos puedan, de generación en generación, transmitirse a lo largo de miles de kilómetros sin la menor deformación. Sin embargo, se creyó durante mucho tiempo que el Nuevo Imperio había permanecido fiel, hasta el final, a la prohibición de la escritura pronunciada en Paccari Tampu. Pero no hay nada de eso: Por un lado, los misioneros de la época de la Conquista emplearán, para enseñar a los indios catecismo y plegarias, un sistema ideográfico preexistente, merced al cual redactarán los quellca rezapaliche —"textos religiosos sobre pergamino"— cuyo uso aún no ha desaparecido del todo. Por otro, los dibujos de Guarnan Poma de Ayala nos muestran, sobre la túnica de los soberanos y sobre su cinturón, signos alfabetiformes, algunos de los cuales recuerdan runas, otros caracteres latinos y otros más, cifras de las llamadas arábigas. ¿Mera reminiscencia decorativa de los sistemas introducidos, en la época del Antiguo Imperio, por los vikingos y por el P. Gnupa respectivamente? Esto fue lo que creímos en un primer momento. Equivocadamente. Las recientes investigaciones de William Burns Glynn han demostrado fehacientemente que se trataba de una verdadera escritura alfabética y, más aún, que ésta se podía transmitir por los quipu, mediante una equivalencia numérica de las letras. Así se podía registrar, por tanto, no sólo datos estadísticos, sino también conceptos y hechos históricos.

A" pesar de su propósito manifiesto de magnificar y embellecer todo lo que se relaciona con sus antepasados maternos, hay un punto en que el autor de los Comentarios Reales tiene que reconocer su inferioridad: el de la técnica. Se asombra de la pobreza de los instrumentos de que disponen los artesanos: ni yunque, ni martillo, ni limas, ni buriles, ni sierras, ni cepillos. Los fundidores trabajan sin fuelle; los carpinteros, sin clavos; los picapedreros sin cincel. Se conoce el hierro, bajo los incas, pero no se usa: herramientas, instrumentos de cirugía y armas metálicas son de bronce. Sin embargo, las obras de orfebrería que nos quedan de ese período son incomparables, como las piezas de tejido de doble faz cuyos motivos son de una extraordinaria finura aunque, en este último caso, se trate de un arte en decadencia, puesto que se pierde poco después de la llegada de los españoles. En todos los campos, los incas se limitan a retomar o a copiar, a menudo en un nivel técnico inferior, la obra de sus antepasados. La red de los Caminos Reales ya existe; la reparan y alargan. Enderezan las terrazas vencidas. Reabren los canales de riego abandonados o tapados. Pero, cuando quieren construir templos y palacios, se muestran incapaces de igualar a sus maestros, cuyas obras, sin embargo, tienen a la vista. A menudo levantados en cimientos que datan del tiempo de Tiahuanacu, sus edificios, por lo general, son de adobe o, en el mejor de los casos, están hechos de pequeños bloques apenas más grandes que adoquines. Una vez más, la palabra final pertenece a Garcilaso: los hombres del Nuevo Imperio son “de sí poco inventivos”. Se muestran, por el contrario, “grandes imitadores”. No por ello su reconstrucción deja de ser magnífica. De repente, todo se desmorona.

A Huayna Cápac sucede su hijo legítimo Inti Cusi Huallpa, apodado Huascar -“cadena”- como recuerdo de una gruesa cadena de oro de doscientos metros de largo -hacían falta doscientos hombres para levantarla— fabricada en ocasión de su nacimiento. Pero su medio hermano mestizo, Atahuallpa, nieto, por su madre, del último scyri, recibió de su padre, como dote, el reino de Quito. No tarda en invadir el imperio, ataca al Inca, lo vence y lo toma prisionero. Luego, proclama que va a restituir al trono al soberano legítimo en el curso de una ceremonia solemne e invita a todos los incas de sangre real a asistir a los festejos. Una vez reunidos éstos en Cuzco, los manda degollar a todos, varones, mujeres y niños. Muy pocos logran escapar de la

matanza. Ya nadie puede reivindicar el trono usurpado por el mestizo que la ley de la sangre mantiene apartado de él. Atahuallpa, con todo, no se atreve a mandar ejecutar al Inca: teme una sublevación popular. Se limita, por el momento, a meterlo en la cárcel.

Si los ciento veintiocho hombres de Pizarra sólo encuentran, en el Perú, una resistencia ínfima, no es únicamente por el parentesco que se les atribuye con los atumaruna, ni por sus caballos y sus cañones, sino también y sobre todo porque se enfrentan a Atahuallpa. Mucho se ha reprochado al conquistador su crueldad para con su adversario y, en primer lugar, el procedimiento a que recurrió para apoderarse de él. El ex porquero no era muy blando que digamos, y verosímilmente habría procedido de la misma manera de haberse topado con Huascar. Pero el pueblo de Perú vio en él al Hijo del Sol que venía a vengar y restablecer en sus derechos al soberano legítimo. Se equivocaba, por cierto. Antes de morir, Atahuallpa había tenido tiempo de ordenar el asesinato de su medio hermano. Los españoles, por lo demás, no pensaban sino en violación y saqueo. Destruyeron, en pocos años, una de las más grandes civilizaciones de la historia del mundo. De grado o por fuerza, las palla y las ñusta -las jóvenes de la aristocracia blanca-que habían escapado de la matanza y no habían logrado huir, se convirtieron en concubinas de sus jefes. Sin mujeres de su raza, los pocos hijos de inca sobrevivientes tuvieron que casarse con indias. De la sangre de los vikingos, pronto no quedó en el Perú, en ciertos descendientes de conquistadores o en algunos indígenas, más que algunas pieles blancas, cabellos castaños y ojos azules, intempestivos.
Tal vez sea en vano preguntarse lo que habría sido del Nuevo Imperio sin la Conquista. No se corre gran riesgo, sin embargo, presumiendo que, privado de su casta dirigente, habría vuelto rápidamente a la anarquía. No es esto una excusa, por cierto, pero todo parece indicar que los españoles no hicieron más que destruir lo que ya estaba condenado.

VI
LOS SOBREVIVIENTES

Volvamos atrás: al momento en que el joven Manco logra huir de Tiahuanacu. Muchos vikingos, prisioneros por los hombres de Kari, son degollados sin piedad. Pero otros muchos escapan de la matanza. Algunos de éstos últimos, ya lo vimos, buscan refugio en Paccari Tampu. Otros, que la tradición unifica bajo el nombre de Viracocha —todo blanco, para los indios del Nuevo Imperio como todavía para los de hoy, es un viracocha— se reagrupan en la costa, reúnen a los fugitivos y arrastran a los aislados. Toman el Camino Real que bordea el Pacífico y cruzan provincias cuyos habitantes, de otra raza que los del Altiplano, no se muestran hostiles. Alcanzan así, después de un viaje de varios meses, la actual región de Manta, en el Ecuador, allá donde habían desembarcado sus antepasados en el año 1000. En Puer¬to Viejo, construyen o mandan construir una flotilla de balsas y se hacen a la mar hacia las islas de Polinesia, cuya existencia deben de conocer como la conocerá, más tarde, Tupac Yupanqui.

Dejemos a un lado este problema que sale del marco de nuestro estudio. Recordemos simplemente que los descubridores europeos tuvieron la suerte de encontrar, en las islas orientales de Oceanía, a dos razas yuxtapuestas: una de pequeña talla, braquicéfala, de tez oscura y de rasgos manifiestamente mongo- loides; la otra de alta estatura, dolicocéfala, de piel blanca y de aspecto europeo, algunos de cuyos miembros eran rubios o pelirrojos y tenían ojos azules. A éstos los indígenas los llamaban arii o ariki (del norrés harja, pueblo, nación, en el sentido etnocultural de esta última palabra). En la isla de Pascua, tenían orejas largas, deformadas, según numerosos testimonios iconográficos, al modo de los tiahuanacotas. Todos adoraban a un dios llamado Tiki o Titi, del que nos han dejado múltiples representaciones. Thor Heyerdahl probó que estos blancos venían de Sudamérica y se dio cuenta de que se trataba de hombres del Titicaca, sobrevivientes de la batalla de la isla del Sol. Pero no supo establecer el origen étnico de los fugitivos y hasta excluyó, explícitamente, en unas líneas, la posibilidad de que hubieran sido vikingos. Se fundó, para hacerlo, en una cronología equivocada que creyó poder calcular sobre la base de datos genealógicos de la isla de Pascua y que le hizo situar en el año 500 la llegada de los “orejas largas”. Lo más probable es que haya entendido mal a los indígenas. Pues Francis Maziére, cuya mujer,

tahitiana, habla el polinesio, llegó, por el contrario, por las mismas tradiciones insulares, a la fecha real, pero sin sacar de ella, con todo, la conclusión que se imponía.

El grupo de tiahuanacotas que abandona Sudamérica no comprende únicamente a varones, puesto que la raza, en las islas, se conserva sin mezcla, por lo menos durante cierto número de generaciones. Pero numerosas mujeres, cuyos maridos, padres o hermanos fueron matados o se encuentran fuera de sus hogares, están desprotegidas. Algunas, verosímilmente, se convierten en botín de guerra para los vencedores. Otras, sin embargo, logran huir. Se reagrupan y se repliegan, en armas, sobre Chungara, en el norte de! Collasuyu, en la provincia de los canas que limita, al este, la cadena oriental de los Andes. Deben de ser numerosas, puesto que Cieza de León habla de varias aldeas fortificadas donde "vivían sin sus maridos, casi al modo de las amazonas". Kari las persigue hasta sus refugios. Le oponen una resistencia heroica pero, finalmente, caen prisioneras o son asesinadas. Este último punto no es tan seguro. Lo que sí es cierto, puesto que "su nombre está borrado", como agrega Cieza de León, y no quedará de ellas, en la región, ningún otro rastro que las fortificaciones que son su obra, es que desaparecen de la Montaña. Pero, salvo que se trate de otro grupo del mismo origen, se las reencuentra en la Llanura.

A unos 300 km. al norte de Cuzco, en la sierra del Urubamba, tienen sus cabeceras dos afluentes del Amazonas: el Purús y el Juruá. Estos dos ríos deslindan una enorme extensión de selva, todavía hoy casi inexplorada: la "Tierra de las Amazonas", según las tradiciones recogidas por los españoles y por La Condamine que, en el siglo XVIII, fue el primer sabio que penetrara en la región. Este nos relata que, según los indígenas de la zona, las cougnan taime quima, grafía francesa del vocablo guaraní que, en el Brasil, se escribe hoy día cunhantensequima, las "mujeres sin marido" remontaron el río Cay amé, que vierte en el Amazonas entre Tefé y Coarí, y alcanzaron la desembocadura del Cuchivara, el actual Purús. Allá, cruzaron el Gran Río y se dirigieron hacia el Río Negro, que se une con el Amazonas en Manaos. Posiblemente el Purús, que es navegable en las tres cuartas partes de su curso, constituyera una vía de comunicaciones importante para los vikingos. Lo que nos lleva a suponerlo es que aún hoy encontramos en la región tribus guaraníes. Las mujeres escapadas de

Tiahuanacu saben, pues, que hallarán allí una zona de refugio segura, donde estarán al amparo de toda persecución. Pero la selva ecuatorial, con su clima cálido y húmedo, no constituye, para blancos, un hábitat muy confortable. Por ello las “amazonas” prosiguen su viaje. Al nordeste del punto en que cruzan el Río Negro se alzan, en efecto, los montes de Tumuc-Humac que separan la bahía del Amazonas de las Guayanas actuales. Allá se instalan, al oeste de los grandes raudales del Oyapoc, al oeste de la fuente del Iripó o Arijo que vierte en el río-mar un poco al sur del río Araguary, en el alto Nhamundá, y cerca de la cabecera del Cachivero, afluente del Orinoco. El eje de su territorio es el Nhamundá que desemboca en el Amazonas, un poco más arriba de la isla de los Tupinambá, hoy Santa Rita.

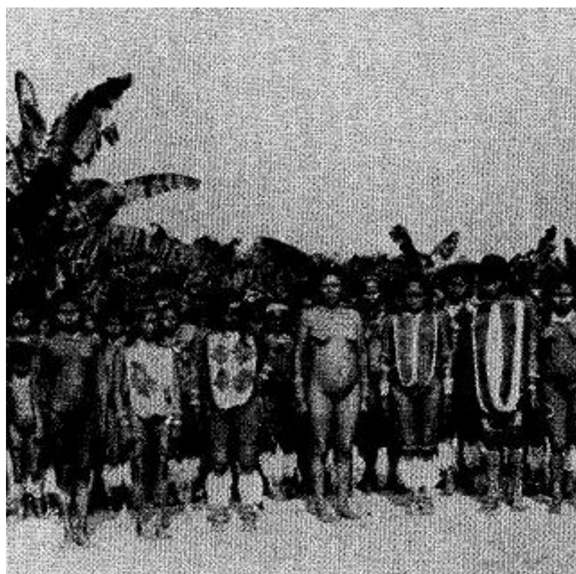
Las informaciones que recogen los españoles, en los siglos XVI y XVII, sobre las mujeres sin marido, son innumerables y coincidentes. Todos los indios de la selva, desde el Paraguay al Orinoco, han oído hablar de ellas. En la región del Amazonas, algunas tribus les están sometidas y otras mantienen con ellas contactos permanentes o esporádicos. Sin embargo, los conquistadores sólo encontraron una vez a algunas. En 1542, Francisco de Ore llana desciende el río, hasta entonces desconocido. En la isla de los Tupinambá, donde está acampado, le atacan indios a quienes mandan diez o doce mujeres muy blancas y de alta estatura, peinadas con trenzas y rodete. Poseen una poderosa musculatura y van “desnudas en cuero”, como dice el P. Gaspar de Carvajal, capellán de la expedición. Llevan arco y flechas y “pelean como diez indios”. Después del combate, los españoles interrogan a los prisioneros que han tomado. Todo lo que éstos cuentan acerca de las amazonas lo confirma la encuesta efectuada, en el siglo siguiente, por orden de la Real Audiencia de Quito. Muchos otros testimonios vienen a agregarse a este material, especialmente los que recoge el P. Cristóbal de Acuña, encargado por el virrey del Perú de reacompañar a Gran Pará (hoy, Belém) al capitán-mayor portugués Pedro de Teixeira, que había remontado el río con cuarenta y siete bergantines.

Las mujeres sin marido, dicen los indios, viven en pueblos de casas de piedra, provistas de puertas, unidos entre ellos por caminos rodeados de murillos, con, de trecho en trecho, puestos de guardia. En la “capital”, hay cinco grandes templos y casas dedicadas al Sol, las caranain —el vocablo significa, en realidad, “casa de los parientes de

los señores”, en guaraní-, cubiertas, desde el suelo hasta media altura, de pesados paneles pintados y adornados con numerosos ídolos femeninos y objetos de oro y plata destinados al culto del Sol. El servicio de mesa de las “damas principales y bien educadas” es únicamente de oro y plata, mientras que las otras mujeres utilizan vasija de madera, salvo la que va al fuego, que es de barro. Todas están vestidas, cuando se visten, con lana finísima, pues poseen numerosas llamas, alpacas y vicuñas. Llevan puestos especies de pareos que las cubren a partir de los senos y capas, atadas por delante con cordones. Pero, en la vida corriente y en el combate, van enteramente desnudas. Ningún varón vive en sus pueblos. Con todo, una vez por año, reciben, durante quince días, a visitantes machos. Conservan y crían según sus costumbres, a las niñas que nacen de los apareamientos que de ello resultan, pero devuelven los niños a sus padres, cuando alcanzan la edad de ocho a diez años. Algunos pretenden que los matan al nacer.

Sin duda alguna, muchos detalles sobre el modo de vida de esas mujeres fueron alterados por los indios que las temen, por ejemplo el que acabamos de mencionar en último término con respecto a la suerte de los niños de sexo masculino. O también porque el recuerdo de Tiahuanacu —casas de piedra, vasijas de oro, etc.— se mezcla con la realidad del momento. Pero La Condamine acierta cuando escribe: “Todos los indios de la América meridional, o la mayor parte de ellos, son mentirosos, crédulos, apasionados por lo maravilloso. Pero ninguno de estos pueblos ha oído jamás hablar de las Amazonas de Diodoro de Sicilia y de Justín. Sin embargo, la cuestión de las amazonas ya existía entre esos indios del centro de América antes de la llegada de los españoles, y también se las menciona entre pueblos que nunca habían visto a europeos (...). ¿Puede creerse que esos salvajes de regiones alejadas se hayan puesto de acuerdo para imaginar, sin fundamento, el mismo hecho, y que tal fábula haya sido adoptada de modo tan uniforme, en Maynas, en Pará, en Cayena y en Venezuela, por tantos pueblos que no se entienden ni tienen entre ellos la menor comunicación?”. Los españoles; por su lado, idealizaron a veces sus relatos, como cuando hablan de la ablación del seno derecho, que jamás indio alguno había mencionado.





Arriba, el profesor de Mahieu en el Chaco para-guayo, con un oficial de policía e indios maká. Abajo, las hijas de las últimas amazonas, ya completamente indias, con su “maes¬tra de novicias”, elegida, para conservar la tradición, en una tribu de cajabí blancos del Amazonas (foto Silvino Barros Prado)

El profesor de Mahlen con una india maká, en el Chaco paraguayo.



Pero el P. de Carvajal, testigo ocular y simple portavoz de sus cincuenta y siete compañeros de aventura, es plenamente fidedigno. Sin embargo, ningún europeo, más tarde, hasta 1954, volvió a ver a amazonas. Estas, evidentemente, poco deseosas de afrontar de nuevo

las armas de fuego de los intrusos, evitaron en lo posible navegar en el Gran Río y se replegaron a sus montañas, bien protegidas por la selva y por los raudales que cortan los ríos que llevaban a su refugio. Y, por otra parte, hasta la “era del caucho”, a fines del siglo pasado, los españoles y los portugueses frecuentaban muy poco el Amazonas.

Las mujeres sin marido, con todo, no están completamente aisladas en su guarida. No sólo han impuesto su autoridad a tribus locales, sino que también se benefician con la colaboración de indios orejones, los amicuanes, que viven muy cerca de ellas, sea porque las hayan seguido del Perú, sea porque hayan recibido en el lugar, como reconocimiento de su lealtad, una distinción que los atumaruna otorgaban, como más tarde lo harán los incas, a los indígenas que les habían prestado buenos servicios. Las amazonas, sin embargo, tienen otros vecinos que les interesan mucho más, aunque únicamente con finalidad biológica. Del otro lado del Gran Río, frente a la desembocadura del Nhamun- dá, están radicados hombres blancos de alta estatura, que van a unirse con ellas una vez por año: los guacarí o, más correctamente, Vacarí, cuyo nombre viene del norrés vaka, guardia. Probablemente se trate de los restos de la Guardia de Tiahuanacu, íntegramente compuesta de vikingos. ¿Escoltaron esos hombres a las fugitivas en su migración, se encontraron por casualidad en su vecindad, o constituían los cuadros de las guarniciones establecidas a orillas del río? La primera de estas hipótesis es la más verosímil. En este caso, la columna de refugiados habría comprendido a varones y mujeres de la aristocracia blanca y a indios locales, lo que explicaría que la travesía, dura y peligrosa, de la selva por unos 1500 km. en línea recta hubiera podido llevarse a cabo sin tropiezo. De cualquier modo, los tres grupos se separan, lo cual parece normal en lo que atañe a los indios, pero sorprendente de parte de los blancos. ¿Quieren las mujeres conservar una fidelidad relativa a sus maridos muertos o desaparecidos, o han adquirido ya —o conservado todavía— costumbres lesbianas? ¿Temen los varones, tal vez poco numerosos, quedar sometidos a sus compañeras ocasionales? Lo ignoramos. Lo que sí sabemos es que las actividades guerreras no eran nuevas para las mujeres nórdicas. Estas, en Europa, a menudo acompañaban en la guerra a los hombres de su clan y a veces participaban en sus combates. Las sagas escandinavas están llenas de las hazañas heroicas de las Skjóld-Meyar, o Vírgenes del Escudo, que más de una vez se comparó con las amazonas. La conquista y la

dominación del inmenso imperio de Tiahuanacu, por cierto, no había debido de adormecer las virtudes varoniles de las mujeres vikingas de América.

Un buen día, sin embargo, los guacarí desaparecen, sin que sepamos por qué. Las mujeres sin marido recurren entonces a los macuxí, unos indios de tez muy clara, una de cuyas tribus vive en el alto Cyapoc. Estos no tardan en espaciar sus viajes, sumamente difíciles, a través de una región que dominan los emerillones, sus enemigos; Luego, sus visitas cesan. Las amazonas tienen que contentarse con los parintintin, los baré, los mundurucu, con cualesquiera indios que tuvieran a bien prestarse a un juego del que depende la perduración de un modo de vida suigeneris. La raza va modificándose rápidamente y, en unas pocas generaciones, las cunhantensequima se convierten en indias. Hasta olvidan su lengua y adoptan el guaraní, la de sus vecinos. Tratan, con todo, de conservar sus tradiciones. Eduardo Barros Prado, uno de los hombres de nuestra época que mejor conocen el Amazonas, logró, en 1954, ubicar y alcanzar, a orillas del lago Jacicurá -Espejo de la Luna-, en el alto Nhamundá, una aldea de amazonas. Bien recibido, pudo comprobar que los niños, hasta la edad de ocho años, se criaban aparte, bajo la autoridad de una mujer perteneciente a la tribu de los “indios blancos” cajabí. Asistió a las ceremonias de purificación de las nubiles, en el curso de las cuales las jóvenes que iban a participar, por primera vez, en las fiestas del apareamiento, fueron cubiertas, por dos sacerdotisas vestidas de largas túnicas de corteza de tucum, de un color crema casi blanco, de dibujos geométricos que recordaban a veces la ornamentación de la cerámica arahuac, pero también y sobre todo los motivos de los tejidos y esculturas del Tiahuanacu. Luego llegaron los parintintin. Barros Prado y sus compañeros se apartaron discretamente durante los quince días que duró la priapée y volvieron justo a tiempo para participar en la fiesta de despedida de los hombres. La tradición decía la verdad, en su forma menos trágica: los indios se llevaron consigo a los indios varones que iban a cumplir ocho años.

Las Vírgenes del Escudo (vírgenes o no) y los Guardias no son los únicos vikingos que buscan refugio en la selva amazónica. Muchos otros, aisladamente o en grupo, cruzan la cadena oriental de los Andes y desaparecen en la Llanura, donde los hombres de Kari no les podrán perseguir. Otros más, que forman los cuadros de las unidades

territoriales arahuac y guaraníes y, sin más contactos con su capital, ven a sus tropas desintegrarse poco a poco, ya están allí. Todos, para sobrevivir, tienen que adoptar el modo de existencia de los indígenas. No dejan por ello, por supuesto, de conservar las características de su raza. Pero pronto la mestización empieza a producirse, tanto más fácilmente cuanto que las mujeres blancas, dejando a un lado a las intocables amazonas, deben de ser muy pocas en la selva. Las indias no son repugnantes, y algunas hasta resultan bonitas. A medida que la diferencia de nivel cultural va atenuándose, la tentación se hace más fuerte. Algunos resisten más que otros. Pero, a la larga, todos, según parece, sucumben. A pesar de algunos testimonios que provienen, desgraciadamente, de observadores incompetentes, es poco probable que subsistan, hoy día, en la selva amazónica, grupos nórdicos de raza pura.

Los “viajeros” y los misioneros que, en el siglo pasado, surcaron la Guayana, en el sentido geográfico de la palabra, es decir la región situada entre el Orinoco, el Atlántico y el Amazonas, mencionan la presencia allá de “indios blancos”, a menudo barbudos: los guainares, los guarahibo, que el P. Gilii llama “Guaivi bianchi”, los waika (grafía inglesa), los guahibo y los mariquitares. Alejandro de Humboldt quien, con Bonpland, pasó seis años en la región a principios del siglo XIX, escribe al respecto: “Los indios blancos serían, según se dice, mestizos, hijos de indios y de blancos (postcolombinos). Ahora bien: he visto a miles de mestizos; puedo asegurar que tal comparación carece en absoluto de exactitud”. A esta acotación, más importante que las descripciones subjetivas e incompletas que nos han dejado autores desprovistos de cualquier preparación en el campo de la antropología, que sólo pudieron, por lo general, observar a algunos individuos de cada tribu, se agrega un dato filológico, fundamental en su contexto: salvo el de los mariquitares, tan mal definido que lo encontramos a veces con la forma de maquiritares, los nombres de esos “indios blancos” empiezan todos con guai (i separada de la a: guahi) o guar. En las transcripciones españolas de las lenguas amerindias, ya lo sabemos, gu, hu y v expresan el mismo sonido, mal representado en inglés por w y se emplean indiferentemente. La r del guaraní, muy atenuada, se les escapa a menudo a los europeos, como acabamos de verlo en guarahibo, convertido en guahibo -se trata evidentemente de la misma palabra- y Guaivi. Así reencontramos sin dificultad en los nombres de los guainares (vahinares), los guarahibo (varahivo), los

guahibo (vahibo) y los waika (vahica), la raíz vari, guardián, guerrero, en norrés.

El caso de los waiwai de la Guayana ex británica es más significativo aún. Mme. Coudreau, la exploradora francesa que los pudo observar a fines del siglo pasado, escribe al respecto: “Es la raza india más hermosa que jamás he visto (...). El color de su piel es de un amarillo claro que no tiene nada del rojopardo de las demás tribus. Los tipos rubio-anaranjado de ojos azules no son escasos entre ellos”. El geólogo norteamericano William La Varre, quien se topó con algunos de ellos en 1933, habla de hombres de 1,83 m. de estatura y de mujeres de piel nacarada Las fotos que tomó nos muestran a individuos manifiestamente mestizados, con fuerte predominio de caracteres europeos. Una niña tiene hasta el cabello ondulado, lo que nunca sucede entre los indios. Ahora bien: waiwai es la forma inglesa de huaihuai o Guaiguai, equivalente de vahi-vahi, es decir, de varivari. Tal vez se encuentre la misma raíz en el nombre de los oyaricoulets (pronunciar Uaiariculé) de la Guayana francesa, a quienes, a finales del siglo pasado, se describe como a hombres de alta estatura que su tez pálida, sus ojos claros y su pelo y barba rubios “hacían asemejar a holandeses, salvo en cuanto a la vestimenta”.

La encuesta llevada a cabo, en 1961, por Eduardo Barros Prado, en el alto Acarí, afluente del Canumá, uno de cuyos brazos desemboca en el Amazonas a la altura del Nharriundá, nos trae varios testimonios contemporáneos sobre encuentros accidentales de indios y blancos brasileños con grupos de individuos blancos, a veces barbudos y bigotudos, que viven en la selva al modo indígena y sólo hablan guaraní. En 1973 todavía, un equipo de la Fundagao Nacional do Indio (FUNAI), encargado de preceder a los constructores de la carretera transamazónica y de pacificar a las tribus indígenas de la zona, cayó en los alrededores de Altamira, en el bajo Xingú, sobre un grupo de “indios” de pelo castaño claro, perfectamente blancos, algunos de los cuales tenían ojos azules. Sin ser antropólogos, en el sentido científico del término, los funcionarios de la FUNAI conocen muy bien a los indios en medio de los cuales pasan la mayor parte de su existencia y una falsedad, en un informe oficial, ca¬rece de sentido.

El origen de esos “indios blancos” más o menos mestizados no deja ni la menor duda. Hay, por cierto, muchas maneras de ser blanco en la

selva amazónica. Sin hablar de los albinos que, por lo general -pero no siempre- son fáciles de reconocer, se encuentran en ella numerosos mestizos, productos de uniones accidentales de indios y de europeos de paso, y hasta blancos puros que, por una u otra razón, se refugiaron allá y fueron adoptados por los indígenas. Inclusive pequeños grupos aislados de selvícolas pudieron recibir así una aportación genética capaz de hacer surgir, de vez en cuando, a un individuo rubio y de ojos azules. Pero no es éste, por cierto, el caso de los arahuac, —de cultura, pero no de raza, por supuesto— cuya tez clara y larga barba menciona Angelo Trevisano en una carta dirigida a Isabel la Católica y Fernando de Aragón en 1502 ó 1504. Y la hipótesis debe rechazarse cuando se trata de tribus en las cuales los caracteres europeos se manifiestan de modo generalizado y cuya eventual mestización es, por tanto, muy lejana. Pues los primeros grupos de blancos o de mestizos de portugueses sólo llegaron al Amazonas en 1877, luego mucho después del encuentro con “indios blancos” de exploradores y misioneros. Resulta significativo, por otro lado, que esas tribus insólitas, cuyos nombres más o menos deformados, vienen del vari norrés, hablan todos el guaraní, es decir, la lengua de los auxiliares enviados al Amazonas por los vikingos: la que permitía a los blancos que formaban los cuadros de esas tropas indígenas mantener, después de la desintegración de sus unidades, contactos amistosos con sus antiguos soldados.

En la selva amazónica, los oficiales vikingos no eran muy numerosos, pues las guarniciones guaraníes prácticamente sólo cubrían los grandes ríos. Más al sur, por el contrario, en el Piauí, había una población blanca de apreciable volumen. El trabajo de las minas y la fundición de los metales exigía técnicos; los puertos, funcionarios, artesanos y marineros; los territorios del interior, que se extendían, hacia el sur, hasta el actual estado de Minas Gerais, administradores. El lugar de culto que llamamos hoy día Sete Cidades poseía un clero permanente y atraía a peregrinos que venían en gran número, no sin dejar rastros en las tribus indias de la región. Ahora bien: es un hecho que los habitantes del Piauí tienen un tipo verdaderamente extraño. Salvo algunos mulatos y algunos europeos o “blancosbrasileños”, son caboclos de piel cobriza cuya cara tiene las conocidas características del nordestino, el mestizo del Nordeste; caja craneana achatada, fuertes arcos superciliares, frente baja, pómulos ligeramente salientes, ojos pequeños y a menudo un tanto ovalados. Muchos de ellos tienen

cabellos que van del castaño claro al rubio plateado, pasando por el rubio dorado. Es éste el caso del 80 por ciento de los niños de diez años. A los quince años, la proporción es aún del 50 por ciento. También se encuentran adultos rubios, sobre todo entre las mujeres. Los ojos azules claros no son escasos y se nota, en algunos individuos, ojos azules oscuros del todo particulares. Ahora bien: nunca ha habido, en la región, ninguna inmigración europea, ni portuguesa siquiera. En 1762, el censo general de la nueva capitanía del Piauí nos da la cifra de 8.102 residentes libres (blancos e indios sometidos) y de 4.644 esclavos negros. Posteriormente a 1825, se nota una pequeña inmigración de habitantes del Ceará (pequeña, pues el Piauí es aún más pobre que el Estado en cuestión) y, justo después de la abolición de la esclavitud, la llegada de unos miles de negros del Marañón. Pero este aporte de población lo compensa ampliamente una emigración constante hacia la costa y hacia el Sur.

Si aplicamos a los 13.000 habitantes registrados en 1762 el índice de crecimiento demográfico de los canadienses franceses — 100 por cien en treinta años—, obtendremos, para 1920, la cifra de 500.000 personas. Pero el Piauí es la más pobre de las tierras del Brasil y la subalimentación es allá endémica, todavía hoy. La raza es prolífica, pero débil, y la mortandad infantil hace estragos. La comparación sólo es válida, pues, con tal de que se tomen en cuenta esos factores negativos y, pecando de optimistas, hay que dividir por tres la cifra anterior, lo que nos da166.000 habitantes. Ahora bien: en el censo de 1920, se registró a 738.740 personas, y esta cifra está muy por debajo de la realidad, como siempre en el Brasil y, con mayor razón, en un Esta-do entonces casi totalmente desprovisto de vías de comunicaciones y donde el mismo Registro Civil está muy sujeto a caución. Aun aceptando como válido el resultado del censo, comprobamos, sobre la base de nuestras estimaciones anteriores, un excedente de población de 572.140 individuos. Para llegar a los 738.740 habitantes de 1920, hubiera debido haber, en 1762, no 13.000 residentes, sino 57.626. ¿De dónde proviene esta enorme diferencia? Evidentemente de los indígenas todavía salvajes en 1762. No eran éstos indios puros, pues los tapuia y los tupí de la región tenían el pelo negro y tieso. El cabello rubio y los ojos azules no vienen, por cierto, de los portugueses, por lo demás muy poco numerosos, pues éstos, salvo muy escasa excepciones, no presentan ninguna de estas dos características. Hay que admitir, por tanto, la existencia en la región,

antes de la Conquista, que sólo empezó en 1661, de una población indígena de raza nórdica, o ya fuertemente mestizada de nórdicos. Sabemos de dónde procedía.

En el Piauí, la toma de Tiahuanacu no tiene consecuencias tan brutales como en la Montaña y en la selva amazónica. El Territorio del Nordeste, cuya extensión es enorme, se basta a sí mismo. Dispone de abundantes recursos agrícolas. Se continúa, normalmente, trabajando en las minas y en las fundiciones. Las naves del Temple llegan, como antes, a cargar los lingotes de plata, y las de los armadores normandos, los troncos de palo Brasil. La prosperidad local hasta aumenta, pues las mercancías de Europa quedan en el mismo lugar, más abundantes ahora que el intercambio ya no puede hacerse sino sobre la base del trueque. En 1307, sin embargo, unos treinta años por tanto después de la batalla del Titicaca, la orden del Temple es disuelta y sus barcos desaparecen de las aguas brasileñas. Se abandonan las minas. Los tapuia, que les suministraban la mano de obra, retornan a la vida salvaje. Los guaraníes de las milicias, ahora inútiles, los imitan poco a poco. Los blancos que, en las rocas del Amazonas y del Marañón, dirigían las explotaciones forestales, abandonan uno tras otro puestos malsanos donde ya no se los releva periódicamente como antes y vuelven al Piauí. Encuentran a sus compatriotas reducidos a la inacción y, como ellos, se adaptan a nuevas condiciones de vida que les acercan a los indígenas con los cuales las relaciones siguen siendo cordiales. Pero muchos de los blancos, enviados a título temporal a la Llanura, no habían traído a sus mujeres. Como lo harán más tarde los españoles, se unen con indias. La mestización, que los peregrinos de Sete Cidades y los marineros de paso ya habían suscitado, gana terreno rápidamente, y luego se convierte en norma. Nace la actual población de Piauí, que toma de los indios su color y sus rasgos mongoloides y de los vikingos sus cabellos de oro y sus ojos azules.

Volvamos a la Montaña. De las colonias agrícolas y militares de fuerte población blanca instaladas por Takuilla en ciertos puntos estratégicos, las de la vertiente oriental de los Andes se mantienen. Sólidamente fortificada, la provincia de Chachapoyas, en el Norte, resiste sin mayores dificultades los ataques de las fuerzas de Kari. Basta observar a sus habitantes de hoy para darse cuenta de que los blancos, allá, no fueron eliminados. En el Sur, la situación es distinta. La colonia está afincada en los últimos contrafuertes de la cordillera, en valles tropicales. Cortados de una metrópoli muy próxima de la cual

dependían para muchas cosas, los vikingos sólo pueden sobrevivir en estrecho contacto con indígenas que, por su tipo, están menos alejados de ellos que los quichuas. El clima desempeña su papel. A principios del siglo XIX, cuando el naturalista Alcide d'Orbigny pasó treinta años de su vida en Sudamérica, había en la región donde nace el Beni, afluente del Madeira, cinco tribus, llamadas antisianas, que vivían en la selva cálida y húmeda y comprendían unos 15.000 individuos. El color de esos indios era mucho más claro que el de los indígenas del Altiplano. Los maropa y los apolista tenían una tez ligeramente cetrina. Los yuracaré, los mocetones y los tacana eran casi completamente blancos. De alta estatura —algunos alcanzaban 1,76 m.—, su cuerpo era bien proporcionado. Los yuracaré tenían una cara casi europea, en la cual sólo desentonaban pómulos un tanto salientes. Pero su pelo era negro y tieso. Todos eran mestizos, con predominio, sobre todo en los yuracarés, del elemento blanco. No nos extrañará, pues, enterarnos, de que el nombre de éstos últimos viene del quichua yurac, blanco y ccari, guerreros. Descendían de la población vikinga, mestizada con el tiempo, de la colonia.

Los yuracaré, como los demás anti, han desaparecido. Pero quedan, en la provincia boliviana de Santa Cruz, entre el Beni y el Paraguay, algunos restos de la tribu de los guarayo que, también ella, retuvo la atención de d'Orbigny. Sus miembros tenían, en aquel entonces, la tez muy clara, una estatura relativamente elevada, con un máximo de 1,73 m. un aspecto general casi europeo, cabellos negros y tiesos y, lo más llamativo, en los varones, una barba completa y tupida. Aquí también se trata de mestizos, pues. Su nombre no deja subsistir gran duda en cuanto a sus antepasados blancos: guarayo (varayo) viene del norrés vari. Más al este empiezan las tierras de los guaraníes, los auxiliares a los cuales los vikingos habían encargado la custodia de sus vías de comunicaciones hasta el Amazonas, pero cuyo centro se encontraba en el Paraguay. Esta vez ya no se trata de mestizos, sino de indios sin mezcla. No es a su sangre, por tanto, sino meramente a sus virtudes guerreras, que esos aliados, eficaces y leales, de los hombres del Tiahuanacu deben su nombre. Pues -ya lo vimos- guaraní, cuya forma originaria es guarini (varini) también procede de vari. Por el contrario, es un nombre quichua el que se da a los “indios blancos” que sobreviven aún en el Para-guay: los guayakí. Un nombre bien significativo éste, que no es el suyo propio, pues ellos mismos, en su dialecto guaranizado cuyo origen todavía no se ha podido establecer,

siempre se designan como aché, del norrés aga, amenazar y agi, temor, miedo. La palabra deriva, en efecto, de huailla, llanura, y cquellu, blancuzco. (La doble l y la y se pronuncian del mismo modo; la e y la i son una misma vocal). Quiere decir, por tanto, “blancuzcos de la llanura”.

En 1275, el Paraguay constituye, para los vikingos de Tiahuanacu, un centro de actividades de primera importancia. Por allá pasan los caminos permanentes que unen,, como ya vimos, la Montaña con el Atlántico y con los dos grandes ríos, el Paraguay y el Paraná, que conducen al Río de la Plata. Por el Peaviru del norte, el mineral desciende de los valles de la plata y en su trazado está instalada la fundición de Cerro Corá, protegida por una enorme fortaleza, el Itaguambypé. A lo largo de esos caminos debe de haber, como en los del Perú, albergues de etapa, proablemente de madera, de los que sólo nos queda, en la sierra de Yvytyruzú, un “panel de señalización”, cubierto de inscripciones rúnicas, en el cual está grabado un portulano. El Paraguay constituye, por otro lado, el centro de población de los guaraníes, donde se recluta y forma a los milicianos destinados a las unidades territoriales de toda la Llanura. Los vikingos son numerosos en el país y, como el clima es sano y agradable, viven con sus familias. La villa de Paraguay, la actual Asunción, posee, como lo indica su nombre, -“Río de los Hombres del Mar”-, una importante población blanca.

Al contrario de lo que sucede, en la misma época, en el Piauí, la caída de Tiahuanacu afecta directamente la vida de la región. Las comunicaciones con la Montaña están cortadas. El mineral ya no llega. Las naves templarías no tienen ya motivo alguno para frecuentar los puertos de Santos y Santa Catalina, y esos puertos mismos pierden toda razón de ser. Los indios guaraníes permanecen leales, pero vuelven a sus actividades ancestrales. Los demás, pues no faltan -sobre todo en el Norte- tribus de razas diversas, que únicamente el régimen vikingo mantenía en paz, reinician sus costumbres depredadoras. Los blancos ya no tienen papel que desempeñar en medio de las poblaciones indígenas, y probablemente ya no se sienten seguros. Se reagrupan. Los del Sur se repliegan en la cordillera de Caaguazú y se instalan en lo que se convierte en la gran aldea de Cerro Morotí, en el cruce de diversos ramales secundarios del Peaviru. Los del Norte, más amenazados por indios hostiles, abandonan el Ita-

guambypé, ya indefendible sin los auxiliares guaraníes, y se refugian más al sur. El macizo de Cerro Guazú les ofrece una posición inexpugnable: un enorme cono truncado de accesos abruptos, cuya meseta, de unos 70 km. de diámetro medio, que sólo unos pocos senderos permiten alcanzar a través de la selva impenetrable, posee una laguna. Fortifican la posición. Las inscripciones que dejaron en los abrigos bajo roca que servían de puestos de guardia para los hombres encargados de custodiar las entradas del cerro -el mayor conjunto rúnico del mundo, sin igual ni en Escandinavia- nos hablan de medidas de seguridad, de guerra y de victoria.

En el Norte como en el Sur, la vida es difícil. En el Piauí los descendientes de los vikingos se adaptarán poco a poco, gracias a la mestización, y se dedicarán a la agricultura. Son hoy día campesinos que viven pobremente, con un régimen de economía de subsistencia y que ya no tienen nada en común, salvo su cabello rubio y sus ojos azules, con sus antepasados nórdicos. En el Paraguay, por el contrario, se encierran en sí mismos. Adoptan el modo de vida de los indios de la selva. Plantan maíz, por cierto, pero obtienen de la caza lo esencial de su alimentación. Su nivel cultural va bajando, de generación en generación, como nos lo muestra su alfarería. No sabemos cuánto tiempo los del Norte resisten las condiciones adversas en las cuales sobreviven. Estamos, en contrapartida, mejor informados respecto de los del Sur, cuyas inscripciones nos muestran que siguen hablando norrés y utilizando runas a mediados del siglo XV: un norrés muy deformado, claro está, y una escritura rúnica que ha ido degenerando hasta no ser más que un conjunto de signos simbólicos. Emplean aún en 1457 —la última fecha que nos dejaron, grabada en el margen de una inscripción ilegible de apariencia incoherente— el calendario cristiano traído de Tiahuanacu por el P. Gnupa. Hasta mantienen el Peaviru, por lo menos en los alrededores de Cerro Morotí: dos fechas —1431 y 1433— en el “panel de señalización” de Yvytyruzú, grabadas al lado de una inscripción rúnica clásica que, por lo demás, puede ser muy anterior, nos dan la prueba de ello. Aún no se han convertido en salvajes, por tanto, cuando, en 1628, los jesuitas establecen una misión en San Joaquín, a una veintena de kilómetros de su aldea.

Los vikingos —démosles este nombre por última vez— no tomaron contacto con los españoles, cuando la llegada de éstos al Paraguay,

por no haber querido o no haber podido hacerlo. Viven, pues, apartados de los conquistadores que, por lo demás, se limitan prácticamente a ocupar Asunción y a navegar por el Paraguay, por el cual tratan de alcanzar las minas de plata del Perú. Los recién llegados, por su lado, oyen hablar de los hombres blancos de la selva, pero las descripciones que los indios les hacen de ellos son tan horribles que los consideran como especies de monos. Los jesuítas, cuando se establecen en el Paraguay, a principios del siglo XVII, obtienen rápidamente informaciones más exactas. Buscan reducir a estos extraños selvícolas como lo han hecho con los guaraníes. La oportunidad les parece propicia cuando tienen que replegar, bajo la presión de los bandeirantes portugueses, sus misiones del Guayrá, donde disponen de una milicia bien instruida y fuertemente armada. Se instalan en San Joaquín, pues. Pero, por más degenerados que estén, los descendientes de los vikingos no son indios sumisos. Antes que caer en la esclavitud, prefieren, cuando la presión se hace insoportable, quemar su aldea y refugiarse en la selva: pronto no son ya más que guayakí, tal como los conocemos hoy en día. Para conservar su libertad, tienen que adoptar la vida nómada: renuncian a vivir bajo un techo y, a la larga, hasta a vestirse. En estas condiciones, la vida es durísima, para nórdicos, en el clima cálido y húmedo de la selva tropical. Van degenerando. Esos hombres de 1,90 m. y más ya no tienen, actualmente, sino 1,57 de promedio, pero han conservado la cabeza y el aparato genital de sus antepasados. Son enanos. Todas sus características los aproximan, sin embargo, más al Homo septentrionalis que al guaraní, al quichua y al alpinas. Pero tienen todavía el tórax anormalmente desarrollado, adquirido en el Altiplano. Sus dermatoglifos —se sabe que las improntas digitales permiten distinguir las razas como los individuos— bastarían para probar su origen escandinavo. Nos dan, en efecto, una proporción de 2,66 a 1 entre presillas y torbellinos, contra 2,64 en los noruegos; 2,23 en los daneses; 2,24 de promedio en los europeos y 1,16 en los amerindios.

La degeneración biológica no se manifiesta únicamente por la reducción de la estatura. También se notan, en los guayakí, otros síntomas, tales como el aplastamiento del tabique de la nariz, la macrocefalia y un fenómeno cuya causa inmediata permanece desconocida: el desequilibrio numérico entre los sexos. Nacen tres varones por una mujer. Lo cual ha provocado, por un lado, la formación de familias poliándricas, por lo demás inestables y, por otro, el robo de

mujeres y, como consecuencia, el mestizaje, más o menos marcado según las bandas. La mayor parte de los guayakí aún tienen la piel blanca -lechosa, en las mujeres— y rasgos europeos. Pero algunos grupos ya son morenos y se ven, aún en los blancos, muchos pómulos salientes y ojos rasgados. Los ojos claros han desaparecido. El cabello a veces ondulado de los adultos va del negro al castaño claro y presenta a menudo reflejos rojizos. El color rubio ya no se encuentra, y sólo muy excepcionalmente, sino en los niños. Este mestizaje es reciente: lo prueba el índice cefálico que oscila, en los varones, entre 76,7 y 86,7 y, en las mujeres, entre 78,3 y 86,1, lo cual indica una mezcla entre dos conjuntos raciales, el uno dolicocéfalo y el otro braquicéfalo. Ahora bien: los indios, guaraníes y otros, del Paraguay y alrededores, son fuertemente braquicéfalos. Luego la raza primitiva de los guayakí era de una dolicocefalía pronunciada. Los varones tienen una cabellera abundante, pero, en la mayor parte de los casos, la frente es muy despejada, con signos de una calvicie que se nota, muy acentuada, en el occiputo de la mitad de los sujetos. El cabello presenta una sección ovoidea, característica de las razas blancas, y no redonda como los mongoloides. Por fin, los varones tienen una barba tupida que cubre el mentón, el labio superior y las mejillas, sin solución de continuidad. Todo concuerda. Y las últimas dudas que podrían subsistir en cuanto a la procedencia de los guayakí desaparecen cuando se comprueba que esos “salvajes” aún trazan runas que consideran símbolos de su raza, aunque ya no las sepan interpretar.

Hasta el final del siglo pasado, los “indios blancos” del Paraguay vivieron una existencia difícil, pero libre. Esto no podía durar. Los jesuitas no estaban ya, pero la población europea y mestiza aumentaba sin cesar. Las estancias y los obrajes avanzaban día tras día sobre la selva. Los cazadores comerciales iban destruyendo la fauna sin consideración de ninguna especie. Cada verano -la estación de las lluvias-, los nómadas que vivían cómodamente, hasta entonces, de carne y miel silvestre, empezaban a conocer el hambre, que es mala consejera. Se pusieron a robar vacas y caballos, que despedazaban con sus hachas de piedra y a saquear los campos de los paraguayos. Estos no se mostraban muy comprensivos cuando se trataba de defender el fruto de su trabajo. Montaban expediciones punitivas, rodeaban a bandas de guayakí, mataban a los adultos y se llevaban a los niños, que convertían en verdaderos esclavos.

Cuando un conflicto de este género opone a sedentarios y nómadas, siempre son los primeros que ganan, a la larga. Es esta la razón por la cual, un buen día, un grupo de guayakí se entregó. En Cerro Morotí, allá donde estaba situada su antigua aldea, el ejército paraguayo les reservó una extensión de 2.500 hectáreas de la selva, dejándoles libres de entrar y salir, y les proporcionó los víveres indispensables. Otras colonias del mismo género surgieron más tarde organizadas por misioneros católicos y protestantes. Ya no quedan hoy día (1985), según se cree, sino unos pocos pequeños grupos de guayakí "fuera de la ley". Todos los demás disponen de lo necesario. Reaprenden a labrar la tierra. Una escuela, en Cerro Morotí, enseña a los niños a leer y escribir el guaraní, la segunda lengua oficial del Paraguay. Los adultos morirán con, en el fondo del corazón, la añoranza de su independencia perdida. Los jóvenes se asimilarán a las poblaciones mestizas de la vecindad que, una vez pasado el miedo y la repugnancia que aún sienten al respecto, los aceptará, por blancos, con especial beneplácito.

Dentro de unos años, los últimos descendientes de los vikingos de Tiahuanacu habrán desaparecido. Sólo permanecerán la historia y los vestigios de una magnífica epopeya de hombres de nuestra raza.

ÍNDICE